

Narraciones Carpetovetónicas



Rodrigo del Lago



NARRACIONES CARPETOVETÓNICAS

Rodrigo del Lago



©Copyright 2008. Julio Montesinos
Quedan reservados todos los derechos.
Título: *Narraciones Carpetovetónicas*
Editorial: Ediciones Ochenteras
Foto portada: Ignacio García-Nieto
Dep. Legal: CO-1456-2008
ISBN:978-84-96229-110
Primera edición noviembre 2008

Queda prohibida toda reproducción total o parcial, por cualquiera de los procedimientos, técnicos o manuales, así como su utilización en medios públicos o privados, con fines lucrativos o exhibicionistas, sin el consentimiento por escrito del autor.

A mí

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	8
AQUELLA CENA DE EMPRESA.....	9
UN DÍA DE EXAMEN.....	20
EL HOMBRE QUE VIVÍA EN LOS SERVICIOS.....	29
LA AMENAZA AMARILLA.....	33
EL CLAN DE LOS TRES LOCOS.....	41
LA BODA DEL AÑO.....	49
EL VIEJO OLAF.....	83
EL HOMBRE QUE NO TENIA MÓVIL.....	88
DENTRO DE UNOS AÑOS.....	94

PRÓLOGO

Quizá la portada no le diga nada a muchos. Pensarán que se trata de un barco cualquiera atracado en tierra, estilo La Dorada de Chanquete. Sin embargo, tal navío no es ni más ni menos que el Azor de Franco, el cual, descascarillado y con la proa algo oxidadilla, otea en silencio las secas tierras de Castilla, con la quilla hundida en el jardín de un motel de carretera de la provincia de Burgos. Tan carpetovetónico hallazgo, que plasmó por casualidad mi primo Iñaki, se convirtió al final en la portada de este pequeño libro donde recojo algunos de los relatos que he escrito en los últimos ocho años y que más me han gustado.

Relatos agrupados bajo el título genérico de Narraciones Carpetovetónicas, simpático adjetivo patrio que recoge perfectamente la esencia de los personajes y situaciones reflejadas en el libro. Historias siempre llevadas al absurdo pero casi todas ellas con una base real, reconocibles por mucha gente, como puede ser Un día de examen, en el que se recuerda un poco los clásicos y siempre terribles exámenes de la facultad; La boda del año, donde un invitado que va solo y sin conocer a nadie termina disfrutando de uno de los acontecimientos más increíbles de su vida; Dentro de unos años, escrita en febrero de 2000, es un futurista relato en el que las mujeres ocupan todos los puestos de trabajo importantes y los hombres ejercen felices de amos de casa; Aquella cena de empresa, que narra las venturas y desventuras de los empleados de una correduría de seguros durante la típica cena de Navidad, odiada por muchos y esperada con ansia por muy pocos; El hombre que no tenía móvil, escrita en una época en la que estos demoníacos localizadores comenzaban a apoderarse de nuestras vidas.

Todos estos relatos breves fueron escritos a partir de ideas que surgieron en los lugares más insospechados, que hicieron que al llegar a casa me pusiera a escribir, logrando que incluso muchas veces yo mismo acabase riéndome con mis propias chorradas, qué triste. Tan sólo espero que todos aquellos valientes que sean capaces de empezar a leerlo, terminen poco a poco metiéndose de lleno en las historias y quizá, de vez en cuando, esbocen alguna sonrisa o incluso suelten alguna carcajada que se convertirá entonces en mi mejor recompensa.

RODRIGO DEL LAGO

AQUELLA CENA DE EMPRESA

-¡Un poco de silencio, señores! ¡Hagan el favor!-gritó la oxigenada camarera frente a aquella numerosa y pintoresca tropa que se agolpaba a las puertas del salón reservado por Lusitana, S.L para celebrar su tradicional cena de Navidad.

-Siéntense solamente en la mesa que tienen preparada a la derecha. La de la izquierda esta reservada para otra empresa.

-Vamos, que nos vamos-soltó uno.

-¡A por el pienso!- chilló Paqui, la secretaria más terrorífica y zampabollos que jamás vieran los siglos.

-¡Que bote la rubia!-graznó López.

-¡Uhhhh! Ya está el López con sus chistes-bramó la mayoría.

Y así, como el que no quiere la cosa, aquella embravecida y bullanguera marea humana inundó el salón del restaurante en apenas unos segundos, logrando sin gran esfuerzo tirar al suelo tres sillas, romper una pequeña lámpara y dejar tan torcido el antiquísimo cuadro que presidía la mesa, en el que aparecía el legendario fundador de Casa Pacheco, que lo llegan a inclinar un poco más y el afamado cocineta se deja los piños en el suelo de su conocido restaurante, después de ciento veinte tranquilos años sonriendo a la peña con una bizarra dentadura clavada a la de Joe Rígoli.

Tras la lógica regañina de la sufrida camarera, los empleados de Lusitana, S.L se fueron sentando poco a poco a lo largo de la gigantesca mesa ideada para cuarenta comensales, entre gritos, chistes, cánticos y algún que otro pellizco en el culo que el gracioso de López consiguió atizarle a la rubia con esa clásica mano tonta que siempre aparece viuda entre las multitudes y de la que nunca se consigue descubrir al propietario.

Treinta y dos comensales en total. Toma ya. Como mínimo tocaban a dos Judas y medio entre los presentes, aunque para Carrascosa, el de siniestros, allí había más traidores juntos que en el último botellón que echó Julio César. Y algo de razón tenía el hombre, porque mientras que uno hablaba con el compañero de mesa que tenía a su izquierda, el de la derecha repasaba con el de enfrente su trayectoria laboral desde el día que entró en la empresa gracias al enchufe que tenía por se cuñado del Mínguez, aquel mítico informático politoxicómano al que pillaron una tarde pegándose unos tiritos con los polvillos negruzcos esos que suelta el toner. Desde luego allí, cada empleado tenía algún plumazo. Sabía conclusión a la que había llegado tras largas reflexiones Manuel García, la última adquisición de Lusitana, S.L.

Tras un extenso proceso de selección y un durísimo periodo de formación –más que para vender seguros parecía que lo estaban formando para ser la mano derecha de Stephen Hawking, pero literalmente, la que le mueve el ratón...-, al chaval le dieron el visto bueno y lo soltaron en la calle con el viejo maletín, la requemada lista de su cartera de clientes y a tirar millas Manolillo. Y si bien al principio tanto jefes como compañeros le parecieron unos tipos

encantadores, al cabo de unos meses, sus inocentes apreciaciones iniciales variaron considerablemente al conocer mejor a sus colegas. Madre mía. No se salvaba ni uno. El que no estaba medio loco era un hijoputa, y el que no era un vástago de barragana resultaba ser un pesado de esos que hacen ameno hasta a Chus Hermida. Incluso Lucas, el de contabilidad, que parecía un tipo bastante majete, tenía un madelman sentado sobre la pantalla del ordenador y todos los días mantenía tales conversaciones con el muñeco que le condenaban irremediablemente a ser carne de manicomio en un futuro no muy lejano, amén de simpático modelo de los que lucen con garbo esa elegante camisa blanca con original botonadura a la espalda, que más de uno acaba calzándose al menos una vez en su vida.

Quizás el único que se salvaba era Paco, el portero del edificio, quien junto a Manolo formaba una especie de quinta columna dentro de la empresa. El mejor momento del día para ambos era el del cigarrito que solían echar juntos a eso de las doce, en la puerta de la correduría. Allí, bajo el quicio de la puerta de entrada, con un pitillo entre los dedos y una actitud irónica ante la vida, aquellos dos simpáticos rebeldes comentaban entre bromas las últimas gracias de sus compañeros, sin dejar en ningún momento de observar descaradamente a las terneritas jóvenes –e incluso a alguna que otra vaca vieja de buen ver, todo hay que decirlo- y soltarles de vez en cuando algún que otro piropo subido de tono. Y tan subido. Para eso Paco era un monstruo. Incluso se picaba muchas veces con los albañiles que estaban construyendo un edificio justo al lado de la correduría. Manolo recordaba con especial cariño uno de aquellos piques en los que la piropeada –más bien el novio- casi se lía a hostias con ellos. Fue un día caluroso, quizás la mañanita de San Juan, aunque quien paseaba en ese momento por delante de estos dos pájaros no era precisamente el conde Olinos, sino una hermosa chiquilla de unos dieciocho años y terrible pinta de pornstar. Entonces, uno de los albañiles más jóvenes -el típico cachas del anuncio de las once y media-, le soltó a la nueva adquisición de su lúbrico e inagotable archivo pajero el clásico ¡Chocheteeee! Y claro, acto seguido, Paco, que no podía ser menos, contraatacó con uno de su cosecha bastante más bestia ¡Niña, no tengo pelos en la lengua porque tú no quieres! Toma ya. El joven albañil se quedó planchado al ver como su más que trillado comentario había sido barrido sin contemplaciones por el original piropo lanzado por el deslenguado guardameta de Lusitana, S.L. Aunque lo que no esperaba Paco es que tras el atractivo currante de las once y media apareciese otro bastante más viejo y gordo, que indudablemente debía pertenecer al grupo de las tres menos cuarto. Aquel tipo, con la cabeza enfundada en un castizo pañuelo atado con cuatro picos y una poderosa bartola que le sobresalía generosamente de su mono azul de trabajo, Marca en el bolsillo trasero y birra en la mano derecha -qué menos-, se aclaró la voz un instante, escupió un potente gargajo contra el suelo-de esos que parten un azulejo del impacto- y soltó como el que no quiere la cosa ¡Tía, dime quien es tu ginecólogo para que le chupe el dedo! Venga, alegría... Ante tremenda genialidad, el sin par currela se quedó mirando unos segundos a Paco, disfrutando por un momento de su pequeño triunfo, hasta que apareció de improviso el novio de la niña y se lió a insultar a los albañiles. Craso error.

-¡Eh! ¡Desgracias! ¡Como alguno de vosotros le vuelva a decir algo a mi novia le reviento la cara! ¡Gañanes! ¡Paletillas de mierd...!

Desgraciadamente no llegó a terminar el último de sus agradables comentarios. En apenas milésimas de segundo un proyectil impactó en los morros del exaltado maromo. Pobre chaval. El botellín que momentos antes descansaba apaciblemente en la mano derecha del panzudo currante, acabó incrustado en la boca del muchacho tras el certero lanzamiento de su propietario. Y aquellos hermosos dientes, que hacía nada formaban una preciosa hilera de perlas –pardiez, parezco un poeta de tercera regional- saltaron con tal violencia que si Manolo no llega a taparse rápidamente sus partes nobles, la entrañable pareja que le había acompañado durante tantos años y en tantísimas situaciones se hubiera visto reducida por lo menos en uno de sus miembros. Aunque desde luego el que peor quedó fue el pendenciero amante de la joven pornstar. De la noche a la mañana pasó de meterse entre pecho y espalda el viejo chuletón de ternera a tirar de Potitos Bledine para el resto de sus días.

En fin, que Paco era la única persona con la que Manolo podía hablar libremente sobre los sucesos de la empresa a la que entregaban parte de sus energías. Y lo que más le dolió a Manolo fue, sin lugar a dudas, que a la cena de Navidad no fuese invitado su fiel compañero, seguramente por pertenecer a lo más bajo del escalafón de la empresa, o quizá porque alguien dio el soplo a los jerifaltes de que se trataba de un rebelde, por lo que nuestro joven comercial tuvo que chuparse la cena sin ningún aliado que le diese cobertura.

-¡Ruuuuubiaaaaa, un pincho de tortilla y tres cañas!-el incombustible López continuaba en sus cosas.

-¡López, cojones, quieres dejar a la señorita en paz!-intervino algo molesto don Braulio, uno de los peces gordos de la correduría.

Bueno, más que correduría parecía una secta. Hecho que bien pudo corroborar Manolo el día de la cena cuando observó como la totalidad de los empleados gritaban efusivos vivas a Lusitana S.L. y a su director general, mientras que los exaltados mueras a las corredurías de la competencia consiguieron que se le pusieran de corbata al imaginar por unos segundos un posible futuro contrato por alguna de ellas. Eso significaría automáticamente una condena a muerte. Una especie de wanted dead or alive a la española, y por un simple quítame esas pólizas. Así que mientras la peña empezaba a brindar por su empresa con las primeras cervezas de la noche, el bueno de Manolo andaba ojo avizor por si en algún momento alguien le daba un extraño bebedizo que le anulase la voluntad y lo convirtiese en otro miembro más de aquella alucinada cuadrilla. Tipo López, por ejemplo.

Menudo personaje. Todos coincidían en que su chistoso compañero era un pesado de tomo y lomo, pero también había que reconocer que de vez en cuando el hombre tenía gracia. Sobre todo aquella historia que le contó Manolo en petit comité referente al suceso que le ocurrió a Lucas el contable unos meses atrás, en los servicios de un pub. Bueno, en petit comité del tipo “eres el único al que se lo he contado, le juré que no se lo diría a nadie, aunque tú, que eres amigo, te lo cuento, guárdame el secreto...” y al final lo conocen no sólo los de la oficina, sino los de tres empresas próximas a la correduría, los del bar de abajo, Paco el del kiosco-que es de confianza-, y hasta una excursión de abueletes de Castro del River que lo pillaron de coña cuando se lo contaba en el bingo a uno de los camareros. El suceso desde luego no tenía desperdicio, y cuando Manolo lo escuchó por primera vez le dio tal ataque de risa que casi lo deja listo de papeles. Y es que el amigo Lucas, tras una dura jornada de trabajo

y de habitual parla con el madelman oficinista, se marchó a tomar unos cubalibres a un restaurante-pub que se encontraba cerca de Lusitana S.L. Después de pegarle al frasco durante un buen rato y observar con ojos golosinos a las mozas del antro, al hombre le dio un terrible apretón de esos que aparecen a veces de improviso. Los servicios se encontraban en la planta baja, al final de la escalera, donde un gran armario hacía de separador entre las puertas del excusado de cada sexo. Así que el salao de Lucas bajó las escaleras cual Speedy González, con una mano en alto sujetando el cubata y la otra abajo, apretándose el ojete para evitar dejar el premio desparramado por los escalones, y en el lugar del agudo ¡Ándele, ándele! De la rata mejicana, ladró un grave ¡Joputaaaaaaa, que me cagoooo! Una vez dentro, desprendido de aquel incómodo y asqueroso lastre, comprobó preocupado que el servicio carecía de papel higiénico, por lo que tuvo que hacer una rápida incursión en el servicio de señoras en busca del preciado material. Menos mal que no había nadie. Y tampoco encontró allí nada que le pudiera servir. Ante tamaña desesperación, lo único que se le ocurrió fue abrir el armario que había entre ambos servicios para ver si allí guardaban las existencias que desesperadamente estaba buscando. Desgraciadamente, lo único que había en el armario eran los manteles y servilletas de repuesto de la parte del restaurante. ¿Qué hacer? Pues como dice un dicho, a grandes males, grandes remedios. Sin pensárselo dos veces, nuestro amigo el contable agarró el primer mantel que vio -de Portugal, seguramente-, y se lo llevó de acompañante para su último acto en el tet a tet que tenía con el señor Roca. Y por fin pudo limpiarse su impronunciable con varias pasadas del providencial mantel, hasta ese momento de un impoluto blanco nuclear. Cierto es que al terminar la operación, la tela de marras se había convertido en un improvisado lienzo donde acababa de nacer un novísimo estilo artístico, que los críticos quizá definirían como cubismo escatológico, aunque la verdad es que Lucas a penas tuvo tiempo de disfrutar de su obra pues rápidamente lo lió como si fuese un hatillo y lo colocó de nuevo en el armario. Y ni corto ni perezoso agarró de nuevo su dyc-cola y subió de nuevo las escaleras como si tal cosa. Lo gracioso ocurrió dos semanas después, cuando nuestro protagonista prácticamente no se acordaba ya del suceso. Resultó que el guarrillo contable incontinentemente retornó de nuevo al escenario del crimen, como si allí no hubiese ocurrido nada. Y nada más aparecer, los camareros se le quedaron mirando sorprendidos. Apenas tuvo tiempo degustar la caña que se pidió pues, tras el primer sorbo, una manta de hostias obsequió al bueno de Lucas, que besó el suelo tras su inesperado y brevísimo debut como sparring. Cuando se levantó contempló alucinado -con el ojo que tenía menos hinchado- el mantel que le mostraban los camareros. Allí, delante de él, y como si de un milagro se tratase, aparecía plasmado su propio careto en la tela utilizada para limpiarse sus posaderas. Si señor. Increíble pero cierto. Parece ser que cuando los camareros abrieron el armario, mosqueados por el asqueroso tufo que salía de allí, y como si de un milagro se tratase, comprobaron sorprendidos como al desplegar el mantel aparecía con bastante nitidez el retrato de uno de sus clientes habituales. De una manera kafkiana, los dobleces de la tela y la tinta empleada para el cuadro dieron vida a tan peculiar autorretrato. Vamos, que ríanse ustedes de las caras de Bélmez. Lógicamente, Lucas, ante tamaña evidencia no pudo soltar palabra, y se limitó a tragar saliva mientras contemplaba atónito la pancarta en la que se veía a un tipo con sus mismos rasgos e idéntica cara de gilipollas. Y la verdad

es que la solución que encontró para salir de tal embrollo no estuvo nada mal. De buenas a primeras comenzó a gritar ¡Milagro! ¡Milagro!, y ante la sorpresa de los camareras, saltó un par de mesas y salió por patas de aquel tugurio, dejando a los clientes del restaurante pasmados tras su brillante demostración de poderío atlético, a medio camino entre Forrest Gump y Javier Moracho.

-¡Oeeeeé, oé, oé, oééé, oé,oé...!

Media oficina recitaba a capella, servilletas en alto, desde cánticos futboleros hasta el himno de la legión, pasando por el Soy minero o Margarita se llama mi amor. Justo en ese momento apareció en el salón la martirizada camarera rubia guiando a los miembros de otra empresa hacia la mesa reservada junto a la de Lusitana S.L. Entraron en silencio y alineados en dos filas -igual que otros, vamos- todos enchaquetados -las dos únicas mujeres iban también en traje de chaqueta- peinaditos y limpios. Pertenecían a una empresa inglesa -multinacional especializada en telecomunicaciones-, y salvo un par de ejecutivos, el resto era oriundo de la pérvida Albión. Destacaban sin duda de los miembros de la mesa de enfrente, algunos de los cuales vestían unos modelos tan terribles que harían pasar por conservadores hasta a los de Ágatha Ruiz de la Prada. Sobre todo Paqui, la secretaria zampabollos, quien se había encasquetado un vestido rosa chicle tipo túnica -cual Demis Roussos-, que unido a su tremenda envergadura de ballena vieja, la hacían visible a sesenta millas, y que si la llega a pillar el capitán Achab, le revienta las costillas de un arponazo. Y el sector masculino tampoco es que fuera mucho mejor, pues cada uno aportaba lo suyo. Como López, con su chalequito fantasía verde moco, Carrascosa, con traje blanco-en diciembre-, camisa de palmeras y bambas de cuadritos -seguramente el último nostálgico de Sony Croquett y de la serie farlopera por excelencia, Miami Vice-, o don Braulio, con su calva, su hermosa panza y sus tirantes con la bandera de España, que le daban un aspecto de skin jubilado que tiraba de espaldas.

Una vez sentados, los guiris comenzaron a pedir las bebidas que les apetecían con tal educación y orden que a la pobre de la camarera casi se le saltan las lágrimas. Sobre todo cuando se acordó de los otros, que hasta que se pusieron de acuerdo pasaron algo más de veinte minutos, pidiendo todos a la vez, tanto cervezas y coca colas los más moderados, como copazos los más radicales, y cuando parecía que ya había apuntado todo -amén de acordarse mentalmente de lo muertos de cada comensal-, saltó el clásico gilipollas -sobra decir que respondía al apellido de López, pero bueno...- que quería un San Francisco en copa grande... Entonces Susi -doce años de profesión a sus espaldas- traspasó la puerta de la cocina, y consiguió que lo único que saliese de su boca fuera ¡Recordemos Puerto Hurraco! ¡Recordemos Puerto Hurraco! Tuvieron que sujetarla entre cuatro mientras que una quinta persona le quitaba el cuchillo de las manos. Un afilado cuchillo de esos de Teletienda, capaces de cortar una barra de acero galvanizado de quince centímetros como si fuera el salchichón que el Eugenio trae del pueblo. Aunque consiguieron calmarla un poco, no pudieron evitar que preparara un San Francisco compuesto con agua de fregar, meado de gato -el cuenco donde Puky hacía sus necesidades fue vaciado en la coctelera- y Oraldine de color rojo, para sustituir a la granadina. Madre mía, cuando volvió de nuevo a la sala y lo sirvió al imbécil de López, se mantuvo impertérrita en el sitio hasta que aquel gracioso bebió varios tragos. Y es que no tuvo más remedio, pues la mirada de Susi era tan feroz que hasta Hannibal Lecter se lo habría bebido de una tacada, como si se tratase del jugoso licor de

grosella que los domingos le hacía su tía Margaret Rouse, antes de destriparla, claro. Lo malo es que muy a licor de grosella no sabía, la verdad, y mucho menos a San Francisco, pero con el careto que gastaba Susi como para decirle que no estaba bueno.

Los británicos, muy modositos en todo momento, picaban tímidamente de los aperitivos que les acababan de servir, sin levantar en exceso la voz. Bueno, los únicos que de vez en cuando lo hacía eran los dos ejecutivos españoles, quienes disimuladamente miraban con cierta envidia a sus compatriotas de la mesa de al lado, que se estaban poniendo tibios de langostinos y jamón serrano, pegándole al vaso sin contemplaciones mientras hablaban y gritaban, que más que en una cena de empresa parecía que se encontraban en la cantina de la legión. Y el bueno de Manolo aguantando el tipo entre aquella cuadrilla.

Una de las cosas que más le dejó alucinado fue cuando coincidió en los servicios con Carrascosa y Pepe Gutiérrez -uno de los administrativos-, justo en el momento en el que estos dos pájaros se metían por la napia una kilométrica raya de farlopa que habría acojonado hasta al bueno de Pocholo. De Pepe Gutiérrez todavía se lo podía esperar, pues era vox populi que el tipo era un vicioso y, según las malas lenguas, había llegado hasta a zamparse dos tabletas de patillas de gasolina -de las utilizadas para encender barbacoas- en uno de sus continuos monos. Dicen que los Beatles tras meterse unos cuantos tripis vieron a Lucy in the sky with diamonds, y Pepillo, para no ser menos que los de Liverpool -aunque en versión carpetovetónica, of course-, por lo visto vio a Toñi, sobre un sofá de escay, en pelotas, que aunque no resultaba tan psicodélico como lo de los cuatro rapaces, por lo menos le daba para unas pajillas. Lo malo es que tras su momentánea visión soltó un potente eructo de camionero barato que le hizo escupir tal llamarada que dejó chamuscado el pálido rostro del Sueco, hasta el momento su compañero de juergas, y quien por cierto desde ese día fue rebautizado como el Mandinga. Y desde aquel peculiar suceso, ninguno de sus amigos se le acercaba cuando, cabreado, le daba por eructar, pues se liaba a soltar fuego a diestro y siniestro con tanta potencia y cantidad que a su lado el dragón que mató San Jorge no pasaba de una simple lagartija con alitosis.

Sin embargo, al último que esperaba ver pegándole a los polvitos blancos era a Carrascosa. Un tipo serio y correcto, aunque quizá, aquello de calzarse el kit de farlopetas de Miami Vice durante varias horas, habría pasado factura y el bueno de Carrascosa asimilado tanto el rol que incluso no paraba de pensar en una inminente redada, por lo que mientras esnifaba la nieve tenía un ojo mirando a la raya y otro a la puerta -ya quisiera Fernando Trueba-, no fuera que apareciese de pronto el negro Tubbs, o peor aún, el teniente Castillo, que con la mala hostia que gastaba el carapicada ese, como para contarle que en lugar de coca se trataba de petazetas.

Ya estaban por los postres los miembros de Lusitania S.L. cuando les sirvieron a los ingleses unos humeantes platos de sopita caliente. Los camareros tenían que hacer verdaderos equilibrios para atravesar el salón sin verter en ningún momento el líquido elemento. Hasta que Susi -entrañable a estas alturas del relato- apareció en el salón y tuvo la mala suerte de tropezar con la pata de una de las sillas y literalmente besar el suelo como el Papa. Evidentemente, el descojone fue general. Sobre todo porque bañó de negruzca sopa, aderezada de misteriosos tropezones, al presidente de aquella empresa de hijos de la Gran Bretaña. Y no quedó todo ahí, sino que el plato salió de sus

manos a tal velocidad que parecía un fresbee, solo que en lugar de acabar en las fauces del típico chucho adiestrado, terminó en los morros de Mr. Morris, convirtiéndolo al instante en un ser clavado a los indios esos que llevan una especie de cedé adherido en el labio inferior, y que recolecta Sting en sus viajes solidarios por el Amazonas.

¡Cucha el guiri ése, si parece el feo de los hermanos Calatrava!-no pensarían, por algún casual, que López iba a dejar pasar semejante suceso.

La carcajada fue general entre los miembros de la empresa hispana, mientras que entre los ingleses tan sólo pudo escucharse un leve rumor de rabia contenida, pues sabían que se estaban despelotando de su jefe, pero sin saber exactamente qué habían dicho. Únicamente se coscaron del comentario los ejecutivos españoles, que contenían la risa como podían.

Hasta el bueno de Manolo García, que intentaba ignorar al máximo las hazañas de sus comparsas, estalló en una terrorífica carcajada tras escuchar el comentario de López. Y es que, prácticamente, y quizá sin que hubiese llegado a darse cuenta, formaba parte ya de aquella kafkiana secta. Incluso él mismo, con la lengua algo suelta gracias al zumo de Baco, contó una anécdota que le había sucedido dos semanas antes y que casi nadie en la correduría sabía.

Por lo visto, la historia se había producido en la consulta de un médico en un ambulatorio de la seguridad social. Aquella mañana Manolo tenía cita con el Dr. Cifuentes, Roberto de nombre, para hablar de las ventajas de un seguro de vida en el que el galeno parecía estar interesado. La cita era a las diez, pero nuestro querido comercial se presentó a las diez menos cuarto, guardando siempre ese margen de quince minutos destinado a solventar los posibles imprevistos. Echó de menos las revistas del corazón, indispensables en cualquier consulta privada que se precie, y que son una medicina fantástica para luchar contra el tedio de la espera. Más de una vez Manolo se había tenido que fastidiar al tener que entrar en la consulta justo en el momento en que se acababa de enterar de que a Marujita Díaz le habían descubierto una hija secreta de ochenta y cinco años, casi una década mayor que ella y todo, fíjate tú. Y encima que lo estaba comentando con otra señora, que tampoco lo veía claro, con la que había trabado una gran amistad en tan solo diez minutos en la sala de espera. Y es que los amigos que se hacen en las salas de espera son como los de la mili, para toda la vida.

En fin, que entró sobre las diez y cuarto en la consulta. No llevaba más de diez minutos intentando encasquetarle el seguro al Dr. Cifuentes cuando, de repente, la puerta se abrió violentamente y apareció un energúmeno -el Dr. Ramírez, descubrió después- soltando tal cantidad de improperios por su boca, que menos bonito, parece que le dijo de todo, incluso alguna que otra mención al Chápiro Verde se coló en su terrible retahíla. Sin apenas inmutarse, el Dr. Cifuentes se levantó de su asiento y dirigiéndose a su colega le soltó:

-¡Tranquilízate Diego, que hay que saber perder!

-¡Serás cabrón! ¡Te estas taladrando a mi mujer!-gritó el Dr. Ramírez fuera de sí.

Y mientras Manolo, allí, en medio del fuego cruzado, soportando el chaparrón desatado entre los dos médicos, sin saber si largarse disimuladamente o quedarse para ver como terminaba la historia.

-Laura y yo nos queremos. Sé realista Diego. Lo vuestro estaba ya más acabado que Roque Narvaja.

-¡Maldito bastardo!

Sin pensárselo dos veces, el Dr. Ramírez cerró fuertemente el puño y le largó tal hostia al cabroncete de su colega, que le dejó los morros más deformes e inflados que los de Bárbara Rey y Ana Torroja juntos. Aunque éste no se amilanó lo más mínimo, y lanzó al vacío un violenta mascada que desgraciadamente tuvo la mala fortuna de impactar en el rostro de Manolo, en lugar de su inicial destinatario. El pobre Manolo cayó peloto, cual saco de potatoes, mientras que su futuro cliente continuaba recibiendo más que dando -todo hay que decirlo-, de aquel bestia del Dr. Ramírez, que metías unas galletas que daba gloria verlas. Cuando Manolillo consiguió levantarse, observó medio aturdido que el Cifu, su improvisado nockeador, remontaba el combate a base de certeros ganchos atizados con una fuerza que no se podía explicar de donde había salido, mientras tarareaba entre dientes –los tres que le quedaban- la mítica canción de Los ojos del tigre. Y como veía que allí no pintaba nada, y lo único que podía sacar en claro era otra leche, pues el bueno de Manolo puso pies en polvorosa, saliendo a toda velocidad de aquella consulta con un ojo morado, la mañana perdida, y el imborrable recuerdo de encontrarse en medio de una pelea entre dos matasanos que en ningún momento parece ser que se percataron de su presencia. Lo mejor de todo es que cuando llegó a la correduría, el chavalín que acababan de entrevistar para nuevo comercial se le quedó mirando sorprendido al ver su ojo morado y, tímidamente, le hizo una consulta.

-Oye, ¿tan duro es esto?

-Uf, y tanto-respondió Manolo. Aquí como mínimo hay que ser peso medio para lograr vender con suerte alguna que otra póliza.

El pobre chaval se quedó blanco. Todas las ilusiones que había puesto en la empresa se acababan de esfumar al contemplarse a si mismo y comprobar que no pasaba de un enclenque peso mosca. Asco de vida.

Don Braulio fue el que más se rió con la anécdota de Manolo. Y los pelotas de turno, pues claro, a acompañar al jefe en las carcajadas. Que si qué bueno don Braulio, que si este Manolillo ya es uno de los nuestros, que si su empresa es la mejor de España don Braulio... Pero no era el pelón un tipo al que le gustasen las lisonjas interesadas, así que zanjó el asunto con una explícita frase:

-Al que me vuelva a dorar la píldora esta noche lo mando el lunes a vender pólizas a las barriada de Los Tres Pinos.

Aquello fue mano de santo. Desde ese instante nadie le volvió a hacer la pelota al jefe, más que nada porque no quería terminar como De la Torre, un antiguo comercial, que regresó de Los Tres Pinos como lo haría Bill Cosby después de una merendola en un rancho del Ku Klux Klan, es decir, con la camisa destrozada, la nariz rota por tres sitios y numerosas mojas por todo el body.

La cena ya estaba tocando a su fin. Los ingleses, pese haber empezado más tarde el ágape, se encontraban ya tomando la copa fin de fiesta. Sin embargo, no estaban tan al pistados como sus vecinos. Estos, que no habían dejado de beber en toda la noche, seguían gritando como energúmenos, aporreando las mesas, y tirándole los tejos a las dos guiris vecinas, las cuales tenían tan encendidas las mejillas que, según comentaba Pepe Gutiérrez, el que se las llevara al catre nunca distinguiría si lo que se estaba tirando era un risueña vecina del condado de Lancaster o al gusiluz putón. Al final, entre unas cosas y otras, ambas mesas hicieron pandilla. Una vez levantados de sus respectivos

asientos, comenzaron todos juntos a cantar algo parecido a White Christmas. Parecido más que nada, porque Paqui tarareaba por su cuenta el Last Christmas de Wham –quizá le ponía más el barbitas julandrón de George Michael que un escocido Bing Crosby-, y López, totalmente mamado, recitaba con la lengua trabada hare krishna, hare krishna, hare hare... Juan Carlos y Alfredo, los dos únicos ejecutivos españoles de la empresa inglesa, servían de intérpretes para ambos grupos. Aunque curiosamente, las preguntas que provenían de un bando no tenían nada que ver con las del otro. Mientras que los ingleses se interesaban por cuanto les podía salir el seguro del local de sus oficinas con Lusitana S.L., los españoles –prácticamente todo el sector masculino- tan solo estaban interesados en si las gusiluz eran guarrillas. Y parece ser que una de ellas era bastante valiente, según comentó Alfredo. Por lo visto Cindy era de esas de las que cogían a uno por banda y le daban tal repaso que al final acababa pidiendo la hora para salvarse de la quema. Cuando Lucas escuchó aquello, se dirigió como una exhalación hacia la guiri que más pinta de liberal tenía y se sacó el madelman de la chaqueta. La buena mujer se quedó alucinada cuando observó como aquel zumbado le presentaba a un muñeco –respondía al nombre de Pepirri- y se ponía a hablar y moverlo como si estuviese poseído por José Luis Moreno. Con lo que no contaba Cindy era que Pepirri el madelman formaba parte de la astuta estratagema de distracción de Lucas para hacerle cositas. Así que mientras ella miraba pasmada al muñeco, aquel bizarro cagaleras alargó su gadgeto-mano y la introdujo bajo las profundidades insondables de la falda de Cindy. Aunque tampoco contaba Lucas con los felinos reflejos de la inglesa, ni con el depurado estilo taleguero que gastaba la moza. En apenas dos segundos ésta agarró uno de los cuchillos para la carne que había sobre la mesa y le largó tal mojá en el culo que el pobre contable pegó un terrible chillido que hizo estallar dos copas de cristal de Bohemia, porque las que había de duralex no las rompía ni Plácido Domingo con un amplificador. Acto seguido, se levantó rápidamente de su silla, cogió prestado el bastón de don Braulio y, cojeando cual Jon Manteca, se dirigió hacia la cocina en busca de algo con que curar la herida, que aunque bastante espectacular por toda la sangre que se veía, no pasaba de una simple cogida superficial. Aunque claro, para el recién lisiado aquello era prácticamente una copia de lo de Manolete, y a poco que se descuidase podría terminar perfectamente la noche echando un dominó con San Peter y el resto de la cuadrilla. Por el camino hacia la cocina no paraba de decir ¡Jodeeeerrrr! ¡Pues si ésta es valienteeee....! Lástima que nadie le comentase que la chica a la que había metido mano no era Cindy sino Wendy, hembra bastante más borde y picajosa, amén de poseedora de una singular destreza con las armas blancas. Tanta que lo mismo te deshuesaba una pata de jamón en catorce segundos, que extirpaba el apéndice a su primo Jeremy con la limita canija esa que traen los cortaúñas, y sin necesidad de anestesia ni hostias.

Mientras que todo eso ocurría, López, más ciego en esos momentos que Boris Yeltsin en la hora feliz de una vodkería, era observado detenidamente por Susi, que se la tenía jurada desde el incidente del Bloody Mary. Y no le importaba nada que los demás miembros de su empresa ni los de la inglesa, que se habían animado tanto que parecían españoles, se subiesen a las mesas, hicieran guerras con obuses hechos con trozos de pan, o se pusieran a zapatear como descosidos. El único que le interesaba era López. Tan sólo estaba esperando una ocasión propicia para caer sobre él y cobrarse la deuda que tenía pendiente

con el capullo ese. Y tal ocasión llegó. Parece ser que los dioses escucharon sus ruegos, pues a su futura víctima no se le ocurrió otra cosa que sacarse un rotulador del bolsillo -seguramente mangado aquella misma tarde en la oficina- y liarse a pintarle cuernos al retrato del amigo Pacheco, que hasta ese momento sólo se podía quejar de estar algo torcido. Y fue rápido el gachó, porque cuando Susi llegó hasta donde estaba, no solo le había pintado los cuernos, sino que había completado la faena con un grueso mostacho, perilla de mosquetero y unos gigantescos pendientes de aro que ya los quisieran para ellas muchísimas folclóricas. Al ser pillado in fraganti por la seño, no buscó excusa alguna ni intentó disculparse, sino que hizo algo que ni la misma Susi se podía esperar. Se dio la vuelta y, ni corto ni perezoso, se lanzó en un picado suicida, cual kamikaze en Pearl Harbour, hacia las atractivas protuberancias pectorales de la dama. Y las enganchó bien, que coño, pues parecía que el tío tenía Super Glue en los dedos, y allí no había Dios que los pudiera separar de los voluminosos senos de la camarera. Aunque esta, mujer de recursos, encontró rápidamente la solución al entuerto, soltándole a aquel hombre-lapa un fortísimo rodillazo en los cojones que le hizo ver no solo las estrellas, sino también un par de constelaciones, tres planetas desconocidos y hasta un agujero negro que hay saliendo de nuestra galaxia a la derecha, junto al puesto de Paco. Una vez que López se encontraba en el suelo retorciéndose de dolor, Susi comprobó que nadie se había percatado del suceso, por lo que disimuladamente lo arrastró hacia la cocina, dispuesta a llevar a cabo un diabólico plan que se le acababa de ocurrir.

El resto de los comensales de ambas mesas estaban mientras a lo suyo. Que no era otra cosa que bailar la conga alrededor del salón, con Paqui como trolebús guía, el resto de currelas ejerciendo de vagones cantarines, y Mr. Morris como coche escoba, aunque a eso de la tercera vuelta fue captada por la tropa Dolores, otra de las camareras, quizá para ocupar el puesto de special guest star. Sin embargo, tras la puerta de la cocina, las cosas no pintaban tan bien para algunos. Susi entró en ella arrastrando a López, que entre la tajada y el dolor de huevos, apenas tenía oportunidad de intercalar alguno de aquellos chistes que lo habían convertido en la persona más odiada de su empresa durante los últimos tres años. El barco arrastrero lo llevaba directamente hacia las cámaras frigoríficas, en silencio, sin prisa pero sin pausa. Por el camino se cruzó con el Niño de la Mojá, también llamado Lucas. Éste, que se había bajado los pantalones y vendado medio trasero con papel de cocina para intentar contener la hemorragia, se sorprendió y ruborizó al mismo tiempo tras verse delante de la rubia con una nalga al aire y otra camuflada como si fuera el culo de una momia. Menos mal que la rubia no le hizo ni caso y siguió rumbo a las cámaras frigoríficas del restaurante. Una vez allí, abrió la puerta de una de ellas e introdujo a López. Su idea inicial era despedazarlo en trozos pequeños y mezclarlos con el resto de carne almacenada. Quizá para ello le hubiera venido bien la ayuda de Wendy, la guiri picajosilla. Pero resultó al final que Susi era un pedazo de pan, y se conformó con dejarlo allí un cuartito de hora para que aquel tipejo sufriera un poco pero sin pasarse. Cerró la puerta y se dirigió de nuevo hacia el salón, no sin antes advertir al contable cagaleras que no se le ocurriese abrir la cámara antes de que ella volviese. Y Lucas, claro, no dijo ni mu. Más que nada porque el ya iba tierno, con una cuchillada en uno de los cachetes del culo, su ego de galansote tirado por los suelos, y la férrea

convicción de que a las mujeres de hoy en día ya no se les podía llevar la contraria. Menudo panorama. A ver cómo coño le explicaba eso al madelman...

La noche tocaba a su fin. Por lo menos en lo que al restaurante se refería, porque mientras la gente comenzaba a recoger sus chaquetas, abrigos y bolsos, ya se empezaban a escuchar los nombres de los posibles garitos donde continuar la juerga. Y curiosamente, cada antro nombrado reflejaba al detalle la personalidad y estilo de cada uno de aquellos que lo habían propuesto.

-¡Vamos al Salsero!-gritó Luichi, un empalmado de la música latina que traía frita a media oficina al poner siempre de hilo musical las odiosas coplas de Juan Luis Guerra y Celia Cruz, de quien Pepe Gutiérrez, por cierto, juraba y perjuraba que era un travelo.

-De acuerdo, nos podemos dar una vuelta por ahí-contestó rápidamente Sony Carrascosa, deseoso de mover el esqueleto en un antro en el que seguramente todos vestirían como él.

-¡Qué coño al Salsero! ¡Vamos al Alí Babá que allí hay unas putarracas que te cagas!-obviamente, la propuesta de Alfredo, uno de los intérpretes de la empresa inglesa, tan sólo fue aceptado, aunque al unísono, por el sector masculino.

-¡Hay, qué guarros sois! Vamos mejor a la Peña del Cochinillo, que está en mi barrio y yo soy miembro. Igual nos invitan a algunas tapas-graznó Paqui, el leño de la oficina, que parecía ser un pozo sin fondo digno de estudio por los mejores nutricionistas.

Ya está Gandhi con sus chorradas-farfulló alguien entre el griterío.

-¿Quién ha dicho eso?

Nadie contestó, aunque las sonrisas e incluso carcajadas disimuladas fueron numerosas.

-¡El que haya sido es un hijoputa!

-¡Que se calle Moby Dick!-sonó en la lejanía.

Tranquila Paqui, que están de coña-intervino conciliador don Braulio. Vamos mejor al centro, al parking que hay junto a la plaza y luego vemos allí donde vamos.

-Vale, me parece bien, pero como pille al cobarde ese que no se atreve a dar la cara...-gritó amenazadoramente.

Por fin la gente se puso de acuerdo, e incluso los ingleses se apuntaron a la fiesta. Abandonaron rápidamente el local, ante la alegría de Susi, y se dirigieron hacia los coches, no sin antes despedirse don Braulio de todos los camareros y aflojar la mosca, qué menos, aunque eso sí, a cuenta de Lusitana S.L. Y así, tras cuatro interminables horas de gritos, chistes guarros, eructos, canciones y mil y una cosa más, aquella rugiente marabunta se largó con la música a otra parte, sin que se dejara de escuchar por las escaleras mientras se dirigían hacia la planta baja algún que otro ¡Por allí resoplaaaaa! Lanzado por cabroncetes anónimos, uno de los cuales resultó ser... don Braulio..., y que traían a Moby... perdón, Paqui, por la calle de la amargura. Y sin percatarse, por cierto, de las dos bajas que habían sufrido durante la noche. Por un lado, del herido por arma blanca gracias a la inestimable ayuda de la gusiluz mala, y por otro, del chistoso de la empresa, de quien se había olvidado todo el mundo -incluso Susi, su más enconado enemigo-, allí, en una cámara frigorífica, saturado de whisky, vodka, vino y lo que contuviese el San Francisco, y destinado a convertirse en una especie de polo flash de varios sabores.

UN DIA DE EXAMEN

8:00

¡Las ocho! ¡Mierda, me he quedado dormido! Salgo rápidamente de la cama y me dirijo hacia el baño. Sin apenas tiempo, mis abluciones matutinas no se diferencian en nada a la de los gatos. Un poco de agua en los ojos, otro poco en las orejas, y para terminar, una pasada rápida por las axilas. Me visto despacio debido a mi enorme prisa. El examen de Internacional Privado es a las nueve y, desgraciadamente, llevo la hora pegada al culo. Ayer, o mejor dicho, ésta madrugada, me quedé estudiando hasta las cuatro.

8:10

Entro en la cocina. Pongo a calentar la leche mientras voy metiendo el pan en el tostador. Cientos de leyes y artículos pasan desordenadamente por mi cabeza. ¡Para Manolo, que se te va la olla! Unto mantequilla en una de las tostadas. Justo en ese momento se empieza a salir la leche del cazo -paso de microondas-, y cuando me dirijo hacia éste para apagarlo, tiro sin querer la tostada al suelo. El viejo Murphy, siempre presente como el José Antonio de los falangistas, da señales de vida, consiguiendo que el pequeño trozo de pan caiga del lado de la mantequilla. Me bebo entonces la leche de un trago y me marcho de la cocina sin recoger nada.

8:25

Salgo de mi casa. Mientras espero el ascensor se abre la puerta de mis vecinos, los Vázquez. Sale Rafael, el padre, enchaquetado y perfumado, con un maletín en las manos.

-Hombre Manolo, ¿a dónde vas tan temprano un sábado?

-Pues ya ves. Al viejo examen.

-¿Pero todavía no has terminado? Bueno, ya te quedaran pocas...

-Pssee...

-Pues Carlos, que es de tu edad, esta ya trabajando en una empresa y ganando un sueldazo el tío... Hoy hablarán con él para renovarle el contrato y quizá hacerlo fijo.

-Me alegro mucho.

-Bueno, pues hasta luego. Ah, y que tengas suerte en el examen.

-Gracias Rafael.

Será mamón el tío. Seguro que cuando llegue a casa al mediodía se lo contará a su hijo Carlos y se descojonarán a mi costa. Pues Manolo, el del quinto b, el que estaba contigo en el colegio, todavía no ha acabado. Que si ya

lo decía yo, que si tiene pinta de vago... ¡Bah!, que les den. Ya me reiré yo de la cara de Rafael cuando se entere de que su mujer se la está pegando con un ex cura.

8:30

Me dirijo hacia la parada de autobús. Saludo a Laura, la dueña del kiosco. ¡Miauu! ¡Coño, he pisado al gato de Laura! Negro, para más INRI. La verdad es que no debe ser muy bueno el que se le cruce a uno un gato negro cuando va a un examen, pero de lo que no dicen nada es cuando se pisa, así que no sé yo...

8:37

Tras unos minutos esperando, por fin aparece el puto autobús. Está lleno, por lo que tengo que hacer la travesía de pie. El olor a humanidad, aliñado con las pestilentes gotas de sudor de cada pasajero, forma un cóctel nauseabundo que penetra por mis narices sin que pueda evitarlo. Junto a mí se han colocado dos gordas que no paran de hablar a gritos. Graves instintos asesinos recorren entonces todo mi ser, potenciando miradas agresivas que no consiguen achantar en lo más mínimo a las orondas féminas. Me dirijo a la parte de atrás del autobús, junto a la puerta. La vieja que está sentada a mi lado se aferra fuertemente a su bolso mientras me mira desconfiada.

8:45

Llego a la facultad. Cientos de estudiantes se dirigen hacia el claustro en espera de que les indiquen la clase asignada para el examen. Me uno a la manada de corderos que va camino del matadero.

Observo sorprendido cómo más del setenta por ciento de los alumnos son mujeres. Al final, mi amigo Ramón va a tener razón. A las mujeres no había que dejarlas estudiar. Siempre van a clase, tienen los mejores apuntes -que nosotros hábilmente gorroneamos, sacan las mejores notas, suben el nivel, luego se casan con un maromo cinco años mayor y con pelás, muchas no ejercen después, y mientras, nosotros, nos tenemos que joder porque nos han subido el nivel, no aprobamos, y no tenemos dinero ni nadie nos quiere mantener.

8:50

Llego al claustro. Busco a los compañeros de la vieja guardia. Junto a una columna, hablando con una niña, veo al conde. Su mote completo es el conde de Montecristo. Parte de su mote le viene porque su nombre, Raimundo Portés, se parece al Edmundo Dantés de la novela de Dumas. Ni los más viejos del lugar saben cuantos años lleva estudiando derecho. Su aspecto desaliñado, con el pelo largo y la barba descuidada, recuerdan a uno de esos estudiantes contestatarios de los setenta. Lo que habría que saber es si él es de los que corrieron delante de los grises, o si los grises corrieron delante de él, porque la verdad, el tío da bastante miedo.

Sigo buscando a mis amigos. ¡Coño, Karaoke Johnson! Sin duda uno de los mitos eróticos de la facultad. Hembra de prietas carnes y cara de viciosa, y

como diría mi abuelo, más hambrienta que la pantera de Java, que no dejaba nada. El alias le viene por su destreza con el micrófono de algunos afortunados compañeros míos. Lo de Johnson se debe a la manía que tiene de embadurnarse con éste aceite infantil cuando combate cuerpo a cuerpo. Su presencia en la biblioteca acaba con el tedio de tardes interminables, levantándonos la moral, entre otras cosas... Dice que yo le he entrado -sin éxito por supuesto- más de cinco veces. Y lo que te rondaré, morena...

Nada, que no veo a ninguno de mis amigos. Anda, allí está Lola y sus amigas. Menudo atajo de empollonas. Son el claro ejemplo de la teoría de Ramón. Se saben todos los temas, desde el primero hasta el último. Son feas como pocas. Encima, no saben tratar de otros asuntos que no estén relacionados con el derecho. Recuerdo el día que nos pusimos a conversar sobre temas generales y me soltó que si Bernardo del Carpio era un cantaor flamenco, o si García Serrano era un futbolista.

Sigo buscando. Por fin, allí están estos. Miguel y Carlitos, compañeros desde principios de los noventa.

-¿Qué pasa señores? ¿Cómo lo lleváis?

-Como siempre, con alfileres. ¿Y tú?-Miguel me pasa la pelota, a la gallega.

-Pues igual. Que haya suerte porque como haya justicia...

-Macho, cada día conozco a menos gente-protesta Carlitos.

-Cuando he llegado he visto al conde y a Karaoke Johnson.

-¿Tan buena como siempre?-se interesa Miguel.

-Más todavía.

-Pues yo, del tema siete, doce, catorce y quince, no tengo ni idea. ¿Y tú, Manolillo?-Carlitos es todo sinceridad, algo que debería sumar algún puntillo.

-Del siete más o menos. Pero del catorce y quince muy poca, aunque no creo que los pregunte.

-Mirad, por ahí viene Jurásico-anuncia Miguel, como si de un vigía se tratase.

Se acerca Paquito Rodríguez, alias Jurásico. Junto con el conde, es otro de los grandes clásicos de la facultad. Se encuentran ambos en el grado de antigüedad inmediatamente superior al nuestro, dentro del exclusivo y elitista grupo de las viejas glorias universitarias. En el caso concreto de Jurásico, hay quien asegura haber visto el resguardo de su primera matrícula, jurando por lo más sagrado no estar seguro de si el año de entrada en la facultad empezaba por mil novecientos o mil ochocientos.

-Buenas, compañeros. Ya estamos los de siempre. ¿Posibilidades?

-Hombre, hay posibilidades. ¿Qué nos dices tú?

-Yo lo llevo bastante bien. Lo que pasa es que aquí hay más gente que en la guerra, y eso me huele a puro.

-Paquito tiene razón. Al final aprobarán los de siempre y a nosotros nos darán por el ano-Carlitos no las tiene todas consigo.

-Pues será a ti porque yo me lo sé que te cagas-responde Miguel, digno.

-Eso dices siempre, y aquí estás otra vez.

-Venga, que nos vamos. El examen es en el aula magna-intervengo mediador.

-Ahí he aprobado yo algunos exámenes-suspira Jurásico ilusamente.

-Vamos chavales, ¿quién dijo miedo?-decimos todos al unísono.

9:00

Entramos en el aula magna. Un tipo enchaquetado y con cara de oficinista barato se pone a colocarnos.

-A ver, pónganse todos detrás de éste señor, dejando tres asientos vacíos con respecto al compañero de la derecha.

Me ha tocado sentarme arriba, cerca de los malotes del curso de este año. A mi lado se ha puesto uno de esos beatos de ocasión. Coloca en la mesa una estampa de San Pancrancio, otra de la Macarena, dos de la Virgen del Rocío, y por último, una de San Fermín, quizá para celebrar que hoy es siete de julio. Se pone a rezar unas oraciones y se santigua. Por unos momentos parece como si se fuera a arrancar con el Pobre de mí...

Aparece en el aula Javier Relaño, el catedrático. Junto a él, caminando a rebufo, Clara Mateos, la profesora titular. Javier Relaño es un tipo serio y elegante. En sus ojos se puede leer fácilmente una frase muy común entre los de su gremio: ¡Que puro os voy a meter, cabrones! La Mateos, al contrario que el catedrático, simpática y agradable, como buena andaluza que es. Alta y delgada -como en la canción-, de ojos negros y fino bigote, añadiéndole a su natural gracia sureña una cierta sobriedad lusitana. Sin embargo, esta simpatía sólo es una fachada de cara a la galería, pues cuando tiene los exámenes en sus manos, su agradable sonrisa torna en mueca diabólica. Las listas de aprobados en los exámenes de tan gentil dama son más reducidas que los braslip de Torrebruno.

9:05

Comienzan a repartir los pliegos de papel. Uno de los bedeles me acerca un montón y me dice que los reparta por mi fila. Como dice mi amigo Ramón, no hay que fiarse ni de los bedeles. Cierto es que el bueno de Ramón está muy rebotado con todo lo que huele a universidad. Sobre todo desde el día en que vino a la facultad a ver una nota y descubrió que en una asignatura que tenía aprobada, aparecía suspenso. Cuando fue a hablar con el profesor, éste le dijo que se había producido un error, que siempre estuvo suspenso. Entonces, cogió al profesor por el cuello y se puso a apretar y apretar mientras gritaban unas palabras ininteligibles, tanto él como su sorprendida víctima. El pobre Peláez -pues tal era el nombre del sujeto- tenía ya los ojos a punto de salirse de sus órbitas cuando tuve que intervenir yo, más que nada, para evitar que se redujera a dos profesores la plantilla del departamento de Administrativo. Ramón fue expulsado de la facultad, además de tener que pagar una multa de trescientas mil pesetas y dos meses de arresto domiciliario. Ahora anda enrolado en la legión, como corneta, y en el brazo derecho, en lugar del clásico "Amor de Madre", lleva tatuada la leyenda "Ya te pillaré Peláez".

Entra en la sala Chicote, el profesor de prácticas. Tiene unos treinta años y es de las pocas personas que a toda la gente le cae bien. Amante del mundo de la noche, sus hazañas se cuentan por docenas, siendo de todos conocido su sana querencia por el vino y las mujeres, por ese orden inalterable. Éste hecho a dado lugar a un malicioso comentario en el que se dice que Chicote se parece al maestro de Kung-fu, porque siempre está ciego.

9:10

Javier Relaño dicta las tres primeras preguntas, las otras dos corren a cuenta de la bruja de la Mateos.

-Primera pregunta: Orígenes del Derecho Internacional Privado. Tema uno del programa.

Bien, ésta por papá. No me la esperaba porque la verdad, es bastante fácil.

-Segunda pregunta: Normas recíprocas. Tema siete del programa.

Perfecto. Ésta por mamá. Como siga así saco un diez.

-Tercera pregunta: El Reenvío. Tema doce del programa.

Ah, no me dio tiempo a repasar ese tema. Por lo menos me sé algo. Ésta se la dedicaré a la abuela.

Se acerca al micrófono la profesora titular. A ver qué pregunta la tiparraca ésta.

-Cuarta pregunta: La Litispendencia Internacional. Tema catorce del programa.

¡Coño! Ni puta idea. Ésta se la dedicaré al vecino del cuarto. Como la próxima sea del tema quince...

-Quinta y última pregunta: El procedimiento de Exequátur. Tema quince del programa.

¡Joder! ¡Ya estamos como siempre! No tengo ni puta idea del Exequátur ese. ¡Será guarra la tía! Si dijo en clase que no era importante... Hala, ya estoy suspenso. Me sé las dos primeras, la tercera medio qué, pero de las dos últimas, nada de nada. Ésta se la voy a dedicar a su puta madre.

Comienzan las típicas preguntas sobre si se puede alterar el orden de las mismas, si es posible aprobar dejando una en blanco, si hay que relacionar lo preguntado con el resto del tema, etc.

El catedrático se acerca al micrófono y de una forma seca, dice:

-El examen ha empezado. Tienen dos horas para contestar las preguntas. A las once y cuarto como muy tarde deberán entregar los exámenes.

9:15

Escribo las primeras líneas de la primera pregunta. Debo pararme unos segundos en espera de que hagan una pregunta. Durante toda la carrera -y mira que es larga- la han hecho en todos los exámenes, sintiéndome incapaz de empezar a contestar hasta que no la han hecho. La necesito para relajarme. Es necesaria.

Allá abajo, en las primeras filas, alguien levanta la mano. ¡Por Dios, que sea la pregunta que espero!

-¿Qué quiere usted?

-Don Javier, ¿se pueden contestar las preguntas con bolígrafo rojo? Carcajada general. Gran ovación y algunos pañuelos en los tendidos. Alguien pide una oreja. Sí, Dios existe. La preguntita se ha hecho de rogar, pero al final se ha hecho. El día que ésta pregunta no se haga en un examen, significará el principio del fin de la universidad.

9:20

La gente empieza a escribir. Siempre observo los mismos comportamientos entre mis compañeros. En un primer grupo podemos incluir a aquellos alumnos que nada más terminar de dictar las preguntas, ya están contestándolas sin dudar en ningún momento. Éste grupo me resulta bastante repugnante. En un segundo grupo podemos incluir a aquellos que tardan en ponerse a escribir un buen rato, debido a que están repasando las preguntas mentalmente. Por último, en el grupo más numeroso, podemos incluir a todos aquellos estudiantes que se tiran un buen rato pensando en las musarañas mientras se deciden por la pregunta que van a contestar primero ya que todas se las saben regular tirando a mal. Por éste simpático y sano grupo me suelo decantar yo.

Alguien se levanta a entregar el examen. ¡Hombre, si es Carlitos! Claro, me dijo que no se sabía el tema siete, ni el doce, ni el catorce, ni el quince... Detrás de Carlitos entregan el examen dos niñatos, medio muertos de risa, creyéndose por unos segundos importantes, sin comprender en ningún momento los infelices que la ni la plata ni el bronce pasan jamás a la historia.

9:45

Empiezo a contestar la segunda pregunta. En ese momento, una niña de las filas centrales del aula magna cae desmayada. Al principio la gente levanta la cabeza para curiosear, pero a los diez segundos todo vuelve a la normalidad, menos la pobre chica, que permanece espatarrada entre dos bancas sin que nadie la ayude. Al cabo de unos minutos aparecen dos bedeles. La colocan sobre una pequeña mesa que les sirve de improvisada camilla y se la llevan fuera. Vuelven a los cinco minutos -a saber dónde han dejado a la chiquilla-, cerrando la puerta con un sonoro golpe. Nadie se inmuta por la baja que hemos tenido. Debe pertenecer a los famosos daños colaterales.

10:10

Respondo a la tercera pregunta. Sólo sé ideas generales. ¡Anda, si está vigilando Pérez! Será pelota el tío asqueroso. Nunca fue un buen estudiante, más bien de los malos, pero siempre le estaba haciendo recados y demás menesteres al catedrático, consiguiendo al final acoplarse en el departamento. Se cree que por ir de chaqueta es un tío importante y respetado. Y lo que en realidad parece es uno de esos tipos que invitan de público a los programas de televisión, que se visten de domingo para tan singular ocasión.

10:20

Litispendencia Internacional. ¿Qué coño será eso? Si es que no lo he oído en mi vida. Como no me copie de alguien...

Miro a mi alrededor buscando víctimas. ¡Ehhh! ¡Qué cabrón el curilla! Le ha dado la vuelta a las estampas de los santos y vírgenes y se está copiando vilmente el hijoputa. Los vigilantes creen que está leyendo la novena. El tío ha escrito las lecciones en la parte de atrás de las estampas, haciéndolas pasar por

oraciones, cuando los vigilantes están lejos, va y se copia a lo bestia. No sabe nada el gachó.

Me acerco cuanto puedo al beato, a ver si pillo algo. Lo llamo en voz muy baja, mi situación es desesperada.

-Pssee. Pssee.

-¿Qué quieres?

-Oye, ¿me dejas una de tus estampitas? Del tema catorce si puede ser.

-Y una mierda. Yo no te conozco de nada.

-Bueno, para eso siempre hay tiempo. Verás, es que estoy en una situación un tanto delicada. Ésta es mi quinta convocatoria.

-Pues haber estudiado.

-No seas mamón, que llevo yo aquí más años que el que se perdió en la isla.

-¡Me quieres dejar en paz! No me tiro yo haciendo chuletas toda una semana para que me las gorronee un desconocido.

-¡Joder! ¿No has oído hablar de la solidaridad esa que está tan de moda ahora? Además, con lo buen cristiano que parece...

-Una cosa es ser buen cristiano y otra gilipollas. Si quieres una estampita tendrás que apoquinar.

-¿Queeé? ¡Esto es la leche! Me va costar dinero copiarme. ¿Qué será lo próximo? ¿Prostituirme?... Bueno, vale, ¿cuánto pides?

-Por estar en quinta te la dejaré en quinientas.

-¡Serás cabrón! A eso se le llama un contrato leonino.

-Pues mira, algo que no sabía. Así que venga, déjate de cháchara y afloja la mosca.

-Esto se lo cuento yo a alguien y no se lo cree. ¡Ten, niñato de los cojones!

-¿Cómo?

-Digo que si me dejas el tema siete y el quince me vendrían de mil amores.

-Entonces serán mil quinientas.

-¡Eres un usurero, carapolla! ¿No me puedes hacer una rebajita?

-¡No! La vida está muy cara. Si quieres algo tienes que pagar por ello.

-Joder, gracias a ti esta noche tendré que tirar de don Simón.

-Eso no es malo. Ya lo dijo el poeta; Cuando Dios llamó a Gabino no dijo Gabino ven, sino venga vino.

-¿Encima te cachondeas de mí?

En ese instante se acerca Pérez. Parece que ha oído algo por nuestra zona.

-¿Tú estabas hablando ahora mismo, verdad?

-Sí, le he pedido un boli a mi compañero.

-Pues yo creo que te estaba soplando.

-Pues yo creo que no.

-A ver, el de las estampitas, ¿estabas hablando con tu compañero?

-¡Que no, coño! Te he dicho que le he pedido un boli.

-Le estoy preguntando a él.

-Mira Pérez, ¿nos quieres dejar en paz?, por favor.

-¡No! Yo soy el vigilante, además de la mano derecha del catedrático, por si no lo sabes.

-Yo sólo sé que si no te vas ahora mismo te meto cuatro hostias que te dejan tísico perdido.

-¿Me estás amenazando?

-Sí, efectivamente. Eres muy observador.

El catedrático mira hacia nuestro sitio y pregunta a Pérez por lo que está ocurriendo.

-¿Sucede algo, Pérez?

-No, nada. Le estaba pidiendo un bolígrafo a un compañero.

Menos mal. El puñetero vigilante se larga, momento que aprovecha el curilla para agradecerme que haya intercedido por él.

-Gracias tío. Creí que nos quitaban el examen. Para devolverte el favor te dejaré las estampas en mil pesetas.

-¿A sí? ¿Pues sabes lo que te digo, mamonazo?, que como no me entregues ahora mismo gratis las estampitas, te hago lo que le iba a hacer a Pérez.

-¡Oye! ¡Que todavía puedo chivarme!

-Inténtalo, padre Mundina.

-¿Pero es que quieres robarme el trabajo de una semana?

-No haber intentado timarme.

-Pero entonces suspenderé la asignatura...

-¡Anda, coño! Pues igual que Ullate, que por pasarse de listo le cayeron tres cates, como también dijo el poeta.

11:02

Termino de copiar las preguntas. Siento lástima por el curilla y se las devuelvo. La gente empieza a entregar los exámenes. Cuando me dirijo a presentar el mío, Pérez se aparta de mi lado rápidamente.

Salgo fuera. Allí está Miguel, un poco más atrás veo al conde.

-¿Cómo te ha salido, Miguel?

-Bastante bien. Creo que por una vez va a haber suerte. ¿Y a ti?

-También fenómeno. Las últimas preguntas no me las sabía y me he copiado de un tío que tenía las estampas de la Virgen y demás santos, convertidas en chuletas. Encima me quería cobrar. La verdad es que ha sido de película.

-Qué pena lo de Carlitos. Parecía que éste era su año y ya lleva cuatro medallas de oro y dos de plata.

-Ya, que le vamos a hacer. De todas maneras verás como ésta noche se anima.

-Habrás que liarla, ¿no?

-Por supuesto. Hay que pillar una castaña gorda. Como veamos a Chicote le sacamos varios cubatas.

-Ya te digo chico. Oye, ¿cómo le fue a Jurásico?

-Lo vi antes. Me dijo que le había salido perfecto. Pero ya sabes, siempre dice lo mismo y nunca deja de aparecer en las listas de suspensos, donde se rumorea que está abonado al tres y medio.

Me bajo del coche de Miguel. Tras quedar para ésta noche, me dirijo al portal pensando que por primera vez en mucho tiempo podré decir en casa que me ha salido bien el examen, y no aquello de "ha sido un infierno, ni Reyes -el empollón de la clase- sabía responder a las preguntas".

Aparece por detrás Rafael, mi vecino. De nuevo se repite la escena de hace unas horas.

-Vaya, otra vez coincidimos. ¿Cómo te ha ido el examen?

-Superior.

-Eso está muy bien. Con suerte en un año de estos terminas...

-Sí, a ver si hay suerte. Oye, por cierto, a la que no veo es a tu mujer.
-Bueno, es que ahora está de ejercicios espirituales en Soria.
-Ah, ahora lo llaman así.
-¿Cómo dices?
-Que supongo que estará muy feliz.
-Pues sí, eso creo. Quien me preocupa ahora es Carlos.
-¿Qué le ha pasado?
-Pues que no le han renovado el contrato. Con lo que vale.
-Es que no hay derecho. Siempre fue un gran estudiante y mira...
-Por supuesto. Y seguro que mañana contratan a un vago de esos que se han tirado diez años en term... Ehh, bueno Manolo, que tengo un poco de prisa.
-Sí, claro. Pues nada, dile a Carlos que lo siento en el alma. Y que tu mujer se lo pase bien en Soria y a ti no te crezcan más los cuer..., digo los disgustos.
-Adiós.
-Adiós.
Abro la puerta de mi casa. Mientras entro, una sonrisa se va dibujando en mi rostro. Definitivamente, hay días en los que uno se alegra de estar vivo.

EL HOMBRE QUE VIVÍA EN LOS SERVICIOS

La primera noche que lo vi, sin duda fue la que más me impactó. Acababa de terminar la tercera copa, y el cuerpo, como buena máquina que se precie, avisó urgentemente de la necesidad de aligerarme de combustible, ya que el plan de vuelo concertado, rubia de la barra-casa, necesitaba de las condiciones más óptimas. Sin perder tiempo, orienté mis pasos hacia los servicios, con la idea de realizar una operación rápida.

El servicio tenía forma de ele. Según se entraba, te encontrabas con los urinarios de pared. Después había que torcer hacia la derecha y ya aparecían una serie de puertas tras las cuales se encontraban los wateres. Entré en estos últimos. Mientras realizaba mis necesidades fisiológicas, me distraje contemplando las leyendas que poblaban tan íntimo recinto. Las había de todas clases: políticas, como ¡Viva Franco!, “Fascistas cabrones fuera de Torrelodones”, “La Pasionaria vive”; futboleras, como “Ultrasur, siempre fieles”, “Gil y Gil presidente en el dos mil”, “Corre Cardeñosa que la gente es rencorosa”; románticas, “Chari puta te fuiste con el de la fruta”, “La camarera me ha dado un pico y en este baño se la dedico”; o inclasificables, como “Peña Amigos del tío de la tónica”, “Espinete va en pelotas”, “Mi panadero pasa costo y esta semana ha hecho el agosto”, etc.

Cuando me disponía a salir y cerrar la puerta, apareció él. Tendría unos veintiocho años. Era un tipo de estatura media y con algunos kilos de más. Tenía el pelo teñido de rubio platino, rapado por los lados y peinado hacia arriba el resto. Sus ojos negros se encontraban humedecidos, lo que al principio me dio por pensar que se debía al humo y las copas. Llevaba una camiseta negra, toda llena de manchas, con el clásico esqueleto de los Iron Maiden. Con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja, se dirigió hacia mí y me dijo:

-Oye tío, tienes un cigarro.

-No, lo siento, es el único vicio que no tengo-respondí amablemente.

-Ja, eso está cachondo, colega. Yo en cambio los tengo todos, carajo.

Y así, como el que no quiere la cosa, comenzó a contarme su vida entre trago y trago que se metía al colete, repitiendo casi en todas sus frases en forma de latiguillo la palabra carajo.

Se llamaba Rodolfo. Llevaba fumando desde los doce años. Al principio le robaba los celtas a su abuelo, pero con el tiempo se empezó a comprar los paquetes con el dinero que le sisaba a su madre del monedero. Ya por aquella época le pegaba a los porros. Los días en los que no tenía costo, mezclaba con

el tabaco la plastilina con la que su hermana pequeña jugaba en el colegio. Seguramente, por ahí empezó su atontamiento.

Según iba creciendo, aumentaban sus experiencias con todo tipo de drogas. A los catorce pilló su primera borrachera fuerte, a base de inflarse primero a litros de cerveza, con aspirina diluida en ellos, y después atiborrarse de Mirinda con Licor Cuarenta y Dos, una especie de falsificación que hacían en la bodega de su tío Enrique. El padre, en lugar de una sonora bronca al ver el estado en que se encontraba, le dio una palmada en la espalda y se alegró porque su hijo ya era un hombre.

A los dieciocho, como regalo por cumplir la mayoría de edad, su hermano mayor le regaló uno de sus objetos más valiosos. Con la ayuda de éste había experimentado sensaciones únicas. Desde observar círculos y triángulos de todos los colores brillando en el cielo, hasta ver a Elvis bailando los pajaritos en el parque del Retiro. Tal objeto mítico se trataba ni más ni menos que de un cromo de Vicente del Bosque de la temporada 81-82. Según su hermano, la cocaína esnifada por éste cartoncito era la que mejor gusto dejaba. Además, tenía la virtud de producir los mismos efectos que la heroína. La había estado utilizando durante más de ocho años. Sin embargo ya lo estaba dejando pues la nariz le dolía de vez en cuando y además respiraba mal. Y eso que había tomado medias serias, como tapizarse el tabique nasal con papel Albal, ya que su presupuesto no le daba para sustituirlo por material argéntico. El regalo le hizo mucha ilusión, me contaba sonriendo. Acto seguido sacó el cromo de la cartera, donde lo guardaba como oro en paño. Cuando me lo enseñó, casi no lo reconocí, pues más que Vicente del Bosque parecía el abuelo de Heidi, ya que tantos años dándole a la nariz habían conseguido que los restos de cocaína le dejasen el bigote y el pelo tan blancos como el pantalón y la camiseta que llevaba. En fin, una vez puesto el cromo a buen recaudo, continuó contándome su prometedora carrera.

Ya estábamos en los veintitrés, que fue cuando empezó con las pastillas. La cocaína salía demasiado cara y su trabajo de mecánico en el taller de un amigo del padre, no daba para muchos lujos. Quizás había empezado muy viejo en esto de las drogas de diseño, me decía casi excusándose, pero más valía tarde que nunca. Eso de tomar pastillas de colores, con dibujitos, lo traía loco. Incluso a veces se tomaba dos de golpe, que así el efecto era más fuerte. Me contó partido de la risa, la vez que le pusieron una multa por destrozar bienes públicos. La policía lo detuvo a las seis de la mañana cuando pateaba e insultaba simultáneamente a una señal de stop. Rodolfo les explicó que la señal le había provocado y que tras un rato de insultos mutuos, se liaron a hostias sin contemplaciones. Si no llega a intervenir la policía, hubiera ganado él seguramente. Minutos después fue llevado al hospital donde, tras varios reconocimientos, confesó haberse tomado seis pastillas en esa noche.

Ya iba a empezar con los veintiocho, que debía ser la edad que tenía en ese momento, cuando de pronto, por suerte para mi, un tío de los que entraban en el servicio dejó el vaso que traía apoyado en el borde del lavabo, pero tan cerca del mismo que terminó cayéndose. Rodolfo se dio la vuelta sorprendido por el ruido, ocasión que aproveché yo para coger las de Villadiego y así poder saldar la cuenta pendiente que tenía con la rubia de la barra.

Sin embargo, nuestros encontronazos no acabaron ahí. Durante todo el verano fui cliente asiduo del pub donde conocí a Rodolfo. Y tantas veces nos vimos en los servicios durante las vacaciones, que al final le acabé cogiendo

cariño. Unas veces me reconocía, otras no. Había noches que llevaba un mini de calimocho en la mano y se lo bebía casi de dos tragos. Otras veces lo encontraba bebiendo como un descosido el agua de los lavabos, seguramente después de haberse metido entre pecho y espalda medio kilo de pastillas que dudo yo que fuesen las del doctor Andreu. Tenía los ojos inyectados en sangre y la mano le temblaba de una manera alarmante, como si tuviera parkinson. Vamos, que ni pagando hubiera dejado que me afeitase a mí este tío.

Lo más curioso es que nunca lo vi en la barra, ni en la pista de baile, ni siquiera en la puerta del pub vomitando. Siempre estaba ahí, en los servicios. Una noche, uno de los camareros me explicó que Rodolfo siempre estaba en los servicios. Era su hábitat natural. Prácticamente vivía allí. Las copas y demás porquerías que se tomase eran llevadas por los camareros a su guarida. Este era el sitio donde conocía a la gente y le contaba su vida. Con el tiempo se había convertido en un tipo muy popular al que todos los tíos saludaban. Las mujeres lógicamente no sabían quien era. Nunca lo habían visto. Para ellas se trataba de un ser mítico, de alguien que todos los chicos habían visto pero que no podían demostrarlo, como el también mítico vídeo de Sorpresa Sorpresa con Ricky Martin, la niña, la nocilla y el perro. Incluso se organizaron en pequeños comandos, siempre desarticulados por los camareros, para intentar ver de una vez por todas al hombre que vivía en los servicios.

Y así, entre pitos y flautas, se fue pasando el verano. Reconozco que lo eché de menos cuando llegué a Madrid. Eso de no poder tener una charla sobre todo tipo de estupefacientes con un casi catedrático en la materia, me tenía bastante preocupado. Añoraba nuestras conversaciones a altas horas de la madrugada, cuando yo estaba también bastante cocido, hablando esa curiosa mezcla de tártaro y portugués antiguo, dialecto muy extendido según los lingüistas, a partir de las seis de la mañana.

Sin apenas darme cuenta, el año se esfumó a una velocidad vertiginosa. Nada más empezar el verano, me dirigí sin perder tiempo al pub donde habitaba Rodolfo. Conmigo venían varios amigos de Madrid a los que yo había invitado expresamente para conocer a tan singular personaje.

Entré en el servicio muy ilusionado, alegre por encontrarme con alguien que no veía en muchos meses. Pero cual sería mi sorpresa cuando descubrí que allí no estaba. Asombrado, observé una gran placa bajo la cual había una mesa con una urna de cerámica con forma de mini. Junto a la urna había una palmatoria con una vela encendida. En la placa decía:

Aquí reposa Rodolfo, un buen hombre que bebió, fumó, esnifó y se colocó hasta que reventó.

En la urna había una pegatina que invitaba a los visitantes:

Aspira su esencia, Él lo haría en tu caso.

Estaba anonadado. ¿Qué demonios era aquello? Fui entonces corriendo a preguntar a los camareros. Tras saludarme con un gesto bastante triste, comenzaron a narrarme lo acaecido a nuestro amigo.

Sucedió un domingo a las ocho de la mañana. El pub acababa de ser cerrado. Rodolfo se encontraba como siempre, sentado sobre el water durmiendo la borrachera. Los camareros habían dejado los productos de limpieza junto al lavabo para limpiarlos por la tarde. Junto a la fregona y las bayetas dejaron un bote de pastillas Mr. Jake, desinfectante de inodoros. Según parece, Rodolfo debió despertarse y al ver el bote, la querencia pudo más que la razón. Se zampó todo un bote que contenía seis pastillas de cincuenta

gramos cada una. Cuando los camareros regresaron para limpiar los servicios, encontraron al pobre Rodolfo con la cara verde, dando botes y pegándose cabezazos contra las paredes. Estuvieron a punto de llamar a la guardia civil para que le pegara dos tiros. Al final, después de dos horas de gritos y convulsiones, dio un último suspiro y se quedó más tieso que una mojama. La conmoción entre los que le conocían fue tremenda. Se organizó una colecta para hacerle una placa conmemorativa. Respetando el deseo de Rodolfo, el cual manifestó en muchas ocasiones, su cuerpo fue incinerado y metido en una urna, réplica de los minis donde degustaba los calimochos, que fue depositada en los servicios en los cuales había disfrutado de sus mejores momentos. Además, también por deseo del mismo, cualquiera que entrase podría liarse un porro utilizando como aliño las cenizas suyas, con la idea de que su esencia continuase en aquel recinto mientras durasen éstas.

La verdad es que me quedé bastante afectado. Todo aquello sobrepasaba con creces cualquier película surrealista. Pero bueno, si esa era la última voluntad de aquel buen hombre, no sería yo quien le llevase la contraria. Así que llamé a mis amigos, tan sorprendidos como yo y, ni cortos ni perezosos, nos liamos unos cuantos petas a la salud de Rodolfo. Y nunca podré olvidar, por muchos años que pasen, que cuando echaba el humo por la boca, como por arte de magia, se formó en el aire la palabra carajo.

LA AMENAZA AMARILLA

Faltaban sólo quince minutos para que diesen las ocho de la tarde. La tensión del momento se reflejaba fielmente en los rostros de los lugareños. Las mujeres andaban refugiadas en la iglesia con don Marcelino, el cura, quien entre rezo y rezo de sus feligresas aprovechaba para entrar en la sacristía y echarse al colete un par de vasos de vino, ya que la dramática situación requería una tranquilidad difícil de obtener por otros medios. La totalidad de la comunidad masculina había montado su cuartel general en el bar de Lucas -el único del pueblo-, y donde entre trago y trago de orujo, blasfemaban sin cuartel contra dioses y mortales de la multitudinaria raza amarilla. Leocadio, el alcalde, con los ojos vidriosos y la lengua de trapo, seguía atento las últimas noticias que le había transmitido Lorenzo -su hijo y único joven del pueblo junto con Venancio, el hijo de Lucas- en una cuartilla revenida. La pequeña emisora instalada en el segundo piso del ayuntamiento era la única conexión del pueblo con el mundo exterior. Y todo porque Rogelio, el pastor, enfadado por la inverosímil noticia, se lió a pedradas con los tres aparatos de televisión del pueblo: el del bar de Lucas, el del teleclub, y el del alcalde, apareciendo de improviso en casa de este último y rompiéndole la tele justo en el momento en que John Wayne ponía tibios a cuatro matones de Carson City. Y todo porque eran de marcas orientales. Si no ocurrió una tragedia fue gracias a dos factores fundamentales: Al buen juicio de la señora del alcalde por ocultar rápidamente la escopeta de cartuchos de su esposo; y a la ligereza de piernas de Rogelio al contemplar la cara del primer edil tras atentar, más que contra sus bienes personales, contra la mítica figura del Duque. Desde entonces -iba ya para una semana-, el impulsivo pastor no había vuelto a bajar al pueblo, supliendo sus naturales apetitos sexuales con los mimos que le propiciaba Chivi, una simpática ovejita lucera que como su dueño solía comentar, era de las pocas hembras que nunca le decían que no.

Los minutos avanzaban imparables, arrolladores, convirtiéndose en silenciosas detonaciones en los corazones de los lugareños cada vez que la aguja del minuterero terminaba su periódico recorrido y comenzaba de nuevo el siguiente. Demasiada tensión para los escasos habitantes de Villanueva del Gapo. Sí, curioso nombre el de este pueblo situado en noroeste de la provincia de Zamora. Rodeado de montañas por el norte, lindando con un gran cañón por el sur, y tanto el este como el oeste ofreciendo bosques de frondosa vegetación. Tal situación hace que el pueblo se encuentre prácticamente alejado de toda comunicación con el resto de la provincia, así como del país. Tan sólo recibe las visitas -una vez cada quince días- del cartero y de los aprovisionadores de la zona de Sanabria, que es la que más cerca se encuentra del mismo.

La formación del pueblo no cuenta con muchos años de historia. Apenas ciento cincuenta, cuando Agapito Rodríguez se estableció con varias familias

en una pequeña zona privilegiada dentro de aquel marco hostil -entonces había lobos, osos, zorros... - e inaccesible. Practicando una economía de subsistencia, consiguieron salir adelante sin lujos, pero también sin carencias, llegando el pueblo a tener en los años veinte hasta seiscientos habitantes. El nombre de Villanueva del Gapo ha surgido de una forma curiosa. Evidentemente se dedicó a su líder y fundador Agapito Rodríguez. Las crónicas del lugar tratan al tal Agapito como una especie de héroe legendario, sin nada que envidiar a Bernardo del Carpio o a Don Pelayo. De hercúlea musculatura, belleza rústica y singular valentía. Cuenta una de sus más famosas gestas que acabó con un gigantesco jabalí de un certero golpe de piedra lanzado con su honda. Esto es lo que todo el pueblo cree a pies juntillas del fundador de la villa, y luego ha sido el tiempo el que ha conseguido que de Agapito -un nombre poco viril- pasase a Agapo y más tarde Gapo, como se la conoce actualmente. Lo que poca gente sabe, tan sólo Leocadio, el alcalde, quien por cierto consiguió ese puesto por ser descendiente directo de Agapito, es que lo del jabalí no fue exactamente así. Resultó en realidad que nuestro simpático padre fundador se encontraba en el bosque realizando una inesperada deposición provocada por la ingestión excesiva de moras silvestres, mientras un jabalí de unas treinta arrobas daba buena cuenta de los frutos esparcidos por el suelo unos cuantos metros más abajo. Cuando nuestro héroe local intentó adecentarse un poco los cuartos traseros, parece ser que no encontró ninguna planta que se adecuase al fin buscado, aunque sin embargo halló una piedra de formas redondeadas y seguramente de la textura adecuada con la que poder limpiarse a gusto y sin dañar en ningún momento su peludo final de la espalda. Una vez terminada la operación, gritó un enigmático ¡Yapayááá! y acto seguido lanzó la piedra tan lejos como pudo en la misma dirección en la que se encontraba el pacífico jabalí. Por desgracia para éste, la piedra lanzada por Agapito chocó contra otro montón de piedras situadas en una pequeña colina formada por grandes rocas, y la fatalidad quiso que se formase un considerable alud a partir del insignificante golpe. Al pobre animal no le dio tiempo ni de santiguarse, terminando sus días ensartado en el espetón con el que Agapito obsequió a sus paisanos para celebrar su heroica captura. En fin, es lo bonito que tienen las leyendas, que de un origen absurdo y fortuito, con el transcurso del tiempo algunas tornan en épicas hazañas. Por último, también podríamos añadir que lo de musculatura hercúlea y belleza rústica habría que discutirlo. Más que nada porque Leocadio poseía una foto de su ascendiente -jamás enseñada a nadie del pueblo-, donde aparecía un enjuto aldeano unicejo, bidental y trípode -que todo hay que decirlo-, pues el amigo marcaba paquete de una forma exagerada en sus prietos pantalones de pana. Pero bueno, la foto era de mil ochocientos noventa y dos, y quizá el canon de belleza de la época era distinto al de ahora.

Las nuevas noticias no eran muy alentadoras. Por lo visto ya estaban todos preparados para el simultáneo salto. Una gota de sudor frío se deslizó entonces por la frente de Don Francisco, el matasanos del pueblo. Era el único vecino de la villa que siempre había defendido la teoría de que aquello era una broma, una inocentada de los periodistas. Sin embargo, conforme pasaban los minutos, su teoría iba perdiendo peso en favor de la realidad inevitable, por lo que sólo le quedaba rezar y acordarse de los muertos de Hiro Hito, Chu Lee, Koyi Kabuto o del tierno karateca enano, Sr. Miyaggi. Y es que para el caso, daba

igual que los personajes mentados fueran una mezcla de japoneses y de chinos, pues para los del pueblo, todas las personas de ojos rasgados eran chinos.

Quien iba a decirles una semana antes que llegarían a tomarse tan en serio la noticia. Cuando Lorenzo apareció el domingo en el bar dando la buena nueva de que todos los chinos saltarían al unísono varias veces consecutivas el día quince de octubre, los habitantes del pueblo se lo tomaron a guasa. Todos menos Rogelio, que fue el único que vio el peligro del acto y, haciendo gala de su temperamental pronto, destruyó los tres aparatos de televisión del pueblo por ser de fabricación oriental. El gesto no cayó muy bien entre sus vecinos, pues de la noche a la mañana se quedaron sin medios de contacto con el resto del mundo, ya que nadie poseía radio -tan sólo existía la emisora del ayuntamiento que únicamente sabían manejar Lorenzo y Venancio-, perdiéndose el pueblo entero la reposición prevista para ese domingo del último episodio de Starsky y Hucht, serie de culto por cierto para todos los gapenses.

Y es que, aunque al principio la noticia fue tomada a broma, a medida que pasaban los días, sin más información que la dada por Lorenzo y Venancio, el anecdótico salto pasó a convertirse en honda preocupación de los vecinos de Villanueva del Gapo, incrementándose ésta cada vez más por los apocalípticos comentarios de los agoreros de siempre. Y todo porque los habitantes del país de la Gran Muralla, los rollitos de primavera y de las pelis de Bruce Lee, estaban hasta las bolas de que las grandes decisiones mundiales sobre cuestiones políticas, humanitarias o de cualquier otro tipo, fueran siempre tomadas atendiendo los dictámenes de los países occidentales. Querían dar una advertencia mundial. Querían dar a entender que China era una gran potencia, y que un acto aparentemente absurdo como éste podía conseguir que todo el planeta comprobase la tremenda unión del pueblo chino cuando se proponía realizar algo en común. Mil trescientos millones de chinos pegando saltos a la vez. Desde luego era una original forma de echar el domingo, y sin gastarse un duro. Perdón, un yuan, y nada de yen quisquilloso lector, que eso es en Japón. Según contaba Venancio, en Nueva York se había reunido una pequeña comisión de sabios de distintos países para analizar los posibles efectos del multitudinario salto. Había un americano -of course-, un alemán, un inglés, un francés y un español. Vamos, como en el chiste. Para el americano, natural de Tucson, Arizona, la cosa estaba clara. Se lanzaban diez millones de misiles Tomahawk directos a China y así se evitaba el peligrosísimo salto que podría dar lugar a una variación del eje de la Tierra de consecuencias desastrosas. Además, como el país era comunista... Para el alemán, un berlinés alto y serio, de esos que pronuncian las erres con tanta fuerza que acojonan al más pintado, opinaba lo que había que hacer era ignorar el farol lanzado por los amarillos, pues si ya era imposible poner de acuerdo a mil personas para hacer algo a la vez, a mil trescientos millones... El inglés, oriundo de Manchester, haciendo gala de la afamada flema británica, opinaba como el alemán, esperar a la hora señalada tomando el té -a pesar de no ser las cinco de la tarde-, y deleitándose a su vez con la visualización de algún episodio de Benny Hill. La colonia asiática en Inglaterra era muy numerosa y estaba seguro de que a sus paisanos nunca se les ocurriría ponerlos en peligro. El francés, vecino de París, estaba mucho más preocupado que ninguno. Su obsesión era la torre Eiffel. Estaba convencido de

que si se producía un terremoto, el símbolo de su ciudad natal se desplomaría sin remedio. Y lo que le tenía sin pegar ojo no era el destino de la metálica construcción, sino el de su casa, que se encontraba casi al lado. Por culpa de unos cuantos chinos porculeros -quizá más de unos cuantos- podría darse el caso de llegar a lo que un día fue su casa y encontrar tan sólo el picaporte. Por eso él era partidario de negociar. Dar el dinero que fuera necesario para quitarles la idea de la cabeza, organizar el tour del próximo año en China -aunque no se lo terminara ni un ciclista al pistado de EPO hasta las orejas-, nacionalizar chino a Zidane... porque a Platini sería ya pasarse. Y en cuanto al español, su propuesta era también agresiva, como la de los americanos, solo que con un singular toque de originalidad. Nuestro representante, un segoviano simpático y borrachín, improvisaba constantemente kafkianas soluciones entre chupito y chupito que le largaba a la petaca de DYC que llevaba en el bolsillo de su chaqueta. La idea que más gustó -y sorprendió- fue la poner de acuerdo a todos los demás países del mundo y saltar simultáneamente una hora antes que la prevista por los chinos. Que no pasaba nada, pues vale, por lo menos le habríamos pisado la idea a sus inventores. Que se hundía el chiringuito, pues también valía, porque para que lo hicieran los chinos mejor lo hacíamos nosotros y nos llevábamos la gloria.

De las bocas de los vecinos de Villanueva del Gajo surgieron también hipótesis de lo más variopintas sobre la relación causa-efecto relativas al salto del imperio chino. Y aunque ustedes no se lo crean, de personas con una cultura prácticamente elemental nacieron impresionantes teorías que hablaban del fin del universo, de su curvatura, de la lluvia ácida o el efecto invernadero, que ni un Stephen Hawking bien cargadete de farlopa jamás hubiera llegado siquiera a intuir. Las había de todo tipo. Agoreras como la de Facundino, que pensaba que el salto tendría tal potencia que la Tierra daría una vuelta sobre sí misma y se caerían para abajo, al espacio, todos los que ahora estaban arriba. Lo que fallaba de su teoría, comentaba su mujer, era que por qué no se habían caído nunca hasta la fecha los que habitaban en el otro lado del mundo. Había también teorías optimistas como la de Marga, la putilla del pueblo, que decía que tras el salto China se hundiría y con el oleaje formado se regarían las zonas desérticas de la tierra y se acabaría la sequía de una vez por todas. Además, sin explicar a nadie el cómo ni el por qué, el agua salada tomaría en dulce en tres días y ya no volverían a darse los tornados ni los ciclones. ¡Chúpate esa, Mario Picazo! Pero desde luego, las dos teorías más curradas eran las defendidas por don Marcelino, el cura, y por Jacinto, el tonto del pueblo.

Don Marcelino, haciendo gala de su nada despreciable conocimiento de las Sagradas Escrituras, sentenciaba que el fin del mundo sería consecuencia del absurdo salto. Todo estaba escrito. A tal conclusión había llegado tras realizar unas inexplicables operaciones cabalísticas que iban desde leer la Biblia saltándose de dos en dos los versículos del Apocalipsis, hasta escuchar al revés las cintas de chistes de Arévalo, pues don Marcelino siempre pensó que el humorista había vendido su alma al diablo ya que era imposible que semejante tipo siguiera aún dando guerra después de tantos años, contratándolo todavía para las fiestas de los pueblos o en programas como el de José Luis Moreno, otro que...

En cuanto a Jacinto, su teoría tampoco era nada despreciable. Opinaba el simpático aldeano honrado con tan honorífico título que el salto haría que la Tierra cayese en picado hacia los abismos siderales. Acto seguido pasaría a través de galaxias y galaxias a una velocidad vertiginosa, pero como el universo era cóncavo y estaba en continua expansión sería atraída enseguida por un agujero negro que nos trasladaría a otra dimensión espacio-temporal donde reapareceríamos en un mundo al revés, en el que entre otras cosas Juanito Navarro sería un elegante presidente del Senado y Manolo Chaves el incombustible batería del veterano grupo de heavy metal Arikatown. Cuando Jacinto expuso tan singular teoría, la gente se quedó callada. Más que nada porque para ser una de sus tonterías de siempre estaba bastante documentada, con palabras muy técnicas, por lo que sólo podían pasar dos cosas: o bien Jacinto se había fumado los últimos veinticinco números del Muy Interesante -cosa bastante posible-, o bien resultaba que, después de tantos años, los verdaderos gilipollas eran ellos -cosa también posible, por cierto-.

Así estaban las cosas cuando tan sólo quedaban ya ocho minutos para la hora establecida. Otros ocho minutos de aterradora tensión que daban la impresión que acabarían de una vez por todas con los afamados nervios de acero de los gapenses. Pero estaba de los dioses que no serían unos minutos únicamente ocupados por oraciones y crueles insultos hacia los orientales.

De repente, todo el pueblo escuchó asombrado el sonido de un potente motor. Al principio pensaron que eran los proveedores de la zona de Sanabria, pero enseguida descartaron tal posibilidad pues nunca en treinta años habían llegado antes de las nueve. Bastante escamados, salieron en tropel tanto del bar de Lucas como de la iglesia, los ciento tres habitantes de Villanueva del Gapo. Y ante ellos, como si de una aparición demoníaca se tratase, surgió de entre el polvo levantado en la plaza del pueblo sin asfaltar la gigantesca figura de un autobús atestado de turistas japoneses.

En los rostros de los gapenses se dibujaron imposibles muecas de asombro, dignas de los mejores dibujantes de cómics. Aquello era demasiado. Además de poner en peligro las vidas de todos los habitantes de la Tierra, tenían la tremenda desfachatez de llegar a un pueblo perdido de España y hacerles fotos seguramente para dejar constancia de cómo estaban de acojonados los distintos habitantes de cada país. En ese momento, el minuterero del reloj que había en la fachada del ayuntamiento indicó que sólo faltaban cinco minutos.

Cuando los japoneses bajaron del autobús -ochenta y cinco en total-, se quedaron sorprendidos ante el pequeño ejército de hombres y mujeres de rostros curtidos por el sol y manos encallecidas que les miraba con cara de pocos amigos. La idea había sido del guía, que quería enseñarles una aldea que no aparecía casi nunca en los mapas, llena de gente sencilla y hospitalaria. Aunque ni él mismo entendía aquel extraño recibimiento de tácita hostilidad. Quizá, pensaron los japoneses, que lo que les sorprendía era su aspecto exótico. Así que, para hacerse los simpáticos y romper el hielo, dos jóvenes -un chico y una chica de unos dieciocho años- se pusieron a dar saltos y decir a gritos ¡Hola!, ¡Hola! ¡Nos gusta Zamora!

Aquello fue el acabose. La gente del pueblo, poco ducha en idiomas y haciendo una interpretación libre sobre lo chapurreado en pésimo español por los jóvenes nipones -para ellos chinos de toda la vida-, llegó a la conclusión de que habían dicho algo así como que ya era la hora. Se miraron unos a otros

como preguntándose qué debían hacer. Y fue Leocadio, haciendo gala de una envidiable sangre fría -conseguida, eso sí, después de dieciséis chupitos de orujo-, el que marcó la pauta a seguir.

-Vecinos, como máxima representación de la autoridad en este hermoso pueblo, os ordeno que atacéis al enemigo y evitemos entre todos que se pongan a saltar. Quizá no consigamos mucho, pero ochenta chinos que no salten son ochenta chinos.

La orden llegó a los corazones de todos los habitantes y al instante se armaron de cayados, martillos, rodillos de cocina... El grito de guerra que esperaban para entrar en combate no tardó en llegar. Y salió de quien menos hubieran sospechado. Ni más ni menos que de Gumersindo -alias la Sindi-, evidentemente la loca del pueblo.

-¡Seguidme, que yo estuve en Sidi Ifni!

La verdad es que el grito dejó descolocado durante unos segundos a todo el mundo, porque eso de Sidi Ifni nadie tenía ni zorra idea de dónde había sido. Pero enseguida reaccionaron, diciéndose para sus adentros que si la Sindi había luchado en un sitio tan raro como ese ellos no iban a ser menos. Así que, sin pensárselo más veces, levantaron sus armas y dando todo tipo de gritos se dirigieron hacia donde estaban los asustados orientales.

La improvisada carga fue tremenda. Algo así como La Última carga de la Brigada Ligera. Los pobres japoneses observaron acojonados como un centenar de rusticmen caían sobre ellos, gritando como posesos, con la boina calada hasta las cejas ellos, y ellas con pañuelo negro -tipo doña Rogelia-, aunque algunos tan apretados que les cortaban la respiración y los gritos que soltaban eran más por asfixia que por atemorizar al enemigo.

Los nipones, herederos de la antigua tradición guerrera de los samuráis, hicieron de tripas corazón y no tuvieron más huevos que ponerse a repartir galletas a diestro y siniestro sin pararse mucho a pensar en el por qué del ataque. También es verdad que de aquellos sorprendidos japoneses, karate sólo sabían cinco o seis. Los demás hacían lo que podían, improvisando grititos de esos de las películas de chinos, dando patadas o pegando saltos parecidos a los que daban los tíos de Fama.

Los nuestros, más clásicos, se decantaron por las hostias dadas con la mano abierta. Las de toda la vida, vamos. También surgió una variante gracias a Toño, el cabrero, elegido durante seis años seguidos como el tío más bestia del pueblo. Le dio por cerrar el puño y estrellarlo como una apisonadora contra los cráneos de los infelices turistas japoneses. Tipo Bud Spencer. La cosa hizo gracia, por lo que segundos más tarde todo el pueblo plagiaba con descaro el innovador estilo del musculoso cuidador de cabras. Hasta Luisa, la primera dama del pueblo -o sea, la esposa del alcalde-, repescó del ostracismo la tradicional estampa de la mujer que rodillo en mano persigue a su hombre, bien por estar medio mamado, ser adúltero e incluso por ser impotente. Salvo que en este caso concreto el hombre resultaba ser un pobre japonés que no se había metido con nadie y que corría que se las pelaba.

El apogeo de la batalla llegó cuando tan sólo quedaba un minuto para que dieran las ocho de la tarde. Los estridentes banzais escupidos por los pequeños visitantes rápidamente eran contestados con sonoros ¡Agapo, y cierra España!, ¡Mierda al flan chino! o ¡Garrote, garrote al hijoputa que bote! Incluso don Marcelino se internó varias veces hasta el centro del feroz combate, quedando una de ellas rodeado de enemigos que huyeron como alma que lleva el diablo

cuando, cual veterano del Tercio, gritó ¡A mí, gapenses!, llegando al instante cuarenta aguerridos paisanos dispuestos a defender a su sacerdote con uñas y dientes.

De entre toda aquella violencia desatada quizá lo más destacado fueron dos hechos curiosos. Uno de ellos sería la bizarra manera de combatir de un japonés que resultó ser el más peligroso de la panda. El mozuelo -uno de los chicos que se puso a dar vivas a Zamora-, se vino arriba cuando empezaron a caer gapenses tras recibir el impacto en sus cabezas de hermosas peladillas -compradas seis días antes- lanzadas a modo de surikenes. Como hombre de recursos que era, hacía girar la cámara de fotos y su funda correspondiente a una velocidad vertiginosa, lanzándola segundos más tarde contra sus enemigos con singular puntería. Donde ponía el ojo ponía la cámara. Cierto es también que tras el segundo lanzamiento la pobre máquina estaba ya más abollada que la vespa de Steve Wonder, pero bueno, la situación requería el sacrificio. La lástima fue que al pobre rapaz se le fue la olla y cargó contra la barriga de Toño en un ataque suicida mientras gritaba a su vez ¡Kamikazeeeeee! Toño ni se enteró del impacto, mientras que el alocado muchacho cayó peloto sin decir ni pío. El otro hecho curioso fue el indulto con el que Cefe obsequió a una pobre japonesa que creyó tener los días contados. Resultó que el bueno de Cefe agarró por el pescuezo a la inocente fémica, apretando sin cuartel hasta que su cara pasó del amarillo al rojo en apenas cinco segundos. La pobre chica buscó en los ojos de aquél ser que la estaba estrangulando, enfundado en una extraña camiseta con el dibujo de una boina superpuesta sobre dos garrotes cruzados y en la que aparecía escrita en mayúsculas la leyenda RUSTIC POWER, algún destello de humanidad. Y parece ser que lo encontró, pues Cefe la soltó, emocionado seguramente ante la especie de saeta semanasantera que se marcó la japonesa con el poco aire que le dejaba el hijoputa.

En el reloj del ayuntamiento dieron las ocho de la tarde. Justo en ese momento aparecieron Lorenzo y Venancio sorprendidos ante semejante espectáculo.

¡Pero qué hacéis, animales! ¡Qué os han hecho estos pobres chinos!

-¿Qué nos han hecho?-respondió sorprendido su padre. ¿Y tú lo preguntas? ¿No ves que estaban preparados para saltar y mandarnos a todos a tomar por culo?

-¿Pero cómo podéis ser tan gañanes?-gritó Venancio fuera de sus casillas. ¡No os dais cuenta que todo ha sido una broma!

-¿Una broma?-bramó casi al unísono todo el pueblo.

La gente comenzó a dejar a los japoneses tranquilos, acercándose los lugareños a Lorenzo y Venancio y friéndolos a preguntas. Los magullados nipones se miraban entre ellos como preguntándose si lo que debían hacer era salir por patas o quedarse a ver qué es lo que pasaba. Al final triunfó la opción de ver que pasaba.

-¿Cómo que una broma? ¡Si os habéis enterado por la radio del ayuntamiento! ¡Incluso han mandado una avanzadilla de los suyos para atacarnos!

-Veréis, es que Venancio y yo estábamos aburridos una tarde y se nos ocurrió...

-Gastar una broma a la gente y echarnos unas risas durante unas horas -continuó Venancio. Nunca imaginamos que la gente sería tan bestia de creérselo de verdad, y cuando vimos que pasaban los días y la bola aumentaba,

pues nos liamos a inventarnos noticias para reírnos un poco más de los del pueblo. Nunca pensamos que esto acabaría así.

-¡Esto no puede ser verdad! De mi hijo no puede salir una broma de tan mal gusto. ¡Dime que no, Lorenzo! ¡Dime que no!

-Lo siento papá, no esperábamos que la cosa se nos fuera tanto de las manos...

-Hijo, Dios mío, hijo... ¡Hijoputa!

-¡Leocadio, que yo soy su madre!-contestó airada la primera dama.

-¡Si es que me avergüenzo de mi hijo! Tú no ves un duro mío en la vida.

-¿Y ahora qué hacemos con los chinos?-preguntó dubitativo don Marcelino. Porque explicárselo va a ser complicado...

Apenas terminó de decir estas palabras cuando escucharon encenderse el motor del autobús. Parece ser que los japoneses al final se decantaron por la opción de salir a toda pastilla cuando vieron que los lugareños se enzarzaban en una extraña discusión de la que seguramente pensaron que no saldrían muy bien parados. Leocadio y don Marcelino se dirigieron hacia ellos para exponerles las disculpas de todo el pueblo, aunque lo único que pudieron comprender de aquella tribu de desdentados, arañados y amaratados orientales fue algo así como que ya se las pagarían, haciendo explícitos gestos con los puños cerrados y apretando los pocos dientes que quedaban en sus bocas a través de los cristales de un autobús que se alejaba a toda velocidad.

-Bueno, bueno-dijeron simultáneamente Toño, Cefe y Marga. O sea que por la gracia de estos niños nos hemos pasado una semana sin pegar ojo. Esto no puede quedar así.

-Opino como ellos-exclamó don Marcelino.

-Venga hombre, que no ha sido para tanto-comentaron a la vez los protagonistas de la historia.

-¿Que no? Díselo a los pobres chinos-el alcalde también metió cizaña.

-Yo, Toño, voto por hostiarlos.

-Y yo.

-Y yo.

-Y yo.

El clamor popular solicitaba un castigo físico para calmar sus ánimos. Y el alcalde, que prefería tener al pueblo a favor que en contra, dictó su particular jurisprudencia.

-Sea la voluntad del pueblo.

-¡Pero cariño, que van a inflar a nuestro Lorencillo!-gritó suplicante la preocupada madre.

-El alcalde ha hablado-sentenció el primer edil mientras enfilaba sus pasos hacia el ayuntamiento.

La paliza que recibieron los dos muchachos tardó mucho tiempo en olvidarse en Villanueva del Gato. Sobre todo a ellos. Dicen que el eco de los golpes propinados se estuvo escuchando durante tres días consecutivos en las montañas de la zona. En fin, así acabó la original broma de los dos aburridos jóvenes. Al día siguiente todo volvió a la normalidad y se volvieron a llevar bien todos los habitantes del pueblo. Bueno, no todos, porque había alguno que todavía no era capaz de bajar al pueblo y seguía escondido en el monte liado en sus cosas.

-¡Chivi! Esa Chivi bonita.....

** El título del relato viene de una mítica canción con el mismo nombre de Los Nikis, legendario grupo de los años ochenta que seguramente inspiró esta descabellada historia.*

EL CLAN DE LOS TRES

LOCOS

No debería sorprendernos hoy en día, cuando parece que todo está inventado, la historia que les voy a relatar y que versa sobre las venturas y desventuras de un joven empresario que se abrió un hueco en el salvaje y complicado mundo de los negocios. Al ser un completo don nadie, de currículum mediocre –como todo hijo de vecino, pues los de puta lo tienen con toda clase de masters y expedientes brillantes-, sin conocidos que pudieran colocarlo siquiera en una mísera empresa de tercera, nuestro protagonista poseía todas las papeletas posibles para convertirse en uno más de aquellos miles de zombies que pueblan las oficinas del INEM, y que llevan el número del paro tatuado a fuego en el alma. Pero será mejor que nos situemos en el espacio y en el tiempo. Justo en ese momento crucial en la vida de muchas personas que seguro que a alguno de ustedes les resultará familiar.

Roberto García Chicote nunca olvidaría aquel jueves, dieciocho de julio, cuando apareció en su casa con el resguardo provisional del título de licenciado en empresariales bajo el brazo. Sin duda era esta una de aquellas escasas ocasiones en las que su familia parecía olvidar de repente los continuos suspensos del niño; el que llevase nueve años estudiando una carrera de cinco; el siniestro total en que había quedado el coche de papá cuando se estrelló contra el pino de la puerta de casa al llegar un tanto pasado de mirindas..., y en fin, alguna que otra trastada más que pudiese tener en su haber el angelito. De la noche a la mañana pasó de ser más vago que el tío Luis -mítico personaje del que ya daremos cuenta a lo largo de la historia-, a casi convertirse en una especie de freak de feria, al ser presentado por sus padres ante las amistades, título en mano, como la gran esperanza blanca de los nuevos empresarios españoles. Sin embargo, el tiempo, mucho más sabio que los padres de Roberto, puso las cosas en su sitio. Una vez pasada la euforia inicial que trae pareja todo acontecimiento inusitado, los padres volvieron de nuevo a la cruda realidad. Siete meses después de acabar la carrera, el niño seguía sin encontrar ese primer trabajo que le diera la experiencia necesaria para poder iniciar su prometedora carrera. Más de una vez su madre tuvo que cambiarse de acera para no tener que escuchar los irónicos comentarios de aquellas vecinas que meses antes aguantaron estoicamente la turné del licenciado.

Pero Roberto no cejaba en su empeño. No había entrevista de trabajo en Córdoba -pues tal es la ciudad donde se desarrolla la historia- donde él no

estuviese presente. Ya fuera de consultor, administrativo, cajero de banco, o, sobre todo a partir del año y medio en el paro, de vendedor de enciclopedias, pinche de cocina o cajero del Piedra de su barrio. De cada entrevista que le hacían salía cada vez más desesperado. Para unos trabajos le pedían un currículum impecable, para otros una experiencia mínima de dos años en un puesto de igual categoría al que aspiraba. Incluso en el trabajo de camarero en el restaurante chino Lin Chu, donde parecía que se llevaría de calle a los otros candidatos, fue desestimado al no hablar mandarín a nivel de conversación.

Durante meses, recorrió sin descanso las calles de Córdoba en busca de empleo. Frecuentaba las empresas de trabajo temporal, el INEM, devoraba los periódicos donde aparecían ofertas de trabajo, mantenía y además halagaba continuamente a aquellas amistades que tenían un amigo cuyo cuñado tenía un primo que trabajaba como jefe de personal en una empresa de informática... Y así, entre idas y venidas de una empresa a otra para dejar currículums, descubrió ensimismado el curioso mundo de los personajes callejeros. Bautizó Roberto de esta manera a toda esa serie de tipos -también alguna mujer, pero en menor medida- que recorrían sin descanso las calles cantando o contando, según el estilo y la modalidad, alguna miseria acaecida en sus propias carnes. Los había de todo tipo, por lo que el bueno de Roberto tuvo que hacer una selecta criba hasta reducir a tres el número de personajes que formarían parte de su star system particular.

En primer lugar y por méritos propios se encontraba un tipo conocido en el mundillo callejero por Vicente el Indigente. Personaje singular que siempre conseguía captar la atención de los viandantes al lograr una puesta en escena sencilla pero de las que calan hondo. El propio Roberto llegó a oírle conversar con un mendigo al cual le explicaba que su estética no era de vanguardia ni de retaguardia, tan sólo de un estilo personal que él denominaba mugre-retro. Para que se hagan una idea, podría decir, sin equivocarme mucho, que Vicente el Indigente era un cruce entre Robinson Crusoe y Colombo. De melena larga y negra, como la barba, hirsuta y descuidada, que le cubría todo el cuello. Como único vestuario, una gabardina que seguramente un día fue gris, parecida a la de Colombo, solo que después de varios tiroteos y dos años sin cobrar casos. Pero lo más destacado de Vicente era sin duda su breve discurso, el cual repetía machaconamente minuto a minuto durante gran parte del día. Era una cosa así:

"Durante siete años que no son siete días, viviendo en la calle, todo lleno de mierda, separado de mi familia, por culpa de los señores jueces de Córdoba..."

Todo el mundo ignoraba la historia de Vicente, aunque a cualquiera se le pasaba por la cabeza que podía ser verdad aquello que de forma tan dramática, a la par que cantarina, contaba aquel indigente que no pasaba de los cincuenta años. Lo más curioso es que no pedía dinero. Tan sólo protestaba contra la situación en la que lo había dejado la justicia. Quizá por esto, por su lucha romántica contra los poderes establecidos, Roberto sentía una especial simpatía por él.

El segundo personaje preferido de Roberto era sin lugar a dudas Naranjito. Leyenda viva de las calles cordobesas. Orondo elemento de cabello pelirrojo, fina tez blanca y mejillas sonrosadas cual simpática pastorcilla escandinava. Su uniforme de faena se componía de una camiseta de la selección española del mundial 82 y un chándal azul marino con las dos clásicas rayas blancas a los lados, de esos que llevaba Puskas cuando jugaba en el Madrid. Como

complemento a su atuendo deportivo, siempre llevaba bajo el brazo un tango adidas firmado por no se sabe qué futbolistas. Este simpático personaje, al que el gracejo andaluz bautizó enseguida como Naranjito, se pasaba el día dando pataditas al balón, regateando a vendedores de la once, haciendo chilenas frente a la fuente de las Tendillas... Y hay que reconocer que pese a su hermosa panza, labrada a golpe de cañas y pinchos de tortilla en el bar de su barrio, el hombre se defendía bastante bien con el balón. Tengamos en cuenta que según la historia que contaba a todo el mundo, de joven estuvo en los juveniles del Córdoba, luego fichó por el Betis, el cual lo cedió al Zaragoza donde llegó a jugar varios partidos de pretemporada de la liga 81-82, coincidiendo con estrellas de la talla de Casuco o Casajust. Lamentablemente, un estúpido accidente doméstico en el que su hermano Toño -de noventa kilos- le destrozó la rodilla derecha con la Motoreta que minutos antes acababa de estrenar, terminó con la prometedor carrera de Naranjito, con sus sueños de una posición desahogada en el futuro, amén de con su paciencia, al obsequiar a Toñete con cuatro sonoras hostias por el flaco favor que le había hecho. Pese a todo, Naranjito pensaba que todavía tenía una oportunidad en el mundo del fútbol, por lo que siempre pasaba el plato para recaudar dinero con el que pagarse el billete para ir a Madrid a que le hicieran una prueba. Incluso siempre daba lo mejor de sí en la calle ya que, según decía, los ojeadores de los grandes clubs siempre podían estar observándolo...

Y por último, aunque no por ello menos importante, nos encontramos con Juanillo, el loco de la bici. Enjuto personaje de mirada ida y aguda voz. Vestido siempre de blanco, pues había sido heladero antes de que le dieran la baja por enajenación mental permanente, paseaba por las calles cordobesas con su BH gritando a pleno pulmón:

"Tengo frigodeeeos, capitán cola, caliiipos, polos flash, carrasclás, frigopieeeses para las niñas, dráculas para los niños y pirulos para los de en meedio."

De los tres, era quizá el que más conocido por la gente. Esto se debía a que poseía una resistencia casi sobrehumana que le permitía peinar todos los barrios de la capital sin merma alguna en sus piernas y menos aún en sus facultades canoras. Se le podía oír llegar fácilmente desde dos manzanas de distancia. El propio Roberto estuvo una vez a punto de atropellarlo en una céntrica calle. Y si no es por los rápidos reflejos del por aquel entonces recién licenciado, nuestro amigo Juanillo, pese a llevar conectada su peculiar sirena humana, hubiera acabado la tarde jugando una inesperada partida de mus con Manolete de pareja.

Con esta serie de personajes -y otros mucho peores- se encontraba Roberto durante sus infructuosas salidas en busca de empleo. Y aunque ver a Naranjito, Vicente o Juanillo le alegraba la mañana, cada vez veía más nubarrones en el antaño cielo azul de su futuro laboral. Pero como Dios aprieta pero no ahoga -aunque en el caso de Roberto ya tenía las órbitas prácticamente fuera de los ojos-, su salvación llegó. Un poco tarde, pero llegó. Y para tal menester adquirió la forma de un pariente que respondía al nombre de tío Luis. Sin duda, la oveja negra de la familia.

Defensor a ultranza del hedonismo como filosofía de vida, las críticas dirigidas contra él se basaban más en la envidia que en tesis contrarias a sus ideas. La familia de Roberto -el parentesco le venía por parte de madre- nunca le perdonaría que la herencia del abuelo Ataúlfo fuera a parar casi íntegramente

a sus manos por unas malditas leyes de primogenitura establecidas en el testamento. Lo bueno del caso es que dicha herencia sólo le duró tres años. Desde los dieciocho a los veintiuno. Así que el tío Luis poseía el record nacional en dilapidación de fortuna familiar en el menor tiempo posible. Cosa de la que por cierto se sentía bastante orgulloso.

Educado en uno de los mejores colegios de Córdoba, supo sacarle provecho a la sólida formación obtenida, pese a ser expulsado en el último curso cuando el director, el hermano Lorenzo, un cura de mucho carácter, sorprendió a Luisito mientras ponía a Soraya, potentísima limpiadora, mirando a las Ermitas. Por suerte para Roberto, justo el día en que su padre recibió en casa la orden de expulsión, el bueno de Ataúlfo dobló la cucharilla. Suceso que mitigó bastante la reprimenda paterna, que tornó inesperadamente en simpática regañina. Quizá también porque su madre había sido desheredada diez años atrás por casarse con su padre, por lo que la herencia pasaba al varón primogénito de la siguiente generación, según se establecía en el testamento. Y así, como el que no quiere la cosa, este dandi de la antigua escuela, de rasgos afortunados y porte aristocrático, comenzó a pegarse la vida padre.

Por fortuna para Roberto, las predicciones de su tío no se cumplieron íntegramente. Vaticinó su singular pariente que la mitad de la herencia se la gastaría en mujeres, alcohol y viajes, mientras que la otra mitad iría destinada al mejor entierro jamás visto en la capital. Y si no llega a ser por la mala administración del capital heredado, hubiera cumplido con creces sus proyectos de futuro. Aunque con referencia al entierro, no estuvo muy lejos de tener uno, pero a nivel un poco más familiar del soñado. Y es que a sus sufridos progenitores, además de aguantarlo durante sus años de vacas gordas -en espera de una compensación, eso sí-, les endosó todas las deudas pendientes con sus impacientes acreedores. La salida de su casa a las doce de la noche, a toda pastilla, mientras su padre abría la escopeta y su entrañable madre le suministraba la munición, jamás la olvidaría.

Meses más tarde, por necesidades de supervivencia, acabó casándose con una horrorosa y sexagenaria millonaria que estuvo a punto de mandarlo al otro barrio. Y es que, la aparentemente gentil dama, resultó ser en realidad una insaciable putarraca desquiciada. No había noche en la que no exigiese al pobre tío Luis un abusivo impuesto conyugal -a cobrar en especies-, como contraprestación al disfrute de su fortuna. Gracias a Dios, tal ritmo no duró demasiado, pues la fogosa señora se entrevistó con San Pedro mucho antes de lo esperado por todos, principalmente por el tío Luis, que se había quedado en la raspa.

Y esta vez, un poco más precavido que a los dieciocho, consiguió mantener la fortuna durante cuarenta años. A la edad de sesenta y cuatro, que es la que tenía cuando sucede esta historia, tan solo le quedaba un acogedor piso en la céntrica Avenida del Gran Capitán y una colección de trajes confeccionados en Inglaterra que valían su peso en oro. Pero sin lugar a dudas, para Roberto, el mayor tesoro que poseía su tío eran todas aquellas míticas frases que soltaba con tal naturalidad y gracia que daban ganas a uno de tatuárselas en el brazo. Las preferidas de Roberto eran: Lo bonito no es tener dinero, sino parecerlo; Un señor reconoce sus deudas, pero nunca las paga; El que con feas se levanta, con DYC se acuesta; Antes, la gente con clase vivía en la sierra, ahora cualquiera vive en la sierra y cree ser de aquella clase; No te fies del que con todas tus gracias se ríe; No puede ser un señor quien veranea

en Benidorm, frase que normalmente llevaba de complemento esta otra: La gente de clase y porte, veranea siempre en el norte.

Cuando a Roberto le dio por visitar a su tío en su piso del centro, nunca hubiera imaginado que la solución a sus problemas estaría en los sabios consejos del tío Luis. Tras narrarle con pelos y señales todas sus desventuras en el hermético mundo laboral, sus fracasos en las entrevistas, así como las andanzas de los pintorescos personajes que poblaban las calles, se sentó en el sillón y adoptó la postura del alumno que espera escuchar una lección magistral de su maestro. Y la escuchó.

Tío Luis, aquel que un día fuera voluntario paro todo tipo de vicios, alférez de la suerte, degradado a cabo chusquero por indisciplinado, de nuevo ascendido a capitán, ahora que peinaba canas se licenciaba como veterano de la vida. Y como tal veterano le explicaba a su sobrino qué camino tomar, ya que no había mayor conocedor del mundo laboral que aquel que lo había visto lidiar siempre desde la barrera, pero sin haber cometido nunca la vulgaridad de saltar al ruedo. En tres horas de animada charla, consiguió meter en la cabeza de su sobrino la idea de dedicarse a la creación de algún negocio que no se le hubiese ocurrido a nadie todavía. Como nadie precisaba de sus servicios, él mismo sería su propio jefe. Ya lo decía la máxima por la que se regía su tío: A grandes males, grandes remedios. Cuando Roberto salió por la puerta, su estado anímico había dado un vuelco de ciento ochenta grados. Ahora ya no era un vulgar parado. Ahora era un volcán lleno de ideas dispuesto a entrar en erupción de un momento a otro. Sólo había esperar la explosión y dejar que éstas fluyesen mansamente, como río de lava creativo, y enfriar aquellas que no creyese oportunas. Parar, templar y mandar, como hacía con las chavalitas los fines de semana. Aunque en este caso, lo parar lo dominaba, pero lo de templar y mandar corría a cargo del guaperillas de la pandilla.

Como pasa siempre, un par de horas más tarde, el caudaloso río creativo tornó en arroyuelo. Roberto caminaba abstraído, pensando en alguna idea original para montar su propia empresa. Al final se sentó desesperado junto a la fuente de las Tendillas, esperando quizá que el sonido de los chorros de agua que hay junto a ella despertase a su dormida imaginación. Y cuando una hora más tarde se levantaba, con la firme disposición de tirar la toalla, escuchó a lo lejos una cantinela que le era familiar. Conforme pasaban los segundos, el tono subía más y más. Una sonrisa se dibujó entonces en la cara de Roberto. Era Juanillo, el loco de la bici, con su disco habitual:

"Tengo frigodeeeos, capitán cola, caliipos..."

Y de repente apareció. Delante de sus narices estaba el negocio de su vida. Una originalísima idea que flotaba en el aire a la espera de que alguien se hiciera con ella. ¿Cómo es que no lo había pensado antes? Juanillo, Vicente, Naranjito... Ellos eran el futuro. Personajes populares, lograda puesta en escena, maratonianos recorridos por toda la ciudad... Una palabra apareció en la mente de Roberto, PUBLICIDAD. Sí, eso era. El mejor método para que una empresa diera a conocer sus productos o servicios era la publicidad. Y qué mejor lugar para colocarla que en aquel sitio donde la viera todo el mundo. Juanillo se recorría la ciudad prácticamente una vez al día. Vicente peinaba el centro y, según contaban algunos, habitaba en el sector sur, por lo que su protesta seguramente también sería escuchada por aquella popular barriada. En cuanto a Naranjito, se sabía que su entrenamiento matutino lo realizaba en el

circuito Colacao de la sierra, en una zona rodeada de chalets. Para sus demostraciones futbolísticas elegía también el centro, como Vicente.

Todas estas ideas comenzaron a surgir en cascada de la hasta hace unos momentos yerma imaginación de Roberto. Las empresas se matarían por sus servicios. Las cuantiosas facturas por publicidad en periódicos, televisión, radio... bajarían a la mitad con este novedoso sistema. Sólo habría que contratar a la futura empresa de Roberto y esta se encargaría de que dichas empresas dieran a conocer sus productos a través de sus personajes callejeros, con un coste bastante inferior al hasta ahora contratado y unos resultados infinitamente superiores. Y esto se iba a deber a que en toda España seguramente habría cientos de personajes de este estilo, incluso mejores, no ya en cada ciudad, sino en cada pueblo, en cada aldea. Abriría por toda España sucursales de su empresa y crearía un holding de los de aquí te espero.

Pero para evitar que le pasase como en el cuento de la lechera, primero se dirigió, a la mañana siguiente, hacia la materia prima -es decir, los personajes callejeros- para proponerles su negocio. Y lo que en principio parecía una cosa fácil terminó convirtiéndose en un suplicio. Por un lado Juanillo, al que costó Dios y ayuda convencerlo para que junto a su añeja carta de polos y helados estuviese también dispuesto a recitar marcas comerciales del sector de los electrodomésticos. Por otro, Vicente el Indigente, que se negaba a ponerse los distintivos de las más prestigiosas firmas de ropa ya que según él, a sus años y con un pasado revolucionario como el suyo -a saber qué coño habría hecho este tío en el pasado-, no podía aparecer ante la afición todo vestido con marquitas como un pijo. Y por último, Naranjito. A éste no había por donde cogerlo. Que si ya había firmado un cuantioso contrato con adidas por veinte años; que si todo era una estratagema del butano para evitar que se hiciese la prueba en el Madrid; que si un chándal nuevo se lo iba a poner la madre del topo... En fin, con estos inconvenientes tuvo que lidiar Roberto, el cual supo resolverlos con mucha mano izquierda y también algo de derecha, ya que con ésta era con la que sacaba la cartera. Y es que, aunque ustedes no lo crean, aún hoy en día poderoso caballero sigue siendo don dinero. Así que cuando Roberto se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y le largó a cada uno un billete de mil pesetillas como anticipo, sus reivindicativas e idealistas protestas pasaron instantáneamente a un segundo plano. Que una cosa es ser personaje callejero y otra es ser gilipollas.

Dos días después nuestro futuro empresario registró su brillante idea en el Registro de la Propiedad Industrial, quedándose así con la patente de un invento que revolucionaría el mundo de la publicidad. Como marca comercial de su empresa escogió el nombre de PEMESE. Para el gran público significaría la abreviatura de Personal Mezcla de Servicios. Sonaba un tanto absurdo, pero fue lo primero que se le ocurrió para ocultar el verdadero origen de PEMESE. Y este no era ni más ni menos que las iniciales de Paco Martínez Soria, uno de sus actores fetiche. La p, era p; la eme se escribía igual; la ese se unía con la e de la eme y así se formaba PEMESE. Cómo no hacer una mínima dedicatoria a aquel hombre con el que se había reído tanto en películas como Estoy hecho un chaval, Don Erre que Erre o Dos super Dos. ¡Ah! Perdón. Craso error. Quise decir Vaya par de gemelos, que la otra es de Bud Spencer y Terence Hill. Aunque para el caso...

Sin pensárselo dos veces se dirigió hacia las oficinas de las primeras marcas nacionales con sucursal en la ciudad. Tanto las de material deportivo,

como las del ramo de la alimentación o las de los electrodomésticos. Y en todas ellas, pese a que al principio se lo tomaban a broma, acabaron dándole una oportunidad de un mes de prueba la mayoría, de quince días las menos. Se debió esta oportunidad a que todas estas empresas querían reducir a toda costa las carísimas facturas que derivaban de las campañas publicitarias. Tenían la orden de sus superiores de estar receptivos a cualquier idea nueva, por descabellada que les pareciese, que abaratase los costes sin mengua alguna en la imagen del producto.

Cuatro días después, Vicente, Naranjito y Juanillo hacían su recorrido diario con todo tipo de marcas en sus indumentarias habituales. Era curioso contemplar lo que se había conseguido al darles veinte mil pesetas por barba. Naranjito decoraba su camiseta de la selección española y su mítico chándal con los logotipos de *nike*, *reebook*, *adidas*... y también, por exigencia suya, con veteranas marcas nacionales como *paredes*, *kelme* o la sin par *golfitos*. Vicente el Indigente se tragó uno a uno todos sus principios revolucionarios y ahora, junto a su chapa del PC que llevaba en uno de los cuellos de la gabardina, aparecían los distintivos de *benetton*, *lacoste*, *burberrys*, *amarras*, *privata*... En cuanto a Juanillo, Roberto consiguió decorar el cajón de helados que llevaba a remolque la bici con todo tipo de marcas de electrodomésticos como *zanussi*, *balay*, *philips*, *sony*... además de lograr que recitase junto a los frigopieses y demás helados y polos que le habían hecho famoso, los nombres de *corberó*, *casio*, *sanyo*...

La campaña publicitaria fue un éxito rotundo. Prácticamente no había ningún cordobés al que no se le hubiese quedado grabada en su memoria alguna de las innumerables marcas que estos singulares tipos exhibían en sus trajes de faena. Y a tanto llegó el éxito que, por ejemplo, cuando alguien cantaba mientras ponía la mesa "Tengo frigodeeeos, capitán cola... cantaba también las nuevas marcas intercaladas como *zanussi*, si, si, caliiipo, *balay* que guay, polos flash...

Roberto consiguió por fin -y sus padres más todavía- hacer realidad el sueño del joven y exitoso empresario, firmando sustanciosos contratos con todas las primeras marcas nacionales e internacionales. El trío de oro también vio aumentar sus ingresos en unos cuantos duros, permitiéndose así algunos caprichos que antes les eran inalcanzables. Incluso Roberto, pese al estrés de su nuevo trabajo, tuvo tiempo de echarse una nueva novia. Y es que -disculpen si he omitido contarles que tenía una novia llamada Pili-, gracias a su nueva posición, empezaron a revolotear a su lado impresionantes lagartonas que le hicieron mandar a paseo a la macarra de Pili. La cual, pese a lo suavcito del nombre, le obligaba entre otras cosas a tragarse todos los conciertos del grupo de su cuñado llamado El rabo de mi Antonio, donde se mezclaban potentes guitarras tipo Ramones con el quejío carpetovetónico de Juanito Valderrama, en un estilo que ellos llamaban punk-cañí. La nueva novia de Robertito se llamaba Francisca. Hembra de piernas interminables, generosas curvas y carita de princesa eslovaca. Como único pero podíamos ponerle que era demasiado alta para Roberto. Hasta su propio padre solía comentar en broma con su madre que Francisca era demasiado barco para tan poco marinero. Y hombre, algo de razón tenían, porque el niño no era muy alto, ni incluso alto, aunque tampoco era como José Carabias, el de Lápiz y Papel. La envidia, que se acentúa más cuando uno triunfa, hizo que sus amigos bautizasen rápidamente a su novia como la Jaca Paca, e incluso uno de ellos, que tenía algo de cultura, plagió un

mote de una obra de Arniches llamándola la trompo, pues sólo la bailaba el que tenía guita. Cosa que a Roberto le dio igual, pues como les solía decir cuando se burlaban de él, mientras unos tenían que aguantar en el área chica de los pubs hasta las seis de la mañana para intentar arañar algún tanto en el tiempo de descuento, otros, sin presión, goleaban en la primera parte y se retiraban al vestuario clasificados ya para la siguiente ronda.

Ya prácticamente nos acercamos al final de esta historia. Como última anécdota añadiremos el pequeño motín por el que tuvo que pasar Roberto. Resultó que el simpático trío calavera se aburguesó, cosa por otra parte natural en todos los hombres cuando se acostumbran a ciertas comodidades durante un no muy largo período de tiempo. Juanillo, pese a estar como una chiva, dijo que lo de recorrerse la ciudad de cabo a rabo ya era historia. Como mucho pedalearía por tres o cuatro manzanas al día. Vicente el Indigente amenazó con denunciar a Roberto ante la jurisdicción laboral por incumplimiento del abono de las pagas extraordinarias pactadas en el imaginario convenio colectivo de los Trabajadores Publicitarios de la Rue. Y Naranjito, quejándose de su antigua lesión de rodilla, pidió la baja -remunerada por supuesto- para poder dedicarse a sacar el carné de entrenador y así en un futuro próximo entrenar a alguno de los grandes.

La rebelión pilló a Roberto fuera de juego. Pero tras asimilar su primer conflicto laboral con sus también primeros trabajadores, el hombre reaccionó rápidamente. Cortó de raíz el incipiente problema aplicando una de las máximas de su tío Luis: A grandes males, grandes remedios. Y así, de la noche a la mañana, contrató a una cuadrilla de skinheads venidos a menos para que hicieran correr a los tres aburguesados trabajadores por cuenta ajena. Desde entonces, no hubo mañana o tarde en que los cordobeses no se deleitasen con el singular cuadro que formaban tres o cuatro energúmenos corriendo detrás de un tío con barba, con aspecto de náufrago y con toda la gabardina llena de marcas de ropa, de un obeso pelirrojo con la camiseta del mundial 82 que a la vez iba driblando con un balón a las viejas que se le cruzaban en su frenética galopada, y de un heladero loco que llegó rozar con su bicicleta la barrera del sonido en una de las avenidas principales de la ciudad al escapar de sus incansables perseguidores.

Y así termina esta curiosa aunque verídica historia del joven empresario que supo hacer frente a una sociedad en la que nadie daba un duro por él. Hoy disfruta de una posición desahogada, vive en un espacioso piso en el centro bajo el cual tiene la oficina de su empresa, y se deja ver por la calle con mujeres de esas que a uno le da miedo hasta mirarlas. En cuanto a los personajes callejeros, tras el correctivo sufrido por el pequeño motín, no volvieron a realizar ningún acto de indisciplina y todavía siguen por ahí, genio y figura, recitando sus gracias por las calles de Córdoba.

LA BODA DEL AÑO

Es curioso pero, en los tiempos que corren, donde parece que ya no nos sorprende nada, a veces, gracias a Dios, sucede algo inesperado, como por arte de magia, que consigue hacer tambalearse durante un breve espacio de tiempo nuestra casi ya inmune capacidad de sorpresa. Un servidor, curtido en los últimos años -para desgracia de mi bolsillo- en bodorrios de todo tipo y condición, tanto de familiares como de amigos, compañeros de trabajo o compromisos de diverso pelaje, nunca habría imaginado que en la boda de uno de sus antiguos compañeros de colegio iba a disfrutar de una de las mejores noches de su vida. Y menos aún cuando, en principio, la boda apuntaba maneras de ser un verdadero coñazo, ya que iba solo y apenas conocía a seis o siete compañeros del colegio con los que no tenía relación alguna y siempre me habían parecido unos auténticos gilipollas. Por cierto que con respecto a mi amigo, al que en adelante llamaré Pedro para evitar dar nombres y apellidos, tardé poco en descubrir si había sido uno de los que había invitado para fastidiarles y sacarles por lo menos el regalo de boda -lo que haría que elogiase aún más sus maquiavélicas ideas, hasta ese momento desconocidas para mi- o tan sólo porque tenía cierto aprecio por mi persona. En fin, lo que tengo claro es que no sé si para la novia sería el día más feliz de su vida -cosa que dudo por cómo fue organizada-, pero lo que es para mi, desde luego no ha habido otro que lo haya superado hasta la fecha.

LA INVITACION

La primera noticia que tuve de la boda fue evidentemente con la invitación. Era sábado, y me encontraba tumbado tranquilamente en el sofá, zapeando compulsivamente entre películas de desgracias de Antena Tres, cutreces varias de Telemadrid, estúpidas consultas nigrománticas a cuadrillas de adivinos de saldo que se lo llevan muerto by the face, e incluso, mal que me pese, llegué a visualizar durante unos interminables segundos un poco del programa del petirrojo de Parada. Qué cosas. Cuando más a gusto estaba, recordando que el mes anterior había terminado de pagar el último plazo del coche y ya no tenía ninguna deuda y podía gastar el pequeño remanente que me quedaba en un viaje con mis amigos a Cuenca, llegó mi hermano con varios sobres. Nadie había mirado el buzón en los últimos tres días, por lo que en un momento acabaron en mis manos cuatro cartas inesperadas. Una de ellas era del banco, las otras dos eran unas clásicas del mundillo de la correspondencia. Una comercial, y la otra digamos que más casera.

"Ha sido usted agraciado con un Mercedes 500 en un riguroso sorteo ante notario y donde no han tenido tanta suerte las siguientes personas..." "Si quiere recibir el coche en breves días rellene este cupón y, si le interesa, la solicitud de información o forma de pago de la enciclopedia de comida maorí -imprescindible en cualquier hogar que se precie-, sin ningún compromiso por su parte..." Qué quieren que les diga, cuando a uno le mandan este tipo de cartas una semana si y la otra también, hasta un tipo crédulo como yo acaba llegando a pensar que a ver si todos estos supuestos premios van a ser un truco para vender productos inútiles para la mayoría de los mortales como El Gran Libro de los Insectos, El Sexo en la Tercera Edad -cinco volúmenes-, o la exclusiva colección de tres cedés con los Grandes Éxitos de Leif Garrett.

En cuanto a la otra carta, poco que contar. Se trataba de la clásica carta-cadena que si no la envía uno a diez personas en los ocho días siguientes de su recepción le puede pasar alguna desgracia a las primeras de cambio. Como a Guadalberto Flores -detallaba la carta-, que tras quince años dedicado al duro trabajo en el campo, y ocho de feliz matrimonio viviendo en una humilde casa con su mujer y su suegra, no mandó la carta, por lo que al mes de tamaña osadía lo echaron de la plantación en la que trabajaba al liarse con la exuberante mujer del dueño, fue repudiado por su señora y su suegra, y terminó sus días en una isla del Caribe trabajando de socorrista en un hotelucho de mala muerte y dedicando las horas de asueto a los cubalibres y al viejo fornicio. Hombre, yo no sé ustedes, pero para mi el tal Guadalberto más que un desgraciado me parece un monstruo. Y estoy seguro de que en muchos lugares del mundo, gentes como Guadalberto sueñan con la llegada de una carta como esa, hasta incluso más agoreras todavía, y por supuesto, con mandar al carajo eso de seguir la cadena, como hice yo.

Por último, abrí la cuarta carta, que por sus peculiares hechuras me dio en la nariz que se trataba de una invitación de boda. Al principio pensé que no era para mí pues la dirección que figuraba en el sobre era la de Pedro. Aunque curiosamente, en el remite sí aparecía mi nombre, domicilio, provincia y distrito postal. En la parte superior derecha, donde debía ir el sello, se podía leer "Sin sello", escrito manualmente con rotulador rojo. ¡Qué cabrón! La verdad es que el tipo no era nada tonto. Mandaba invitaciones en cuyo remite aparecía la dirección de la persona a la que iba dirigida la carta, pero sin ponerle sello, y en la parte delantera escribía su propia dirección para que supiesen de quien se trataba. Cuando el cartero comprobaba que no había sello la devolvía al remitente que en realidad era el destinatario. Con estas tonterías, este singular economista se ahorra unas pesetillas en los pesados trámites protocolarios que tienen estos eventos.

Pero no fue ésta la única sorpresa. Debo reconocer, aunque ahora me arrepiento, que cuando vi que realmente era una invitación de boda lo primero que grité fue: ¡Me cago en la puta, otra vez a soltar dinero! ¡Hala, a la mierda el viaje a Cuenca! Lo que pasa es que minutos después, cuando ya había digerido que por lo menos tendría que dar el dinero del regalo, empecé a valorar lo que había plasmado en aquellos escasos centímetros cuadrados de immaculado papel blanco y en cuya esquina inferior derecha se podía leer, escrito en letras negras dentro de un pequeño rectángulo rojo, la leyenda Masagil 200, grajeas. El bueno de Pedrito había reciclado las hojas de los blocks de publicidad que regalaban los visitantes médicos y de los que por lo visto su futura mujer -podóloga- poseía una buena colección, destinándolos a un uso desde luego bastante práctico. De esto me enteré unas semanas después gracias a una cotilla tía mía que tenía un topo infiltrado en la familia de Pedro -la modista que ambas familias compartían-, y que le contaba las constantes cutreces del futuro contrayente.

La invitación no tenía desperdicio. Me hizo bastante gracia que delante de los nombres de cada uno, apareciera escrita su titulación. Así se podía leer, el Ingeniero Pedro...y la Doctora...-llamémosle Laura...-, tienen el gusto de invitarles a su enlace que tendrá lugar en la ermita de San Max Quetiú de la Villa. Nunca lo había visto antes pero, tenía cierto arte, la verdad. Otra cosa bastante curiosa consistía en que en la propia invitación figurase parte del menú que se iba a ofrecer a los comensales. Comprendí acto seguido que formaba parte de la estrategia ahorrativa que Pedro se había trazado. El cabroncete del ingeniero -la leyenda decía que perito- indicaba que en la elitista Casa Nati-Asador Castellano, servirían entre otros platos solomillos de vaca de siete años, osease, vaca vieja. Chúpate esa Villalobos. Imaginé la cara de Pedro cuando ideaba su maquiavélica jugada, dibujándose en su mente una larga lista de invitados de la que de buenas a primeras comenzaban a caer de la convocatoria uno tras otro hasta dejarla en poco más de la mitad. Y de los que quedaban la mayoría eran familiares y no tenían más huevos que ir, que si no... Estoy convencido que lo tenía todo perfectamente estudiado. Seguro que pensaba que nadie le podría reprochar nada, pues si no que no fuese, y si ocurría algo de eso de las vacas locas, como los efectos decían que no se producían hasta pasados diez años, pues nada, que le fueran a él dentro de diez años y demostrasen que habían cogido la enfermedad en su banquete de boda y no en cualquier burger o restaurante chino en el que hubiesen degustado la

vaca vieja junto con jugosos tropezones de rata de la ribera del Manzanares o exquisitas croquetillas de perro geroso. Además, seguro que por aquellas fechas si hubiese sido delito ya estaría prescrito. Yo desde luego fui de los que se arriesgaron. Era como jugar a la ruleta rusa, solo que en lugar de balas con solomillos. Con todo lo que estaba leyendo, como para perderme la boda. Vamos, ni aunque pusieran pollos y cocacola belga, rabo de toro descabellado a la antigua usanza, marisco ilegal traído de estrangis de Galicia, vinillo peleón, whisky de la garrafa del tío Emilio, o el camarero tuviese fiebre, aunque fuera actosa.

La parte final de la invitación fue, sin lugar a dudas, la que consiguió que elevase al bueno de Pedro de la catalogación de simple mortal a la categoría de mito. En poco menos de dos líneas comenzaron a aparecer ante mis ojos una serie de dibujos y signos matemáticos de diversa índole, aunque eso sí, comprensibles para todo el mundo, que es lo que lógicamente buscaba su autor. Para no aburrir con pesadas explicaciones de cada dibujo y signo resumiré las intenciones manifiestas del futuro anfitrión. Indicaba en primer lugar que si el cubierto le costaba siete mil pesetillas, el regalo debía ser igual o mayor al precio del plato, debiendo abstenerse de ir aquellos que fueran a regalar algo de menor cuantía. Lo indicaba claro, apareciendo a modo de recordatorio el número seis mil quinientos tachado con una cruz negra. Una renglón más abajo se rogaba a los invitados que no llevaran a sus hijos, salvo en caso de fuerza mayor. Junto al original ruego, entre paréntesis, la frase SE GRATIFICARÁ, apareciendo a su lado el dibujo de dos filetes superpuestos, que deduje que indicaban algo así como que aquellos que no llevaran a ningún miembro de su prole serían recompensados con ración doble. Todo un detalle. Observé intrigado además que al final de todo el texto de la invitación aparecía una misteriosa jota dentro de un pequeño cuadrado de bordes rojos. La verdad es que en ese momento no caí en cual podía ser el significado de tal símbolo. Y mira que le di vueltas a la cabeza intentando pensar por unos segundos como mi amiguete Pedro. Pero nada, ni por esas. Bueno, me dije, seguramente sería una más de las múltiples sorpresas que me depararía la boda.

Por cierto, casi se me olvidaba la última sorpresa que escondía la invitación. Una pequeña tarjetita indicaba un plano, digamos que elemental, de cómo llegar al asador situado en las afueras de Madrid. Teóricamente poco más de cuatro rayas servían para orientar a los hambrientos invitados del convite. Incluso se había estirado dibujando una glorieta donde unas flechas cutres a la par que sospechosas marcaban el camino a seguir. Por supuesto mis sospechas, tratándose de Pedro, se confirmaron en pocos días. Gracias al topo al que me referí antes, mi tía Mercedes me confesó en petit comité que mi compañero de colegio había elaborado dos mapas casi idénticos del itinerario a seguir. El verdadero lo mandaba en la invitación de familiares y demás personas en las que estuviera interesado en su asistencia. El falso en la de aquellos cuya ausencia no trastocara en exceso el desarrollo de la boda. Evidentemente yo era una de esas bajas que no serían añoradas por la concurrencia. Pero con lo que no contaba Pedrito era con mi astucia -joder, parezco el Chapulín Colorado- a la hora de descubrir pistas falsas. Aquellas flechas gurruminas indicando un camino prácticamente contrario al inicial me resultaron desde un primer momento muy extrañas. Lo que no sé yo es si otros invitados advirtieron el timo o sin embargo hicieron caso al plano y en lugar de Casa Nati-Asador

Castellano acabaron la noche cerca de Andújar, un tanto mosqueados eso sí por lo lejos que parecía estar el asador de los cojones. Desde luego, en el convite había bastantes platos vacíos, así que no sé yo...

Una vez que terminé de leer aquella joya del papel escrito, superior incluso me atrevería a decir que el Perséfone de Ricardo Bofill, respiré hondo, conté hasta diez, y de nuevo repasé línea a línea el contenido de la invitación. Sí, aquello estaba sucediendo. Había sido invitado a la boda de un tipo al que no veía desde hacía lo menos once años, del que por cierto nunca había sido gran amigo, pero que prometía ser un bodorrio como mínimo curioso. Cuando mi tía me puso al corriente algunas de las circunstancias de la boda, mis deseos de asistir aumentaron considerablemente. Por lo visto Pedro no tenía nada de ganas de casarse, lo suyo era más bien vivir en pecado. Vamos, el amancebamiento puro y duro. Pero fue su futura mujer la que a base de machacar día tras día al pobre muchacho la que consiguió al final cambiar las constantes negativas del pobre Pedro por un definitivo y exaltado ¡Que síiiiií, cooñoooooo! También hay que reconocer que el Pedrichi sufrió el cruel castigo de la abstención de la carne por parte de su entonces novia Laura, hasta que ésta no escuchó de sus labios la afirmación tan insistentemente requerida. No podía siquiera rozarle un pezoncillo de refilón sin que la pesada de su novia comenzase con lo de ¡Hasta que no haya fecha de boda, ni catarlo!, ¡El que quiera peces, que se moje!, y demás cosas por el estilo que hacían que Pedro contestase siempre lo mismo, repitiendo constantemente como un loco ¡Ooooooooootra veeeezzz! Pero en fin, al final claudicó, cosa que por cierto ahora se lo agradezco en el alma. Lo mejor de todo fue que estableció como condición sine qua non para pasar por el altar la de que la boda fuera organizada por él mismo y bajo tal salvaje sistema de reducción de gastos que si se descuida un poco le saca dinero hasta a los invitados.

Así estaban las cosas. Como para perderselo, me dije. Supongo que la vida a veces le da a uno oportunidades como ésta, y tengo claro que lo que no se puede hacer es desaprovecharlas, pues nunca se sabe si volverán a repetirse en el futuro. Total, que saqué la artillería pesada y marqué con mi rotulador Carioca rojo -utilizado ya sólo para las grandes ocasiones- el día veinte de octubre de dos mil uno, sábado, sobre el almanaque de tías en bolas que un camionero al que resolví un complicado pleito me había regalado el año anterior, y que por supuesto volví a ocultar en un lugar secreto, a salvo de las imprevisibles batidas de limpieza que cualquier madre suele realizar esporádicamente en bastiones casi inexpugnables, como por ejemplo puede ser el cuarto de cualquier hijo de vecino. Que sí, que ya me vale, que con treinta y pocos tacos y trabajando, todavía en casa. Pero es que la cosa está muy mal. Y a esta edad, con lo que gano no me da para una hipoteca que pueda asumir sin quedarme tieso, así que en lugar de irme a vivir a un piso compartido con tres gañanes y hartarme de pasta y salchichas, pues nada, como en el hogar paternal no hay nada. Cuando no salgo por ahí de gaseosas con los amigotes, me quedo en casita, con mis pantuflillas, mi Colacao calentito, y a tirar de películas bajadas de internete o bien a echar interminables partidas de Risk con mi vecino Anselmo, ex capitán de artillería jubilado, que por cierto se pone de muy mala leche cuando pierde, dando lugar a que saque entonces el viejo máuser que tiene en un armario y que me persiga encañonado hasta la puerta de mi casa.

En fin, lo importante es que desde el día de la recepción de la invitación mi vida cotidiana experimentó una notable mejoría a nivel emocional, llegando a rozar el éxtasis el inolvidable día de la boda.

LA CEREMONIA

Nunca podré olvidar aquella lluviosa mañana de octubre. El día había amanecido totalmente cubierto de nubes. Espesas y oscuras nubes preñadas de ingentes cantidades de agua que no respetaron por mucho tiempo las angustiadas oraciones de la novia a Santa Clara -a quien por supuesto ofreció una cesta de huevos-, San Pancracio, San Lucas -patrón de los médicos-, e incluso algunos dicen que a Mariano Medina, que por pedir..., y que dieron a luz diluvios tan torrenciales que hasta al mismísimo Noé se le habrían rizado las barbas del acojone. Pobre novia, pensé, la primera en la frente.

Mientras descolgaba el traje de la percha, comencé a leer un breve folleto que hablaba de la historia de la ermita de San Max Quetiú de la Villa. La verdad es que jamás había oído hablar antes de semejante ermita. Según explicaba el tríptico, su nombre se debía al padre Máximo Quetiú, para los fieles el padre Max. Por lo visto era un viejo sacerdote catalán que a principios de los años sesenta había creado un pequeño centro de meditación y recogimiento a unos pocos kilómetros de Madrid. Resultó entonces que la gente comenzó a visitar al padre Max para pedirle consejo, pues su reputación de hombre sabio corría de boca en boca por toda la capital, tanto en ambientes selectos como en los del pueblo llano. También circulaba el rumor de que el padre Max realizaba milagros. Y claro, por lo que deduje del folleto, la banda se vino arriba y empezó a visitar al sacerdote para pedirle no ya curas de complicadas enfermedades, salud para la abuela o que el Antoñito sacase la reválida, sino televisores con todas las letras pagadas, esposas tipo Sofía Loren o un catorce en la quiniela del domingo. Entonces el cura dijo ¡Hasta aquí hemos llegado, Perico!, y dejó de recibir a aquella egoísta feligresía que prefería los bienes materiales a los espirituales. Aunque como siempre pasa, hubo una excepción. Un caluroso domingo de junio, un rico empresario se presentó en casa del padre Max y le pidió ayuda para salvar una situación desesperada. Según parece, el honrado empresario estaba dando en esos momentos una fenomenal comilona con unos clientes muy pero que muy pudientes, en un chalet no muy alejado de la casa del sacerdote. Sus hijos, los de los clientes y otros amiguitos de padres bien situados, también disfrutaban de una agradable tarde en el jardín. Pero sin saber cómo, los criados habían olvidado comprar refrescos para los niños, al igual que algún que otro aperitivo de calidad para los mayores. Que alguien iba a ser despedido estaba más claro que el caldo de un asilo. Y como era domingo y todavía no existían los veinticuatro horas, ni abrían los corteingleses, ni demás establecimientos de tan leal competencia, el pobre empresario estaba en tris de decepcionar al personal y seguramente perder un negociete de muchos millones. El padre Max le dijo que de milagro nones, que les largase agua con limón a los niños y cortezas a los mayores. Discutieron durante más de media hora. Al final la cosa se resolvió con la promesa por escrito del empresario de la construcción: si

conseguía un milagro de categoría, levantaría una catedral; si era un milagro mediano, una parroquia; si era un milagro de medio pelo, vamos, para salir del paso, una pequeña ermita.

Hombre, tan de medio pelo no lo veo yo. El bueno del sacerdote se metió en la cocina y por arte de birlibirloque consiguió convertir siete garrafas de agua en siete garrafas de coca cola y fanta de naranja, cuatro litros de sifón en un excelente vino espumoso, e incluso convirtió tres fuentes de gusanitos en tres soberbias bandejas de langostinos. Vamos, que si hubiera conseguido convertir la pata de gallina que tenían para el caldo en un jamón serrano, el padre Max se hubiese partido la camisa -mejor dicho la sotana- allí mismo, delante de los invitados. Pero en fin, lo importante es que el empresario cumplió su promesa y construyó una ermita en aquel lugar apartado de la mano de Dios.

Con el tiempo, la ciudad se expandió tanto que la solitaria ermita se vio rodeada de la noche a la mañana de todo tipo de construcciones. Y como pasa siempre, sus nuevos vecinos resultaron pertenecer a los sectores más desfavorecidos de la sociedad. La ermita, cuando yo fui a la boda, se encontraba situada en medio del extrarradio de un suburbio. Seguro que tal situación no fue elegida al azar, conociendo a mi amigo. Apuesto que más de uno se rajó cuando supo donde se celebraba la misa. Hasta yo estuve tentado. Sobre todo cuando el taxista que me llevó a la ermita me contó que Charles Bronson quiso rodar Yo soy la justicia en la barriada a la que me dirigía. Pero por lo visto cuando iba a localizar exteriores con los técnicos vio a tal cantidad de tipos con cara de pocos amigos y ganas de decirle algunas cositas que incluso a un tipo tan duro como el bigotes se le pusieron de corbata. Tanto que acabó rodando la peli en Chicago, donde según cuentan dijo: "Los psicópatas, asesinos, veteranos de Vietnam locos y demás fauna que puebla ésta ciudad, son unos inocentes pandilleros de tercera comparado con lo que yo he visto en una barriada de Madrid". Cuando yo me bajé del taxi y crucé los cincuenta metros que separaban la calzada de la ermita, con sólo imaginar que de un momento a otro apareciesen por detrás el Jaro, el Torete o el Chirri y me quitasen hasta los braslip azulitos que mi abuela me compra en el mercata, casi me hago caquita. Si el que de verdad parecía un delincuente era yo, solo que del siglo de oro, atravesando como una exhalación los escasos cincuenta metros que me separaban de la ermita para obtener la invulnerable protección de sagrado. Menos mal que el chaparrón que caía en ese momento me sirvió de coartada para justificar mi faceta oculta de sprinter.

Pero lo importante es que llegué. Aunque reconozco que durante unos segundos estuve dándole vueltas a la cabeza preguntándome qué coño hacía yo allí. Hasta me acordé de algún ascendiente cercano de mi buen amigo Pedro. Pero en fin, los naipes ya estaban repartidos y no había vuelta atrás. Así que allí estaba yo, a las ocho en punto como indicaba la invitación de marras. Coño, ni Willy Fogg.

Con la carrerita no me había dado cuenta de la cantidad de gente que había en la ermita. Quizá también sus reducidas dimensiones y el respetable número de personas lograban hacer creer que la cantidad de invitados era mucho mayor de la esperada. Aunque había que contar con que por lo menos la mitad de los presentes tenían plano falso, así que el número de comensales se reduciría mucho. Si bien, las expectativas del novio de un mayor número de bajas por

celebrar la misa en una especie de Fort Apache -más bien el fuerte Comansino se habían cumplido, no sabemos si porque la gente tenía un buen par de pelotas o porque tenía más hambre que el que se perdió en la isla. Lo cierto es que la peña se agrupaba en pandillitas mientras que el menda se situaba en una esquina, junto al confesionario, intentando disimular la colgaera que tenía. Menos mal que en ese momento entró la novia a la ermita y tuve que sentarme en un banco junto a otros invitados, sintiéndome por primera vez, durante el tiempo que duró la ceremonia, como parte de un grupo.

Y menudo grupo. Resultó que me había sentado al lado de los cuatro loros con más mala leche que jamás había visto en mi vida. Además de criticonas, feas, de esas que el médico nada más traerlas al mundo le dice a su madre que ha tenido una soltera. Vaya lenguas viperinas gastaban las muy brujas. Encima eran de la familia de Pedro. Toma ya, el enemigo en tu propia trinchera. Cuando apareció la novia con su padre, casi les sale humo de la boca de todo lo que estaban largando. Que si vaya vestido más horrendo y barato; que si Puri le había dicho que por lo visto los padres debían más que Alemania después de la guerra; que si vaya cara de guarra; que si olía a penalti en tiempo de descuento; que si menudas patillas gastaba la novia; que si cómo había podido entrar el padre por la puerta con los cuernos que tenía... Cuando sus ojos apuntaron hacia Pedro y su madre, tampoco se puede decir que los comentarios con que obsequiaron a madre e hijo fueran muy agradables. Que gorda se nos ha puesto Clarita; vaya pinta de escocido tiene el primo Pedro; que mal le sienta el chaqué a algunos; al final parece que la peineta se clavó bien... Esto último consiguió despertar mi curiosidad. Menos mal que uno de los loros -la única joven de las cuatro- no sabía la historia de la peineta y las otras tres se la contaron entre malévolas risas en voz baja. Según parece, doña Clarita, la madre de Pedro, no conseguía que le fijasen la peineta a la cabeza, a pesar de la abundante pelambreira de la dama. Por muchos alfileres que se le colocasen, siempre terminaba cayéndose. En un día tan especial, los nervios tardaron poco en estallar, dando lugar a que la madrina soltase tal cantidad de insultos contra la joven peluquera que la peinaba en casa, que dejaron a la pobre niña pálida, boquiabierta y con las manos más temblorosas que las de Michael J. Fox en Regreso al Futuro IV. Menos mal que llegó el abuelo Nicolás, un tipo de mucho carácter. Harto de tanto alboroto, analizó la situación durante unos segundos, y ¡Plasss! Cogió la dichosa peineta, dio un rodeo a su hija y se la clavó con fuerza en la cabeza, cual banderillero en Las Ventas. Y además al quiebro, pues la madre de Pedro lo vio venir y casi le endiña si no llega a estar rápido de reflejos. La peineta ya casi no se movía, pero Clarita seguía en sus trece de que sí. Cuando Nicolás -picapedrero asturiano jubilado- dijo que iba a por su martillo de currela para rematar la faena, a su hija casi le da un tabardillo. Una cosa eran las gotitas de sangre que asomaban por el cuello debidas a los arañazos que las púas de la peineta habían ocasionado tras el certero banderillazo, y otra muy distinta que el bestia de su padre la dejase clavada a la silla de un soberbio golpe de martillo. Así que nada, le dijo a su progenitor que el españolísimo adorno estaba más fijo que el puesto de un funcionata de correos y salió de casa echando mistos.

Casi suelto una carcajada con la historia que contaron las cacatúas. La putada era que yo no me podía reír porque se suponía que estaba atento a lo que decía el cura y no había oído nada de lo que contaban aquellas cotorras. Y

encima, la risa histérica de una de ellas contagiaba a cualquiera que estuviese en los bancos cercanos, tanto delante y detrás, como en los laterales. Dándose el caso de que en seis bancos de la parte final de la ermita la gente estuviese descojonándose sin saber por qué, con esa típica risa idiota que da en aquellos lugares en los que uno no puede reírse, tapándose la boca para no llamar la atención, mientras yo mantenía el tipo estoicamente, sin mirarlas a ellas, pero con dos lagrimones a punto de resbalar sobre mis mejillas, que más que aguantando la risa parecía que estaba viendo un episodio de La casa de la pradera. Hasta que alguien -un coletas de poco aguante que había dos bancos detrás- estalló. El ¡Jua, jua, jua, jua, jua! retumbó en toda la ermita. Gracias a ello, todos aquellos que habíamos estado aguantando la risa estallamos al unísono tras escuchar al coletas. El estruendo que se formó dejó helados tanto a los novios y sus respectivos padres como a los invitados de las filas delanteras. Parecíamos el público de cualquier programa cutre de chistes. Aunque me esté mal decirlo, me lié a dar puñetazos en el banco en el que estaba sentado, supongo que para desahogarme del ataque de risa que tenía. Recuerdo que los cuatro loros se me quedaron mirando sorprendidas a la par que mosqueadas por las carcajadas que estaba soltando, hecho que motivó que mis alocados gritos aumentasen de una manera directamente proporcional a su cara de asombro. Que mal rato. Aunque no lo parezca, resulta bastante angustioso no poder parar de reír cuando uno sabe que está obligado a hacerlo. Gracias a Dios, aquello tan sólo duró un par de minutos. Pero faltó poco para que el padre Marcelo me atizase con un cirio del doce y medio. Suerte que los monaguillos de la ermita estaban bastante cachas.

Una vez restablecido el orden, la ceremonia continuó. Yo me tapé la cara con las manos, mirando hacia el suelo, y no cambié de postura hasta que finalizó la misa. Sintiendo en todo momento los ojos de las culpables de mi ridículo clavándose en mi persona cual afilados cuchillos jamoneros. No me enteré ni de cuando los contrayentes dijeron el sí quiero, ni de cuando se dieron el cinematográfico piquito, ni de cuando se hicieron las fotos familiares en el altar. Una vez que me quedé solo en el banco tras marcharse mis hipócritas vecinas a felicitar a la -guapísima tocaba ahora- novia, me levanté disimuladamente, sin poder evitar ser reconocido por el coletas, quien se acercó hasta mi y me dio dos palmaditas en la espalda mientras soltaba ¡Qué grande eres! Menudo cabrón, como si él no hubiese tenido culpa alguna de la carcajada general. Anda que si en ese momento llego a tener unas tijeras...

Entre besos y felicitaciones se echó el tiempo encima. Para la misa de nueve tan sólo faltaban cuatro minutos, por lo que el padre Marcelo gritó por última vez que por favor abandonasen la ermita. Dos monaguillos le intentaban echar una mano en el desalojo, mientras que un tercero platicaba con un barbudo que solicitaba una fecha para la comunión de su hija. Parece ser que el barbudo estaba muy interesado en que le dieran una fecha, dando tanto calor al joven monaguillo que éste tuvo que comunicárselo al cura para ver si se lo quitaba de encima.

Don Marcelo estaba tan ocupado gritando como un poseso para que la gente se marchara y dejase que los fieles de la misa de nueve pudiesen entrar tranquilamente, que no hizo ni puto caso a los comentarios del pobre monaguillo.

-Don Marcelo, aquí hay un hombre que se llama Iván Romero que pregunta cuándo puede hacer la comunión su hija.

-¡Hagan el favor de salir de la ermita de una vez!

La gente seguía dándole abrazos y besos a los novios y a los familiares.

-Don Marcelo, que aquí hay un hombre que pregunta que cuándo puede hacer la comunión su hija.

-¡Que hay misa de nueve! ¿No pueden felicitar en la calle?

Allí no se movía ni el gato. Mientras, el barbas seguía presionando al monaguillo erre que erre.

-Don Marcelo, este señor que se llama Iván Romero está interesado en celebrar la comunión de su hija y quiere saber las fechas disponibles-repitió de nuevo el monaguillo, que se estaba poniendo también bastante nervioso con los toquecitos que el barbas le daba en el hombro constantemente para que se acercase al cura.

-¡Que llamo a la guardia civil!-chilló con potencia don Marcelo, invocando a la Benemérita para intentar dispersar a la multitud.

Hasta que al monaguillo se le inflaron las pelotas, cogió el micrófono y gritó:

-¡Don Marcelooooo! Que aquí hay un tal Iván que dice que...

No pudo ni terminar la frase. Un silencio sepulcral se apoderó de repente de la ermita. Duró poco porque cuando la peña miró al barbas soltó un estridente ¡Aaaaaaaahhhhhhh!, seguido de ¡Un talibán!, ¡Un talibán! Los que segundos antes no se movían ni a la de tres, cogieron las de Villadiego a una velocidad vertiginosa. Era curioso ver a enojadas viejas pellejas y a orondas rubias de bote saltar cual gacelas los nada bajos bancos de la ermita. Parecía una cruenta carga de hooligans atiborrados de cerveza. Don Marcelo no se quedó atrás, gritando constantemente ¡Los curas primero! ¡Los curas primero!, mientras corría como una liebre en dirección a la puerta. Hubo pisotones, patadas, gritos. Recuerdo sobre todo el de un asturiano, tío-abuelo de Pedro, que cuando estaba a punto de llegar a la puerta de la ermita se cayó al suelo, y justo en ese momento una gorda que venía detrás le pisó las partes nobles con su afilado tacón de aguja. El pobre lanzó agudísimo ¡Aaayyyyy, muéromeee! que me puso los pelos de punta.

Yo, gracias a Dios, debido a la vergüenza que había pasado minutos antes, me marché fuera nada mas terminar la ceremonia, a hacer imaginarias en la puerta del Fuerte Comansi, por lo que me encontraba en el exterior de la ermita cuando a la gente le dio por arrasarla al intentar escapar de allí como alma que lleva el diablo. Lo que más me impresionó fue la triste pinta con la que acabaron los novios. La pobre novia que una hora antes parecía Sissi Emperatriz, ahora resultaba clavada a Alaska en su época de Los Pegamoides. El pelo se le había quedado alborotado, incluso de punta en algunos lados gracias a los restos de laca. El vestido, que antaño presumía de una nada despreciable cola, había acabado convertido poco menos que en la andrajosa minifalda que gastaba Jane, la concubina de Tarzán. Y las medias, bueno, por llamarlas de alguna manera, estaban más rajadas que el gañote de un

tragasables hindú. El novio tampoco es que hubiese quedado mucho mejor. Las mangas del chaqué junto con las de la camisa se habían evaporado, dejándole un aspecto de boys de despedida de soltera más que de novio. En el pantalón, un par de rajas a la altura de las rodillas y los falsillos totalmente descosidos. Tenía un zapato sí y otro no. Lo gracioso es que la gomina a prueba de bombas que se había puesto –Patricio, como buen clásico-, no dejó que se le moviese un pelo en la refriega. Vamos, que sólo le faltaba el paquete de Ducados colocado en el hombro de su chaqué sin mangas para convertirse en el modelo a imitar por todos los macarras de barrio bajo con intenciones casaderas.

Triste fue también la paliza con que obsequiaron al pobre Iván Romero. La pequeña colonia asturiana invitada a la boda se abalanzó en tromba hacia él mientras se encomendaba a don Pelayo para que les protegiera en su arriesgada acción guerrera. Al pobre hombre lo agasajaron con un peculiar banquete. En el aperitivo lo sorprendieron con una improvisada caponea general. De primero se desmarcaron con un soberbio revuelto de hostias y para el segundo plato se recurrió al clásico puentepalo. De postre, qué mejor para una buena digestión y mejor siesta que un buen gancho de derecha. Y qué derecha. Ni más ni menos que la de Ramonín, un tiparraco con el brazo más desarrollado que el de un pajillero de quince años. Cuando al fin se aclaró todo y don Marcelo, algo magullado, preguntó qué es lo que quería aquel buen hombre, éste no pudo pronunciar ninguna frase coherente, más que nada porque ya no tenía dientes, y tuvo que ser su mujer, que había llegado en el momento final de la trifulca, la que gritó entre sollozos:

-Que ¿qué quería? Pues casi nada. Venía a por la solicitud de fecha para la comunión de nuestra Desi y se va a ir con la de extremaunción para él. Desde luego que si sale de ésta no me extrañaría nada que echase el currículum a los talibanes. Y todo gracias a ustedes.

Ante tremenda metedura de pata, no crean que los autores de la paliza se disculparon, que va, sino que comenzaron a recoger los bancos y mientras aparentaban contemplar los frescos de la ermita o silbaban como si allí no hubiese pasado nada, se escaqueaban disimuladamente para librarse de los merecidos reproches con que los obsequiaba la mujer del supuesto talibán.

El resto de los presentes, una vez puestas las cosas en orden, ayudaron como pudieron a adecentar la ermita. De entre los bancos se llegó a sacar a más de un infeliz, víctima de la marea humana que durante breves momentos había assolado el santo lugar. Yo también eché una mano en lo que pude. Ayudé a levantarse a las señoras mayores, barnicé de mercromina –casi por completo- al desgraciado de Iván Romero, bajé a todos los invitados que habían quedado enganchados en los hierros de alguna de las lámparas de poca altura que abundaban por la ermita. Bueno, no a todos. Cuando me acerqué a uno que se había quedado enredado en la lámpara por los pelos, pese a que no soy un tipo rencoroso, al llegar a su altura -más bien a la de su cintura- no pude evitar darle dos palmaditas en la espalda y decirle ¡Qué grande eres, coletas! Y me largué de allí, dejando al pobre chaval rebuznado como un descosido para que lo bajasen de la lámpara. Si, ya sé, eso es de cabrones pero... y lo a gusto que me quedé.

En la puerta de la ermita ya estaban los primeros taxis que los invitados habían pedido para salir de allí a toda pastilla. Hubo algunos que dudaron entre

pedir un taxi o una ambulancia. Los novios y sus padres correspondientes se montaron en la seat trans en la que había venido Laura, y según contaban se dirigirían primero a sus casas para cambiarse de ropa antes de verse de nuevo las caras con los invitados en el asador castellano. La pobre novia iba hecha un mar de lágrimas. La madrina, contenta porque entre tanto rifirrafe la mantilla no se hubiese movido ni un sólo milímetro. El padrino, dolorido, pues a pesar de no formar parte del clan de los asturianos, se metió e incluso se vino arriba en la caponea que éstos le dieron al bueno de Iván, pagando ahora su excesivo ímpetu con una inflamación amoratada en el nudillo de su dedo corazón. Y Pedro, como no podía ser de otra manera, haciendo cálculos mentales de las personas que se quitaría de en medio cuando le mostrasen al taxista el plano con la dirección falsa.

Mi taxi llegó justo en el momento en que los primeros elementos del lugar comenzaban a peinar la zona. Entré de milagro, pues cuando me disponía a meterme por la puerta de atrás, se colaron en el mismo tres personas más. Un tipo pequeñajo se situó delante, y un tío pelirrojo y una de las rubias de bote gordas que saltaban los bancos cual gacelillas se pusieron detrás. Cuando cerré la puerta, la primera frase que se oyó fue ¡Vámonos de aquí cagando leches!, soltada por el enano que iba junto al taxista. Parecía la típica secuencia de película en la que los malos están a punto de pillar a los protagonistas y en el último segundo estos arrancaban a tiempo el coche y se escapaban del peligro. Eso, en Estados Unidos, en el cine made in Hollywood, siempre queda muy salao, más que nada por que el coche suele arrancar a la primera. Sin embargo, seamos realistas, estábamos en España. Al taxista se le caló justo en ese momento, y no había manera de que aquello arrancase, pese a que el hombre juraba y perjuraba que no le había pasado algo así en su vida. Al final tuvimos que salir de la mini fortaleza donde nos habíamos atrincherado contra los sioux, y empujar como condenados para ver si arrancaba la burra de una vez. Y la gorda no se crean que salió fuera a echar una mano, sino que se quedó dentro del coche, dejando su voluminoso peso muerto de regalo, junto con el del taxista, que tampoco era precisamente Gandhi, consiguiendo que tuviésemos que dejarnos la piel para que aquello echase a rodar. Porque el enano empujaba fuerte, aunque apenas sobrepasase la altura del maletero. Y el pelirrojo tampoco lo hacía mal, dando extraños bufidos fruto del esfuerzo que estaba realizando, llegando a tener la cara tan roja, tan increíblemente encendida, que parecía el gusiluz forzado. Menos mal que logramos por fin nuestro objetivo, justo cuando un tipo con el careto picado de viruelas comenzaba a abrir una gigantesca navaja, sin nada que envidiar a las que gastaba José María el Tempranillo.

Durante el trayecto me gané la amistad del enano y del pelirrojo al descubrirles la estrategia de Pedro sobre los dos tipos de planos. Los tíos se quedaron flipados. Jamás de los jamases se habían visto en una situación igual. Sin embargo, tras unos minutos de reflexión, comenzaron a contemplar la figura de Pedro desde otra perspectiva, exactamente igual que me había ocurrido a mi cierto tiempo antes. Y por supuesto, también empezaron a mitificarlo. La única que no se lo creyó fue la gorda, quien curiosamente tenía uno de los buenos. Ni siquiera cuando le enseñamos nuestros planos con las direcciones equivocadas. En su cabeza no cabían nuestras absurdas hipótesis sobre los maquiavélicos planes del bueno de Pedro. Tan sólo se trataba de

envidia, según ella. Así que la oronda señora se decidió por hacernos el vacío, mientras intentaba hacer pandilla con el taxista pidiéndole canciones muy del gusto de su gremio.

-Ande jefe, póngame usted alguna coplilla del Radiolé.

El pobre taxista, que estaba alucinado desde que montó a la peculiar cuadrilla en su posesiones, apenas podía dar crédito de las teorías sobre las tácticas de Pedro para su propia boda, ni de los enganches de nosotros tres con la gorda, por lo que sintonizar en su emisora favorita una copla del Fary fue quizá lo mas normal que escuchó mientras duró el trayecto.

Lo que nunca podré olvidar fue la cara de extrañeza que pusieron los ocupantes de los dos taxis que circulaban detrás del nuestro cuando, al rodear la glorieta, nosotros seguimos por un camino y ellos por otro. Seguramente pensarían que estábamos equivocados y que el suyo era el correcto. Inocentes. Lástima que en uno de ellos tuvo que ir el coletas -salvo que nadie le ayudase a bajar de la lámpara- porque no lo volví a ver en toda la noche.

EL BANQUETE

Tras media hora de recorrido, en el que en algunos momentos llegué a pensar que me la habían vuelto a jugar y que el taxista estaba compinchado con Pedro, por fin llegamos a Casa Nati-Asador Castellano. Abonamos el importe no sin antes tener sus más y sus menos con la gorda. La buena mujer alegaba que desde cuando las señoras pagaban algo si había hombres delante. Parece ser que no topó con los caballeros que ella acostumbraba a tratar porque nada más terminar con sus curiosas teorías la rodeamos entre los tres, le dijimos cuatro o cinco burradas y la amenazamos con llevarla de nuevo al lugar del cual veníamos, cosa que por cierto no debió atraerle en demasía pues al instante abrió su diminuto bolsito de boda y aflojó la mosca como una campeona. Una vez saldada su deuda, corrió hacia la puerta del asador mientras nos deleitaba con una tremenda sarta de insultos referentes a la educación y a no sé qué más cosas.

Para llegar al asador había que atravesar una pequeña arboleda tras la cual aparecía una larga cuesta del treinta por ciento en cuyo final se encontraba nuestro objetivo. Justo en el momento en que empezábamos a subir la cuesta, tres rayos, con sus respectivos truenos posteriores, iluminaron el destartalado caserón elegido por mi amigo para dar el convite.

-¡Treeeeesssss!

El grito lo dio el chiquitín de la pandilla. Entre las gafas de culo de vaso y la nariz puntiaguda, por un momento dudé si el que caminaba a mi lado era el enano del taxi o el conde drácula que salía en los teleñecos. El pelirrojo me lanzó una mirada de sorpresa y se encogió de hombros, como diciendo que no lo conocía de nada. Aunque el suceso pasó enseguida a segundo plano cuando contempló el desvencijado edificio en el que íbamos a pasar las siguientes cinco o seis horas. Si aquél no era el caserón de Psicosis, poco le faltaba. Conociendo al que lo había alquilado, no me hubiera extrañado nada que el siniestro relaciones públicas que nos atendió durante la boda tuviese arriba en una mecedora a su madre, con el pañuelico encasquetado y frita desde hace dieciséis años.

-Bueno, quién dijo miedo-dijimos los tres al unísono.

Y empezamos a subir. Al principio parecía que la cosa iba bien, y nuestros pulmones rendían a la perfección, logrando llevar un ritmo bastante pistonudo durante un buen rato. Pero claro, aquello no podía ser tan bonito. Y nos pasó como cuando uno echa con los amigos el típico partido de futbito después de años sin jugar, donde los primeros diez minutos son una orgía de pases, carreras y desmarques de los que quiebran la cintura del contrincante. Pero desgraciadamente siempre se trata de un espejismo. Al volver de nuevo a la tierra tras los minutos de la basura que el cielo nos ha concedido, retornan los

dolores de espalda, el flato, esa uña del dedo gordo que se clava al dar un punterazo cutre...

Cuando llegamos al final de la cuesta estábamos más asfixiados que Gordillo en sus últimos partidos de profesional. Casi perdemos al enano. Y no fue el único que estuvo a punto de caer, ya que a medida que subíamos la cuesta nos encontrábamos con maridos dando aire a sus sonrojadas mujeres con el clásico pañuelo blanco; a nuestra amiga del taxi echando el bofe en lado derecho de la cuesta; e incluso a una pareja de vejetes que cuando estaban a punto de coronar aquel jodido puerto de montaña las fuerzas les abandonaron y rodaron cuesta abajo a una velocidad vertiginosa. Vamos, que si no nos apartamos nos tumban como si fuésemos bolos. Supuse que la cuestecita sería el último de los obstáculos de Pedro para reducir la lista de invitados. Pero no, estaba equivocado.

Una vez repuestos del esfuerzo llegamos a la puerta del asador. Allí me sorprendió ver a un buen número de invitados haciendo cola. Por lo visto, uno de los camareros del asador se encargaba de que cada uno de los presentes escribiese la letra que venía impresa en su invitación de boda. La verdad es que en ese instante seguía sin saber yo para qué coño servía la dichosa letrita. Pensé por un por un momento que a lo mejor era para identificar a los que le habían hecho un regalo inferior a siete mil pesetas. Si era así yo no tendría problemas, pues mi regalo valía justamente eso. No me quebré mucho la cabeza, la verdad. Busqué, comparé y clavé. Siete punto cero. Ni una peseta más. Le compré el clásico marquito de plata de ley -bueno de ley...- para que lo pusiera en el salón de su casa, entre la figurita de Lladró y el trofeo de mus 1995 de la peña Los cuarenta de Getafe. Además, cuando en la tienda me dieron la tarjetita para que escribiese alguna felicitación, metí la factura del marco en el sobre que ésta llevaba. En fin, ya lo dice el eslogan, quien calcula compra en Sepu.

Ya sólo quedaba una persona delante para que me tocase escribir la letra de mi invitación -la jota- en la hoja que había clavada en un corcho. Delante, un bigotes bastante sorprendido parecía no acordarse en ese momento de la letra de su invitación. Al final, tras acariciarse la barbilla a modo de reflexión, optó por una equis, dándome la impresión de que la había puesto como aquel que se decanta por esa opción ante un Sestao-Las Palmas. Después me tocó a mí, al pelirrojo y al enano. Lo más grande fue cuando nos enteramos de para qué servía aquella letra. A los pocos minutos apareció un corpulento camarero con una plantilla en sus manos. La colocó sobre la fila de letras que cada uno de los invitados había escrito y comenzó a tachar, como si fuera un test de autoescuela. Cada tachadura significaba que el autor de la letra no podía entrar, pues la letra no coincidía con la de la plantilla. Desde luego era un eficaz sistema para detectar gorriones de bodas. Lo malo fue que entre los que cayeron había gente que sí había sido invitada a la boda. Pero bien porque olvidaron o confundieron la letra de su invitación, bien porque el corrector estaba equivocado, fueron expulsados sin contemplaciones. Entre estos estaban desgraciadamente el enano y el pelirrojo. De nuevo me quedaba solateras en la boda. Así que nada, entré de una vez en los salones de la casa de Norman Bates, sin poder evitar escuchar a lo lejos los porvidas, votos a tal y cágomes que lanzaban el enano y el pelirrojo junto con otros declarados non gratos contra el musculoso camarero de la puerta.

La verdad es que por dentro el edificio no estaba tal mal como hacía suponer su aspecto exterior. Sobrio, sin ningún adorno para la ocasión, pero confortable. Prácticamente era un gigantesco salón de techos altísimos y poblado de mesas redondas de ocho comensales. El principio del salón se había habilitado para servir los típicos canapés de antes de la cena a los hambrientos invitados, y así mientras se hacía tiempo hasta que llegasen los novios y los exhaustos escaladores de retaguardia. Como ya habrán podido imaginar, la oferta culinaria era de lo más cutre imaginable. Altramuces, conguitos, patatas fritas, gominolas, esponjitas, panchitos, etc. Decían que Laura había invocado a San Max Quetiú para que repitiese el milagro de los gusanitos, pero no debió hacerle mucho caso porque lo que es langostinos, no se vio uno ni de coña.

Eran ya cerca de las diez y cuarto y los novios todavía no habían hecho acto de presencia. Sí la mayoría de los escaladores rezagados, quienes nada más superar la última prueba del camarero de la plantilla, llegaban al salón y se bebían las coca colas prácticamente de un trago. Con lo malo que es eso. Yo estaba en la barra, mirándolos, cuando en ese momento apareció un personaje que me dejó boquiabierto.

Era un tipo alto y delgado, de unos cuarenta y cinco años, con una buena pelambarrera castaña engominada hacia atrás, un ostentoso anillo de oro en el dedo meñique de la mano derecha, y fumando en boquilla de esas con filtro que según dicen reducen los efectos de la nicotina. Seguro. Pero lo más grande sin duda era su vestimenta. Un traje cruzado de color violeta, con rayas diplomáticas de color blanco. La camisa y la corbata eran también violetas, pero de diferentes tonalidades. El remate lo ponían sus castellanos blancos -los primeros que he visto en mi vida- y los calcetines ejecutivos a juego. La gente se le quedaba mirando y se descojonaba comentándolo con sus conocidos o familiares. Menudo atajo de imbéciles. Como siempre pasa, la masa se desternillaba y criticaba a aquello que se salía de lo común.

-¡Qué hortera!-decía aquel selecto público poseedor de una clase fuera de lo común.

-Es el tío Pachín-comentaba con resignación a una amiga el loro más joven que se sentó a mi lado en la iglesia.

-Es el solterón de la familia, que un día está con una y otro con otra. Es un elemento. Y viste...-sentenció una vieja con una picota clavadita a la de doña Rogelia mientras cogía con ansia un puñado de conguitos.

Sólo por esos comentarios ya me cayó bien el tal Pachín. Además, no era el clásico hortera de pacotilla. Tenía modales educados, buena planta, y todo hay que decirlo, cierta elegancia dentro del mundo de los horteras. Porque hortera lo puede ser cualquiera, desde los recientes habitantes de la Moraleja y demás zonas residenciales, hasta el rascapichas de barrio que vacila de ligón y acaba las noches tirándose a una tuerta en un puticlub de carretera. Pero ser HORTERA, así, con mayúsculas, sólo está al alcance de unos pocos elegidos. Entre ellos el tío Pachín. Su entrada en el salón me dejó sin respiración durante unos segundos. Entró con tal seguridad, con tal confianza en sí mismo que más de uno estoy seguro que envidió -yo entre ellos- el carácter y la personalidad que Pachín demostraba poseer. De la gente que he conocido en mi vida hasta la fecha, puedo decir sin temor a equivocarme que Pachín es la única persona que más cerca está de robarle el trono al HORTERA por antonomasia. El único e

inigualable Mr. John Travolta. Por supuesto no el de ahora -aunque el que el que tuvo retuvo-, sino el de Fiebre del sábado noche y, más aún para mi, el de Grease. Yo tengo grabada la peli en video y les puedo asegurar que se me saltan las lágrimas cada vez que pongo la escena del baile de fin de curso en el gimnasio del instituto y aparece Danny Succo marcándose un esperpéntico dancing con Sandy. Aquella entrada triunfal enfundado en un traje negro bajo el cual asomaba una bizarrísima camisa rosa, abierta, y unos calcetines del mismo color, sin duda quedará grabada para siempre en los anales de la historia. Y la grandeza de Travolta, al igual que la de Pachín, reside en sus gestos, en la pose, en su forma de entender la vida, siempre huyendo de la vulgaridad común, típica de los mediocres, dando un paso más y creando una especie de élite dentro de su propio submundo.

Perdonen por aburrirles con este breve ensayo sobre el mundo de los horteras, pero es que cuando hablo de John o recuerdo al tío Pachín se me va la olla. Así que, como iba diciendo, cuando llegó el tío de Pedro al salón, la fiesta recibió una inyección de vitalidad tremenda. Más que nada por que mi nuevo mito se lió a lanzar dentelladas a diestro y siniestro a toda hembra que estuviese en su radio de acción. Y además lo hacía con tal naturalidad y gracia que más de un buitre nocturno de cualquier ciudad hubiera matado por que el tío Pachín le diera unas cuantas clases de apoyo.

Yo, aunque soy bastante cortado, no pude resistir la tentación y me presenté ante aquel personaje legendario sin dudarle un segundo. A los diez minutos de conversación parecía que ya nos conocíamos de toda la vida. Nos encontrábamos tan a gusto hablando de lo divino y de lo humano, cuando en ese momento llegaron los novios junto con sus respectivos padres. La novia había sido reconstruida casi en su totalidad. De nuevo el pelo se encontraba en su sitio natural, en el típico moño de novia, y ahora llevaba un traje de chaqueta de color marfil, que bueno, para salir del paso no estaba mal. El novio se decantó por un traje azul marino, y en lugar de la clásica corbata optó por adornar su gañote con un bolero, y sus pies con unas botas tejanas, faltándole sólo las barbas y el sombrero vaquero para convertirse en un clon de Walker, el antaño rey por excelencia de las pelis de autobús reciclado hoy en día ranger karateka. La madre de Pedro no se había cambiado, tan sólo retocado la cara y las uñas, sin tocar por supuesto la peineta. El padrino igual, el vendaje del dedo corazón era el único cambio realizado en su persona.

Con cierta sonrisa malévola en los labios, me dirigí a Pedro para felicitarlo por su enlace. Evidentemente él no me esperaba allí, por lo que durante unos segundos no supo qué contestar. En sus ojos pude leer la angustia que sentía en esos momentos. Si uno de los que tenía plano falso había conseguido llegar, el resto podría hacer lo mismo, seguramente pensó. Lo tranquilicé cuando le comenté que yo era de los pocos que se había dado cuenta del engaño, aprovechando la ocasión para felicitarle por la organización de la boda en todos sus aspectos. La pena es que no tuvimos apenas tiempo de hablar porque enseguida se lo llevaron las amigas de la novia para hacerse una foto con ellas. Si pude disfrutar no obstante de la cara de Pedro cuando se alejaba, con esa expresión de mosqueo, de no tenerlas todas consigo con respecto a lo del engaño del plano y de que yo era el único que se había dado cuenta, que tengo que reconocer que me dejó un buen sabor de boca aquel breve encuentro con mi amigo.

Justo a mi espalda se pusieron entonces mis seis antiguos compañeros de colegio. Cada cual peor. Mientras tiraba de altramuces apoyado junto a una columna, escuché algunas de sus conversaciones, tan patéticas por cierto como siempre. Nada de mala leche, nada de ironía, ni siquiera una pizca de humor chusco. Sólo hablaban del trabajo, el fútbol y los coches. Ni un mísero comentario picantillo sobre tías, chismes escabrosos, ni cualquier cosa por el estilo. Menos mal que la cosa se animó cuando les saludó otro antiguo compañero de colegio -y en mi caso también de facultad- que iba del brazo con una rubia que estaba buenísima. En menos de tres minutos se lanzaron tal cantidad de puñaladas traperas Vicentito Campos y los otros seis capullos que me río yo de las escaramuzas del Capitán Alatríste en Breda. Y todo por la envidia que le tenían a Vicentito. He de confesar que yo también. Mientras a él le llegaba el dinero a raudales, los demás andábamos siempre a la cuarta pregunta, pasándolas putas para cobrar algo a fin de mes. Tres de los seis capullos eran arquitectos, y los proyectos les llegaban -según deduje de las conversaciones- de año en año. Otros dos eran maestros, y a parte de su sueldo cortito -en colegios privados- estaban más puteados que James Belusi en El Rector. El último de la panda era pintor, de esos que no tienen ni zorra idea de pintar y dicen que su estilo es naif. Tristemente no vendía ni un cuadro en meses, a pesar de coincidir en el estilo con la Chunga, a quien curiosamente se los quitan de las manos. Por qué será... Y yo, joven y prometedor abogado, los últimos días del mes los tengo que dedicar siempre a la caza y captura de aquellos clientes que por adeudarme tan sólo siete u ocho mil pesetillas se creen que se van a largar de rositas. En cambio Vicentito Campos, también abogado en ejercicio, no tiene esos problemas. En el mundo de la abogacía se le conoce como Darth Vader. Tal mote le viene por haber escogido la senda equivocada, desde el punto de vista de algunos, claro. Formado bajo tutela especial por los grandes maestros del derecho, sin que nadie supiese por qué, cambió de pronto sus hasta ese momento intachables principios morales, dirigiendo sus pasos hacia el lado tenebroso de la ley. Pasó de defender gratuitamente a pobres sin recursos o representar a pequeñas empresas en pleitos contra poderosas multinacionales, a defender a narcotraficantes y mafiosos largando unas minutas de tres pares de cojones. Vamos, que pasó de jurar por Díez-Picazo y brindar por Cobo del Rosal a jurar por Rodríguez Menéndez y brindar por los Charlines. Para rematar su parecido con el infame villano galáctico, el bueno de Vicentito tiene una enfermedad en las cuerdas vocales que le impide ser escuchado si no es con un pequeño amplificador que lleva siempre adosado a su cuello, parecido a los que llevaban los pilotos americanos de los B-52 en la segunda guerra mundial para comunicarse entre ellos en el avión. El sonido metálico de sus palabras cuando se dirige al jurado consigue achantar incluso a los miembros del mismo, pese la tremenda preparación intelectual y moral que suele caracterizar a sus integrantes. En fin, lo importante es que pese a su voz y sus coqueteos con el lado oscuro, el chavalín está forrado y se la suda lo que digan unos pardillos como nosotros. Y la moza que le acompañaba, pues la verdad, ya la quisiéramos los demás para darle aunque sea unos besitos. Supongo que la rubia sería más admiradora de su cuenta corriente que de su cuerpo serrano. Aunque nunca se sabe, e igual el malvado abogado gasta una espada de la luz con más kilowatios que el microchip del pie de Carlos Jesús.

Tuve suerte pues ni mis antiguos compañeros de colegio ni Darth Vader cayeron en que yo estaba detrás, junto a la columna. Disimuladamente me alejé de allí, evitando saludos hipócritas que seguramente a ninguno nos apetecía dar. En mi huida me crucé con un encantador de serpientes indio. Bueno eso es lo que creí al principio. En realidad era Iván Romero, el malogrado talibán de la iglesia. Su presencia allí me la contó como pudo, con gran dificultad para hablar, pues todo el cuerpo, y sobre todo la cara, se la habían puesto como un pan de pueblo, y seguía inflándose poco a poco, pese a las medicinas que tomaba, y parecía que en lugar de calmantes tomaba levadura. Por lo visto Pedro había sentido lástima por la paliza que le dieron algunos de sus parientes y lo había invitado al banquete junto con su mujer, en compensación por la tremenda equivocación producida. Todo un detalle viniendo del tacaño ese. Al hombre le vendaron la cabeza gastando más de tres rollos, dando la impresión que lo que llevaba era un turbante. Si a esto le añadimos las barbas, la oscurecida cara que se le había quedado tras bañarlo -el menda- en mercromina pasada de fecha, y la cesta de mimbre que le dieron para guardar las medicinas que necesitaba y las vendas de repuesto, pues casi es lógico que creyera que era un encantador de serpientes. Hasta pienso que si alguien le llega a echar cuarenta duros, el tío se saca una cobra de la cesta y la pone a bailar por bulerías. Que de perdidos al río.

Durante el resto de la noche me encontré algún que otro herido más de la aventura de la iglesia, pero poca cosa la verdad. Aquello había quedado como una anécdota más de la boda. Otra muestra de la grandeza de ese día. Lo mismo estaba la gente en el suelo siendo pisada sin piedad por sus propios familiares, que tomando horas más tarde unos ambiguses junto con los mismos que los habían arrollado en la iglesia.

Sobre las once y cuarto, un camarero con un silbato indicó que debíamos sentarnos en las mesas en las que apareciesen nuestros nombres. Tras observar las listas con los nombres de los invitados -esta vez no había sorpresas- la gente se dirigió a sus sitios correspondientes. Mi mesa era espectacular. Nunca terminaré de agradecersele a Pedro. Supongo que su idea era crear una mesa digamos que hipotética, con el férreo convencimiento de que quedaría vacía, ya fuese por los planos falsos, el menú a degustar, o por no pasar con éxito la plantilla del camarero musculoso. Sin embargo sus planes fallaron y se creó una mesa prácticamente formada por desechos de tintera. El cartel estaba formado por el tío Pachín -parece ser que mis plegarias fueron escuchadas-, el bigotes que estaba delante de mi en la entrada del asador, Darth Vader y su perica, un loco vestido de drácula que decía que era el presidente del club de fans de Christopher Lee en España y yo. Los dos asientos vacíos -las mesas eran de ocho- correspondían a una pareja que por lo visto sí había hecho caso a las flechas del plano de Pedro. Desconocía yo que Pedro era un fanático de Christopher Lee, que tenía todas sus películas, amén de ser miembro honorario de su club de fans en España. Lo gracioso era que el bigotes, según rezaba en la lista, también debía ser el presidente del club de fans de Danny Amattulo en Europa, cosa que me resultó bastante sospechosa pues el buen hombre tendría ya sus buenos cincuenta y cinco años y no le pegaba ser seguidor del chistoso italiano de Fama. Cuando se lo pregunté me dijo que por supuesto, que el era Amattuliano de toda la vida, cambiando de conversación enseguida y

enfocándola a las mujeres, demostrando ser un obseso sexual sin ningún reparo.

-¡Mirad a aquella, se le transparentan los pezones!-gritó fuera de sí. ¡Grandes como rodajas de mortadela y gordos como timbres de castillos!

Qué poesía, qué dominio del símil, qué riqueza de vocabulario... Por un momento creí tener a Bécquer a mi lado. Aunque he de reconocer que al principio sus comentarios nos hacían bastante gracia, incluso a la rubia, después de media hora de constantes comparaciones del mismo tipo los de la mesa estábamos hasta los huevos y cada vez soltaba una los demás gritábamos al unísono ¡Ooooootra veezzz!, emulando a Pedro cuando su mujer no le dejaba meterle mano.

Sin ninguna posibilidad de escaquearme, tuve que saludar y además hablar con Darth Vader durante gran parte de la noche. Al principio la conversación era tensa pero tras algunos copazos de vino la cosa se fue encarrilando y acabamos la noche como amiguetes. Pachín, entre anécdota y anécdota que contaba, le tiraba los tejos a la rubia, llamada Susi, con tal serie de miradas e insinuaciones que consiguieron mosquear al final al camarada Vader. La situación no llegó a mayores porque justo en ese momento los camareros sirvieron una sopita de ajo de entrante -qué menos se podía esperar de Pedro- y alguien gritó como un loco:

-¡Aaaahhhhhhgrrr!

Todo el mundo se quedó mirando a nuestra mesa. Qué vergüenza. El grito lo había dado el presidente del club de fan de Christopher Lee en España. El tío estaba como una chiva y al parecer el pequeño cuenco de sopa de ajo que nos pusieron era suficiente para acabar con su vida. Rápidamente se lo quitaron de la mesa, escuchándose a partir de ese momento el cuchicheo de las demás mesas del asador que seguramente no estarían poniendo a la nuestra por las nubes. El pirado del drácula respondía al nombre de Pascual. Llevaba el pelo engominado para atrás, como Pachín, aunque en la parte delantera se dejaba el clásico pico que tenía el conde. Iba vestido elegantemente con frac, usaba pajarita y completaba su atuendo una capa española que se abrochaba en el cuello con una fina cadena de plata. Se había limado los colmillos de tal manera que parecían de verdad los del vampiro rumano. Respondía en resumen a la imagen clásica del conde Drácula, la que inmortalizó Mr. Christopher Lee, no las mariconadas modernas esas como la que hizo Coppola. Si acaso podríamos salvar Condemor, pero nada más. El bueno de Pascual había logrado que su admiración por el actor británico traspasase los límites de la ficción y el tío se creía de verdad un vampiro. Cuando los alucinados camareros le trajeron un plato con varios trozos de morcilla de Burgos, al hombre casi se les salen aquellos ojos inyectados en sangre que ponían nervioso a todo el mundo.

-¡Jodeeerr que pechooooss! ¡Grandes y maduros como los melones que venden en Mercadona!

-¡Ooooootra veezzz!-contestó el resto de la mesa.

Que tío más pesado el bigotes. No pasaba una mujer sin que hiciese algún comentario. Y como mi curiosidad por saber algo más sobre el presidente del club de fans de Amattulo -vaya tipos que invitaba Pedro- no había sido saciada,

yo seguía haciéndole preguntas acerca de la serie que él hábilmente conseguía sortear. Recuerdo que para picarlo un poco le hice una pregunta relacionada con el sexo a la que por lo menos le llegó a prestar algo de atención. Le pregunté si él había llegado a ver -gracias a su cargo de presidente- la muy comentada a la par que asquerosa felación con la que la señora Berth -no sé si se escribe así- obsequia al profesor Shorofsky -ídem- por sus bodas de oro como magister, en un episodio inédito en Estados Unidos pero que por Europa circuló gracias a la filtración que hizo Carlo Imperato -el actor que daba vida a Danny Amattulo- y que según algunos hoy en día puede verse por internet en páginas porno dedicadas a la tercera edad. El bigotes me miró sorprendido, incluso alucinado, pero me despachó rápidamente el asunto.

-Sí, algo he oído por ahí. Pero la verdad, lo viejas nunca me han puesto mucho.

Dando por imposible al bigotes, al que nadie consiguió sacar ni el nombre, ni la profesión, ni siquiera algún tema que no estuviese relacionado con el sexo, entablé una animada charla con el tío Pachín en la que de vez en cuando intervenía Darth Vader, más que nada para vigilar si alguno de nosotros decía cosas guarrillas de se novia. Pachín me contó que era un comercial nato, capaz de venderle gomina a un hare krishna o alquilarle un catalejo a Ray Charles. Sus comienzos por lo visto fueron bastante duros. Se cumplían esa noche quince años desde sus primeros pasos en el oficio, quince años desde que llegó a su casa dando gritos porque el puestazo que se ofertaba en un anuncio del periódico se lo habían dado a él. Ni más ni menos que Cold Door Assistant Manager. El pecho se le inflaba cada vez que lo comentaba entre sus amigos. Su hermano Joselito, que hasta la fecha había sido el intelectual de la familia gracias a sus estudios de FP en la rama electrónica, pasó de la noche a la mañana a ser poco menos que gilipollas, mientras que con Pachín se barruntaba que podía llegar a convertirse en la mano derecha de Emilio Botín. Y todo por un puesto de comercial en el antiguo Banco de Santander. Cuando a mi nuevo mito le explicaron su cometido en el banco, el pobre casi se pega un tiro. Nada de grandes cuentas, ni nada de un lujoso despacho de cincuenta metros cuadrados, sino duros nudillos y un buen par de zapatos nuevos. Su puesto consistía en la vieja puerta fría, como muy bien rezaba el anuncio. A vender planes de pensiones, tarjetas de crédito y todo lo que se terciara por un sueldo fijo de mierda y, eso sí, unas jugosas comisiones que lógicamente eran prácticamente inalcanzables. Tanto nombrecito y tanta gaita para luego resultar que se trataba de un puesto de vendedor de toda la vida. Pero aunque al principio estuvo a punto de tirar la toalla, tras años de rodaje, donde más de una vez estuvo a punto de perder algún dedo cuando le cerraban la puerta de sopetón, y recorrer miles de kilómetros tanto en coche como a pata, terminó convirtiéndose en el comercial más letal que jamás trabajó en banco alguno. Puerta que a la que llamaba, casa a la que le vendía algo. Sus constantes éxitos consiguieron al final que le dieran un despacho y la convirtieran en jefe del departamento comercial. Ahora, a sus cuarenta y cinco años, gozaba de una sólida posición en el banco y disfrutaba de la vida como antes no había podido hacer.

-Se-gu-ro que yo ga-no en un mes lo que tú ga-nas en un año-dijo Darth Vader un tanto picado por los triunfos de Pachín.

-¡Chu-pa-me-la, Ro-bo-cop!-contestó entonces Pachín, imitando descojonado la forma de hablar del vacileta de Vader.

-¡Hijoputa, qué curvas las de esa loba!-gritó el bigotes como si no hubiese visto una mujer en su vida. ¡Tiene la misma silueta que la guitarra de Peret!

-¡Ooooootra veezzz!

Las miradas asesinas con las que obsequiamos al bigotes consiguieron tenerlo callado al menos durante unos minutos. Aunque como muy bien apuntó Pachín, se mascaba la tragedia. Tanto que hasta un tipo pacífico como Pascual, el vampiro loco, estuvo a punto de meterle una colleja al coñazo del bigotes.

Pascual era un tipo peculiar, la verdad. Pasando por alto su estética, su pasión por Christopher Lee, y su aversión por las sopas de ajo, el tío tenía una conversación bastante amena. Además de un peculiar sentido del humor, pude comprobar que era una persona poseedora de una vasta cultura, que lo mismo recitaba una estrofa de un poema de Baudelaire que le recordaba a uno el nombre del actor que hacía de Richard Channing en Falcon Crest. David Selby, por cierto, según me comentó. Ya poseía varios puntos para formar parte de mi Olimpo particular cuando me sorprendió con dos nuevos méritos que lo convirtieron instantáneamente en miembro de tan selecto club. El primero fue el regalo que le había hecho a Pedro. Un burdo drácula articulado, comprado por tres mil pesetas en el Rastro, y que al tirarle de la picha se le ponían los ojos rojos y la capa y los brazos se levantaban. El presidente del club de fans de Christopher Lee no estaba dispuesto a gastarse un duro más en un tipejo que no pagaba casi nunca las cuotas mensuales obligatorias de los miembros, por muy honorario que fuese. Y si lo habían hecho honorario no era por su cara bonita, sino porque tenía todas las películas de drácula interpretadas por el insigne actor depositadas en la sede del club. Que si no... Para envolver tamaño presente había recurrido a unos antiguos papeles de regalo que conservaba en su casa con el añejo rótulo de Galerías Preciados. Aquel toque de genialidad me dejó traspuesto. Hubiera dado mi colección de cromos de Sport Billy por ver la cara de Pedro cuando le trajeron aquella mierda de muñeco envuelto en papel de Galerías Preciados. Lógicamente pensaría que el regalo tenía más años que ajú, perteneciendo sin duda a la niñez de Pascual o incluso a la de su puñetera madre. Lo que no entendimos fue cómo había logrado sortear los férreos controles establecidos por Pedro para evitar éste tipo de hechos.

-La suerte del vampiro-respondió Pascual melancólicamente.

El otro mérito de Pascual fue la confesión al oído de su vocación de escritor. Alternaba sus aficiones literarias con su también vocacional trabajo en una funeraria, como no podía ser de otra manera. Y como tampoco podía ser de otra manera, era en el género de terror donde destacaba este fanático de los ataúdes y los cementerios. Su mayor éxito literario -parece ser que tenía una numerosa y underground corte de seguidores- se debía a las aventuras de un heroico vampiro que respondía al escatológico nombre de El Tarzanete Enmascarado. Según me explicó, los tarzanetes son aquellos restos de materia orgánica que quedan adheridos a los pelillos de nuestro hermoso final de la espalda, y que según parece se asemejan a una liana con viajero a bordo. Por lo visto se le había ocurrido una noche estando de guardia en la funeraria -¿de guardia para qué?-, cuando una colitis crónica lo tuvo toda la noche sentado en la taza del water haciendo imaginarias. Ahí surgió el protagonista de sus

novelas, un antiguo limpiador de sanitarios públicos que al ser mordido por un vampiro se convierte en un peculiar drácula enmascarado -añadiendo al vestuario del conde unos guantes de fregar rosas y unas katiuskas verdes- que defiende a los miembros de su cofradía de modernos Van Helsing de pacotilla. Además, actualizando un poco sus puntos débiles, estableció que la única manera para acabar con su héroe era con dos escobillas superpuestas en forma de cruz o lanzándole un bote de Pato WC forrado de plata, que tenía la ventaja de que si no lo mataba al no acertarle de lleno en el corazón, por lo menos del hostiazo se quedaba atontado durante un buen rato. Qué tío más grande, me dije. En cuanto llegase el lunes me compraría sin demora todos los números de la colección de El Tarzanete Enmascarado. Sin duda una serie de culto en adelante.

-¡Qué culo!, ¡Qué culo! ¡Respingón como la nariz de un nomo y más duro que un toffe del ochenta y siete!

-¡Ooooootra veeezzz!

¡Plassss! La colleja se veía venir desde hacía un buen rato. Pascual no pudo contenerse y el bigotes acabó con los cuatro dedos del vampiro literato adornando la parte trasera de su cuello en forma de cuatro rayas rositas. Este hecho parece que consiguió apaciguar de una vez por todas aquella proletaria costumbre de gritar a las féminas sin cortarse lo más mínimo, llevasen o no pareja. A partir de ese momento su calentura se concentró en sobar los dos grandes bollos de pan que había a ambos lados de su plato -el que le correspondía a él y el que me correspondía a mi-, supongo que imaginando que se trataban de los senos de Sabrina Salerno o los de su más enconada rival, Samantha Fox. Porque esa es otra. Después de la sopa de ajo nos trajeron los bollos de los que acabo de hablar, uno para cada uno, y así estuvimos durante veinte minutos, tirando de miga -menos el bigotes que los magreaba y yo que pasaba de comerme lo que aquel guarro manoseaba-, mientras esperábamos un tanto mosqueados el siguiente plato. Menos mal que el siniestro relaciones públicas del asador nos comunicó que doña Nati, la dueña del asador, nos invitaba a unas racioncitas de pulpo a la gallega mientras preparaba los solomillos y la merluza. En menos que canta un gallo nos ventilamos aquellos trozos blandos y sonrosados aderezados con ajitos -otra vez drácula armó el espectáculo-, en los que por cierto no vimos en ningún momento las características ventosas de los pulpos. Hecho que motivó que todos los de la mesa dudásemos en si lo que estábamos comiendo era el molusco cefalópodo de toda la vida o por el contrario se trataba de los restos de una inocente y melosa gallega que, Norman relaciones públicas Bates, había descuartizado alegremente en el sótano del asador.

Tras retirarnos las pequeñas raciones de pulpo -si es que era pulpo- con que nos obsequió la dueña del asador, los camareros preguntaron a los presentes quién iba a comer solomillo de vaca vieja y quién merluza congelada. Cual fue mi sorpresa cuando comprobé que la mayoría de la gente pidió solomillo, sin parecer importarles en ningún momento el riesgo de las vacas locas. Estaba claro que a esas alturas de la noche la gente aún no había llenado la panza, por muchos altramuces, conguitos, sopas de ajo y pulpo que hubiesen puesto, y por las caras de hambrientos que se veían, más de uno se hubiera comido un buen cazo de pisto en la cabeza de un tiñoso.

Milagrosamente, los solomillos nos llegaron enseguida. Todos los de la mesa pedimos lo mismo, salvo Darth Vader, que dijo tener una dieta basada en mariscos y angulas.

-El señorito no come baratijas pero la doblará de gota-sentenció Pachín.

-Por lo me-nos es u-na en-fer-me-dad de ri-cos. A los po-bres el a-bu-so de ma-ris-co os da di-a-rre-a.

Los puyazos entre Darth Vader y Pachín se sucedieron durante toda la noche, ofreciéndonos la oportunidad a Pascual y a mí de hablar durante el fuego cruzado con Susi la rubia. Y fue en uno de estos constantes enfrentamientos, en los que draculín estaba ocupado degustando el solomillo casi crudo que le sirvieron -que sangrara bastante había pedido- y que al tragárselo le brilló el colmillo como a los guaperas de los dibujos, cuando pude indagar un poco en la vida de Susi. Según me contó era la secretaria de Vicente, desde hacía dos años, y aunque había empezado de simple administrativa, gracias a su eficacia laboral y a sus nada despreciables facultades orales -comentó con malicia-, ahora era su mano derecha en el despacho. Me pareció enseguida que la rubia era un buen elemento, y menos de fiar que el enano que acompañaba al Tiñoso en Érase una vez el hombre. Presentimiento que se cumplió cuando un cuarto de hora más tarde, en un descuido, se me cayó la servilleta al suelo y tuve que agacharme para recogerla. Justo en el momento en el que Susi hacía algo más que piecitos con mi amigo el vampiro. La novia de Vader tenía colocado el pinrel en la bragueta de Pascual, con la pierna ligeramente flexionada -como indica el código que hay que llevarla sobre los mandos inferiores del coche-, y daba continuos acelerones a un pedal más duro en esos momentos que la palanca de cambios de un seiscientos. Cuando me levanté, observé asombrado como el rostro del creador de El Tarzanete Enmascarado había adquirido un tinte colorado parecido al que gastan los guiris en Torremolinos. Joder, para estar muerto... Desde luego así si que se hace una digestión buena y no con las mariconadas esas de la frutita o el heladito. Y por supuesto, el novio sin coscarse de nada, que es lo suyo.

A la una y cuarto ya estábamos en los postres y en la copita de cava para brindar por los novios. Hombre, llamar postre a un cuenco de lacasitos para cada uno me parece un tanto exagerado, pero bueno, es lo que había. Con el cava llegaron los brindis de los invitados por la felicidad de la pareja. Primero los novios dijeron algunas palabras, para quedar bien, y luego la peña se deshizo en brindis de todo tipo. Desde los clásicos vivas a los novios hasta los vivas al Real Madrid o un solitario viva a Casa-Nati que un tipejo tuvo los huevos de soltar.

Por supuesto otra de las míticas sorpresas con que fui obsequiado durante la boda partió de mi propia mesa. Ni más ni menos que del bigotes. Animado por los innumerables brindis que lanzaban los demás invitados, el tío alzó su copa y soltó:

-Brindo por los novios, para que tengan una larga y feliz vida en común. Brindo por las dos familias, para que sus miembros sigan siempre tan simpáticos y resalaos como ahora. Brindo por el banquete que nos hemos dado, escaso, pero banquete al fin y al cabo. Y qué coño, brindo por mí, Manolo Calderas, porque ésta es la vigésimo cuarta boda en la que suelo por la patilla.

La carcajada fue general. Sin duda aquello se consideró el toque humorístico de la noche. Tan sólo Pedro y yo nos lo tomamos en serio. El anfitrión se le quedó mirando fijamente en estado de shock. Aquello no le podía estar pasando. Meses preparando una estrategia que filtrase posibles listillos no había servido para nada. Tantas trampas y tantos controles estudiados al milímetro, seguramente con planos y mapas de operaciones colgados en la pared de su cuarto como si fuera Rommel preparando la batalla de El Alamein, y para qué, para que un gracioso de poca monta, aunque eso sí, un verdadero profesional en lo suyo, se colase en su boda y encima sin pagar el impuesto revolucionario del regalo. Si no echaron al bigotes fue porque a Pedro no le dio tiempo a reaccionar. El shock le produjo una bajada de tensión primero, después, cuando parecía recuperado, le dio un ataque de ansiedad, y para terminar obsequió a los presentes con una potente a la par que asquerosa pota. Ese fue el crucial momento que eligió Manolillo Calderas para poner pies en polvorosa e infiltrarse entre los invitados para pasar desapercibido. La gente también se marchó de allí, un tanto cortada por la actitud del novio. Y su esposa, intentando desfacer el entuerto en que Pedro la había metido, se lo llevó casi a empujones hacia la zona del salón acondicionada para la barra libre y el baile. Allí lo obligaron a bailar el tradicional vals, aunque estoy seguro que en su cabeza la única imagen que aparecía era la de un tío con bigote que no había visto en la vida y que se había reído de él en sus barbas.

La confesión de Manolo Calderas me sirvió a mi en cambio para atar los cabos sueltos que tenía sobre el personaje. Ahora estaban claras sus dudas a la hora de rellenar el casillero con la letra de su invitación -que ya es coña acertar con la equis- o el porqué de su ignorancia con todo lo relacionado con Danny Amattulo si supuestamente era el presidente de su club de fans. La verdad es que el tío se sentó a boleo en nuestra mesa y también le salió bien la jugada. Así que ya ven, partir de ese momento tuve que mirar a Manolo Calderas de otra manera. Y por supuesto, otro nuevo mito acababa de nacer para mi.

EL BAILE

A estas alturas supongo que no debería hacer falta que les dijese que las bebidas de la barra libre eran todas de marcas de padre desconocido. Pero ya que estamos, pues por qué no, se las digo. Además de las clásicas falsificaciones de toda la vida, llámense Lirios en vez de Larios, MYC en lugar de DYC o Licor 42 -por uno- sustituyendo al Licor 43, encontré sobre la barra botellas con castizos nombres rotulados en sus etiquetas. Anís Mari Puri, ron Tres Garfios, whisky Fernández, ginebra José & Maribel, licor de aceitunas El Piyayo... Pero bueno, ya saben como es la gente, basta que a uno le ofrezcan algo para que se harte, pues eso, se harta aunque no le guste lo más mínimo. Que me lo digan a mi, que odio la paella, pero cuando el ayuntamiento hace una de esas gigantescas paellas tipo Villarriba y Villabajo, soy el primero que se pone en la cola, y además dando golpes con el tenedor en el plato para meter presión.

A los diez minutos la banda ya había tomado la barra y se metía los ambiguses doblados. Las viejas se bebían el anís como si se tratase de agua del grifo, con la única variante que al terminar la copita se daban un puñetazo en el pecho y gritaban ¡Yeeepaaaa! A Manolo Calderas le vi cascarse un cubata detrás de otro, quizá pensando en que lo podían echar en cualquier momento, mientras que Pascual, fiel a sus costumbres, tiraba de Bloody Mary sin quitarle ni un instante el ojo de encima a la cochinilla de Susi. Y es que la muy calentona se marcó un dancing erótico con el capullo de Vader que puso cachondo a media sala, incluido el siniestro relaciones públicas que tuvo que colocarse una bandeja en sus partes para disimular la empalmaera. Gracias a Dios, el tío Pachín no me defraudó. Gintonic en mano, se adentró en la pista de baile y en escasos minutos se convirtió en el puto rey de la fiesta. Mientras que los pardillos de turno daban saltos ridículos o bailaban como mariconas, el mítico Pachín se desmarcó con un genial movimiento de hombros, unos espectaculares quiebros de cintura -dignos del mejor Romario- y unos zapateados acojonantes, dejando a más de uno de los invitados con la boca abierta. Lo del zapateado gustó tanto que el propio Pachín nos llamó a Pascual, al bigotes y a mi, y entre los cuatro nos liamos a dar zapatazos al compás, que si bien al principio tratábamos de emular al gran Fred Astaire, terminamos marcándonos una espectacular puesta en escena que no tenía nada que envidiar a los tíos esos de Lord of the Dance. Recuerdo que mientras zapateaba como un poseso no hacía más que dar gracias a Dios por dejarme disfrutar de semejante momento. Bailando claqué con un HORTERA supino, un tío vestido de drácula que además se creía drácula y un bigotes que se había colado en la boda por la cara.

Después de cinco minutos tuve que pedir tiempo muerto porque yo no podía seguir el frenético ritmo de mis compañeros. Me dirigí entonces hacia la

barra, y como ya iba bastante al pistado, me dio por hacerme el snob y cambié los Myc-colas por una copita de licor de aceitunas El Piyayo. Craso error. ¡Hijoputa el Piyayo! Qué latigazo me dio en las tripas. Yo creo que aquello era alpechín. Casi caigo redondo al suelo nada más tragarlo. Para remediar aquel ardor inaguantable que quemaba mis entrañas tuve que tomarme un par de Myc-colas seguidos casi sin respirar. Qué momento más malo. Acto seguido abandoné por unos minutos el salón para ir a los servicios y echar la pota, casi congelándome en el trayecto porque el rata de Pedro había ordenado que la calefacción se cortase en el resto del caserón. De todas maneras muy mal tendría que estar yo pues por el camino me pareció ver a un pingüino cagando en una papelera. Me acojoné entonces porque pensé que estaba muy mal de verdad. Menos mal que una vez que llegué a los servicios y eché hasta la primera papilla, me quedé nuevo. El licor de marras debía ser como el aceite de ricino ese que le daban a Zipi y Zape para que potasen. Bueno, por lo menos me vine arriba. Atravesé de nuevo Siberia, donde por cierto pude comprobar que no había errado tanto en mis apreciaciones. El pingüino que creí ver cagando era en realidad el padrino de la boda, quien al parecer le había dado un incontenible apretón -tal vez debido también al licor de los cojones- que le obligó a buscar un continente adecuado a tan asqueroso contenido. Aunque le hice un saludo con la mano, quizá más por indicarle que lo había pillado que por un acto de educación, no pareció darse cuenta de mi presencia. La verdad es que por los gritos que lanzaba y el gesto de su cara, con los ojos cerrados y los dientes apretados, tuve la impresión de encontrarme más que con un tío que estaba evacuando, con un japonés haciéndose el harakiri.

En fin, cuando llegué de nuevo al salón la gente cantaba a pleno pulmón una canción de Mari Trini. Toma ya. Darth Vader había hecho pandilla con nuestros antiguos compañeros de colegio, supongo que para ponerse al día de sus miserias y a la par poder presumir un poco de los triunfos propios. Entre ellos lógicamente la chati que llevaba a su vera. Y claro, aquello fastidiaba, la verdad, sobre todo porque aquellos eran conscientes de que algunas de sus novias no se las desearían ni a su peor enemigo. Pero bueno, así es la vida.

En cuanto a los novios, casi no los vi durante el baile. Se habían sentado en unas sillas colocadas para el reposo de los abueletes, y mientras Laura daba palique a la madre de Pedro, éste hablaba con mi viejo amigo el pingüino cagón, aunque eso sí con un ojo siempre puesto en los movimientos de Manolo Calderas. Menudo personaje. Parece ser que las copas le hicieron olvidar un poco su obsesión por las mujeres y los símiles de frutero barato, dedicando el resto de la noche en intentar asustar a Pascual. El hombre se colocaba detrás de aquel castizo vampiro de Lavapiés -algo que me comentó en una de nuestras incursiones en la barra-, y le soltaba de repente:

-¡Que viene Van Basten!

Pascual se le quedaba mirando un tanto sorprendido durante unos segundos, se encogía de hombros y acto seguido seguía pegándole al Bloody Mary. El bigotes lo siguió intentando una y otra vez, pero sin acertar nunca con el verdadero nombre del incansable perseguidor de drácula. Lo intentó con Van Gaal, Vanderolssen, Van Morrison y hasta con el cantaor Bambino. Una de las veces Pascual se mosqueó.

-¡Que viene Van Breukelen!

-¡Pero quién coño es Van Breukelen!-respondió cabreado el drácula de Lavapiés, que por cierto hablaba igual que el abuelo de médico de familia.

Aquello desconcertó un poco a Manolo Calderas, a quien sólo se le ocurrió contestar:

-¡Coño, Van Breukelen! ¡De los Van Breukelen de toda la vida!

En la pista comenzaron a poner las canciones de siempre, dando la oportunidad entonces para que los vejetes pudiesen mover un poco sus artríticos esqueletos al son de Si yo tuviera una escoba, Cuando salí de Cuba, Enséñame a cantar... Por cierto que uno de los camareros de la barra era igual que don Luis Aguilé, hecho que motivó que cada vez que repostábamos, entre Pachín y yo le cantásemos al sufrido camarero aquello de "es una lata, el trabajar..." Por supuesto la noche todavía me deparaba más sorpresas, en éste caso la siguiente provenía de Pachín. Fue cuando el pinchadiscos se dedicó a poner canciones italianas de los años sesenta o por ahí. Recuerdo que cuando en la pista de baile comenzaron a sonar Il mondo, Volare o Piccolissima, interpretadas por famosos cantantes italianos, al bueno de Pachín se le fue la olla. De repente se lió a dar vueltas alrededor de la pista y a gritar:

-¡Adriano Celentano!, ¡Adriano Celentano! ¡El mejor cantante del mundo!

La gente se quedó alucinada, igual que yo. Sobre todo cuando el mítico comercial, sin parar de dar vueltas, se abrió la camisa con violencia, tipo superman, y apareció plasmado sobre una camiseta interior blanca el horrendo careto del Celentano. Parecía uno de esos cientos de futbolistas poseídos por espíritus de niños de diez años –perdón, me he pasado, de cinco- que saltan, bailan, se besan el anillo -aunque no lo tengan-, o como él, se quitan la camiseta para mostrar otra que hay debajo donde aparece una dedicatoria, una foto del hijo y hasta alguna vez ha llegado a verse una foto de la suegra, que ya hay que echarle huevos. Pachín cantó todas las canciones con un depurado acento italiano, supongo que el mismo que utilizaba en Fuengirola para engañar al sector femenino patrio. Y si ante el insistente clamor popular no llegan a cambiar de música, allí hubiera podido ocurrir una desgracia. Más que nada porque mi ídolo no paraba de cantar a gritos y ya casi no le quedaba oxígeno en los pulmones. Si no me lo llegó a llevar fuera de la pista para que descansase un rato, mi amigo Pachín hubiera acabado la noche haciendo seda en la vieja caja de pino.

Una vez sentados, disfrutando durante unos minutos del reposo del guerrero, observamos divertidos como se desenvolvía el resto de invitados de la boda en el noble arte de la danza. Bueno, observé yo, porque mi primo el bailón no pasaba por unos buenos momentos, y cerró los ojos mientras resoplaba y tosía como un condenado, con la cara colorada, y por su frente caían en cascada espesos goterones de sudor, grandes cual moco de Troll.

En el primero que me fijé fue en Darth Vader. Tras el cochino baile que se marcó con Susi, se fue a boxes a que le pusieran un par de galones de combustible, marca Lirios, para estar presto para el combate. Y no tardó mucho en actuar pues el hombre se picó con uno de sus antiguos compañeros de clase, que en ese momento vacilaba a la peña marcándose a pelo un añejo breakdance ochentero en un lado de la pista de baile, ignorando por completo los terribles berridos en argot con que Las Grecas obsequiaban a los presentes. El

breakdancer creo recordar que se llamaba Viudez, Pepe Viudez, un larguirucho con cara de panoli que tuve de compañero de mesa en octavo. Era uno de los arquitectos a los que no les llegaban proyectos. Pero cómo le iban a llegar si con los movimientos que estaba haciendo casi se le salían los huesos, y las muñecas, al apoyarlas en el suelo, crujían como si fueran kikos. Este tío es imposible que trazase bien una recta con escuadra y cartabón porque con esas muñecas tan cascadas, seguro que un trazo apuntaba a Murcia y el otro a Torrelavega. El sueño de un traumatólogo, vamos.

Pues nada, cuando el amigo Viudez llevaba un par de minutos tirado por el suelo, dando vueltas desorientado y con la cabeza pinchada en una esquina de la pista de baile, apareció Darth Vader con ganas de jaleo. Y lo primero que hizo fue quitarse la chaqueta, en plan guayman, agitándola y dándole vueltas sobre su cabeza primero, como si estuviese en un rodeo de Texas, y luego lanzándola al público, donde le cayó a uno de los loros que se sentaron a mi lado en la ermita. Y ésta, que si bien al principio le moló el obsequio de Robocop, dándole la impresión de que había pillado, cuando acercó la prenda a sus fosas nasales para olisquear un poco el aroma del triunfo, casi echa los altramuces, el pulpo, dos rodajas de solomillo y parte de los crispis que había desayunado ese día, pues la chaqueta del poderoso abogado apestaba a sudor reconcentrado, que más que bailar parecía que había estado pegando ladrillos desde las ocho de la mañana disfrazado de James Bond. Pero Darth Vader no se percató del suceso, sino que una vez descamisado, se colocó delante de un sorprendido Viudez y le dijo:

-Vi-u-dez, pre-pá-ra-te. Que hoy mi cuer-po pi-de co-mi-sa-ría.

La gente se descojonó con el comentario. Acto seguido, el sin par picapleitos comenzó a dar botes, a hacer calambres con los brazos, se echó al suelo y nos obsequió con extraños movimientos con brazos y piernas que nos dejaron a todos flipados. Incluso se puso a andar hacia atrás, sin moverse del sitio, como hace Michael Jackson. Sin embargo, Viudez no se vino abajo y tiró de grandes éxitos, tumbándose en el suelo para hacer el gusano, aunque dada su envergadura, un tipejo largo y estrechillo, más que un gusano parecía una serpiente pitón sufriendo los espasmos de una mala digestión. Al final, ambos contrincantes se pusieron frente a frente, picándose mutuamente con movimientos cada cual más inverosímil.

Y fue en uno de estos estrambóticos movimientos cuando el negado de Viudez, sin querer, todo hay que decirlo, enganchó con la uña del dedo meñique —esa que algunos se dejan larga para rascarse mejor la orejilla- el amplificador que el amigo Vader llevaba adherido al gañote. Se trataba de una goma elástica en cuyo centro estaba el pequeño amplificador circular. La uña ejerció esa vez de garfio pirata y al echarse hacia atrás estiró la goma ante el asombro de todos. Cuando ésta estaba a punto de romperse, la uña se partió, con el consiguiente chillido julandrón de Viudez. La goma retornó a su sitio original, al igual que el amplificador, que chocó estrepitosamente contra el cuello del abogado bailón, sonando en toda la sala una especie de quejido metálico que nos puso los pelos de punta. Y la reacción no se hizo mucho esperar. Una vez que Darth Vader tragó saliva, que por cierto gracias al ampli y pese a la música de la sala su garganta sonaba como si se tratase de una cañería vieja, lanzó una tremenda galleta hacia su agresor mientras gritaba fuera de si

-¡Vi-u-u-u-u-dezzzz!

El puñetazo fue esquivado por el larguirucho, agachándose a tiempo cuan largo era, sin embargo, al levantarse no calculó bien las distancias y su cabeza chocó contra el mentón de Vader, logrando que cayese peloto. Todo el mundo fue entonces a ayudar al improvisado sparring, que tumbado en el suelo, miraba fijamente al techo, como buscando a John Wayne allá en las alturas para que le echase una manilla en la inesperada gresca en la que se había metido. Susi lo levantó entonces con la ayuda de varios antiguos compañeros de su novio, que una vez realizada la gestión se largaron de allí para evitar posibles vendetas del contrincante de Viudez, quien por cierto también se las piró disimuladamente por si lo denunciaban por agresión, y además de no recibir ofertas de proyectos acababa la semana marcando palotes en la pared de una celda.

Yo estaba descojonado en mi lugar de descanso, viendo los toros desde la barrera. Y sentado junto a Pachín, nada menos, quien ya parecía que recobraba el aliento y cogía fuerzas para seguir dando guerra. Lo bueno era que no se percató mucha gente del incidente de Viudez y Darth Vader, más que nada porque allí cada uno iba a lo suyo, y como el breakdance no le gustaba a nadie, pues la gente seguía bailando en otro lado de la pista, en este caso una canción de El Consorcio, la del cha ca chá del tren. Pero uno no podía estar mucho tiempo siguiendo con la vista a alguien que le llamase la atención porque igual se perdía algo. Había que estar atento, con un ojo en la pista, otro en la barra, otro junto a lo servicios..., recuerdo que me faltaban ojos para poder disfrutar cien por cien del espectáculo que estaba viviendo.

Entonces sentí un golpecito en el brazo. Esta vez fue Pachín quien me señaló el siguiente sketch. A lo lejos, junto a la barra, nuestro entrañable Iván Romero, el malogrado talibán, platicaba, o mejor dicho, intentaba platicar con la madre de Pedro y una anciana amiga que la acompañaba, clavadita por cierto a Lola Gaos. La buena señora, ejerciendo su labor de anfitriona, intentaba saludar a todo el mundo y dedicarle unas palabrillas a cada comensal, con el iluso propósito de hacerles olvidar lo acaecido en la ermita, cosa harto difícil en el caso concreto del caballero que tenía delante. Y como yo no podía perderme una situación como esa, me levanté como una exhalación y, tras indicarle a Pachín que iba a por tabaco –qué clásico, pardiez-, me dirigí hacia la barra para poner la oreja en aquella bizarra conversación mientras disimulaba tomándome el octavo Myc-cola de la noche.

Cuando los tuve al lado, pude comprobar en directo la ya legendaria peineta de la madre de Pedro, aferrada a su cabeza como si la hubiesen soldado. De ahí no se movía ni un pelo, aunque eso sí, para quitársela esa noche tendrían que tirar de radial porque si no... La conversación, si es que se puede llamar así a una batería de preguntas que le hizo Peineteitor, y alguna que otra la amiga que llevaba de carabina, en las que el bueno de Iván contestaba bien con ininteligibles sonidos guturales debido a la exagerada inflamación de su rostro, bien con extraños movimientos de mimo con los que intentaba explicar su drama, la transcribo casi literal, desde que llegué hasta donde estaban los tres, pues los grandes recuerdos que tengo de ella han conseguido que logre tatuármela a fuego en la memoria.

-...entonces, usted es árabe, seguro.-sentenció la madre de Pedro, ducha al parecer en detectar los rasgos identificativos de las más diversas razas que pueblan este valle de lágrimas.

-Ehgggg...-gorgojeó Iván. Él, que era oriundo de Barbate.

-Claro. Por eso no come usted nada, está en el ramadán.-la madre de mi amigo era un verdadero lince.

-Que no mujer, que este señor es africano. No le ves los labios-toma ya, la amiga tampoco era manca.

Entonces Iván se puso a hacerle gestos a su mujer, que se encontraba en la otra punta de la barra, poniéndose tierna de licor 42, y sin que por cierto le hiciese ni caso a su destartado esposo. Ante tal situación, en la que su mujer no se dignaba a echarle una mano y prefería seguir solateras pegándole al vaso, Iván mostró la cesta de medicinas a las dos mujeres intentado explicar así, si no todo, por lo menos algo de su kafkiano suceso.

-Uy no, no, muchas gracias. No compramos nada-dijo la madre de Pedro respondiendo al gesto del cara pan. Lo siento pero yo soy fiel al doctor Mínguez, mi médico de cabecera.

Romero levantó como pudo sus cejas, en señal de sorpresa. Aquello no le podía estar pasando.

-¿Qué quiere este señor, Ramona?-vaya, gracias a la amiga, por fin descubrí como se llamaba la madre de Pedro. ¿Qué vende?

-Qué poca mundología tienes, Amparito-mira por donde, ya sabemos también el nombre de la amiga, aunque Lola Gaos molaba mas. Este señor es un hombre medicina. Una especie de matasanos de la tribu. Caray chica, que gente más rarita invita mi hijo.

Un hombre medicina. Cuando escuché la expresión apoyado en la barra, casi me da un jay. Las lágrimas empañaban mis ojos y los Myc-colas que llevaba encima incrementaban mi estado de euforia hasta cotas insospechadas.

-¿Un médico? Pues mira que bien- sonrió ilusionada Lola, digo Amparito. A ver si tiene por ahí un buen yeso que agarrar bien esto.

Y como el que no quiere la cosa, le largó al pobre talibán su dentadura postiza. Algo que ninguno esperábamos. Y al desdentado barbas tan solo se le ocurrió mostrar, casi como acto reflejo, sus puños haciendo la señal de los cuernos, apuntándolos además con rabia hacia las dos féminas mientras gruñía como un poseso y sin duda se le pasaban por la cabeza los peores insultos tanto para ellas como para todos sus ascendentes, desde el más cercano hasta al tatarabuelo Eusebio.

-Que mala educación, por Dios-soltó Ramona. Amparito, vámonos de aquí, que este señor no sabe lo que son buenos modales.

Amparito, ni corta ni perezosa recogió de nuevo la dentadura del suelo, pues se había caído tras la pequeña trifulca, y sin limpiarla ni nada, quizá para que cogiese sustancia, la metió de nuevo en el garaje. Raca. Acto seguido, las dos señoras continuaron con su turné, mientras el talibán se pedía un copazo, supongo que para olvidar este día y yo retornaba de nuevo a mi asiento,

ansioso de dar parte de lo que había contemplado ante mi ya íntimo amigo Pachín.

Y así, tras contar la historia, entre pitos y flautas eran ya cerca de las cinco de la mañana. Cómo no, empezó a sonar el sempiterno Paquito chocolatero, señal inequívoca de que en breves momentos nos iban a largar de allí. La gente estaba bastante cocida, lo mismo que yo, y hacía verdaderos malabarismos para no caerse mientras cantaban la famosa cancioncita. Más de uno se cayó cuando intentó ponerse en cuclillas. Para que el fin de fiesta fuera memorable tuvieron que hacer de las suyas el bigotes y Pascual el vampiro. Cuando ya parecía que se acababa el Paquito, al capullo del bigotes, el cual se encontraba detrás de Pascual, no se le ocurrió otra cosa que decirle al oído

-¡Que viene Van Helsing!

Mira que le costó al hombre acertar con el personaje, pero esta visto que con insistir... Cuando Pascual escuchó la posible presencia de su enemigo maldito en las cercanías, primero se echó hacia atrás, tumbando a más de veinte personas que en ese momento cantaban en cuclillas, y luego, como si tuviese un resorte en el culo, pegó un bote de por lo menos tres metros de distancia que le hizo planear durante unos segundos como un murciélago de verdad. Lo que pasa es que con tan mala suerte en el aterrizaje que cayó sobre el pinchadiscos y tumbó a su vez la mesa de mezclas y las numerosas torretas donde estaban apilados los compacdises. ¡Qué hostiazo! Lo peor es que se organizó una tangana entre el malparado pinchadiscos y el no menos malogrado Pascual. Parte de los invitados que se habían caído fueron a ayudar al pinchadiscos, mientras que Manolo Calderas -menos mal-, Pachín y yo nos pusimos de parte del presidente del club de fans de Christopher Lee. Allí hubo galletas para dar, tomar y regalar. Apenas se acababa uno de levantar tras recibir la guantada de un miembro del clan de los asturianos, cuando ya estaba de nuevo en el suelo, esta vez gracias a la patada en la espinilla con que le había obsequiado una vieja. Y así una y otra vez. Hombre, cierto es que tampoco fui yo de los que más recibió. Más que nada, y aunque quede mal ante ustedes, tengo que reconocerles que a los pocos minutos del inicio de la pelea me largué del asador. Y no fue por miedo a la pelea, se lo juro, sino porque casi por arte de magia llegaron a mis manos valiosísimos objetos que no podía dejar que cayesen en poder de personas desconocidas.

El primero fue uno de los amarillentos y afiladísimos colmillos de Pascual. Casi al principio de la refriega, el hijoputa del pinchadiscos, que estaba bastante cachas, le lanzó una tremenda mascada al sin par vampiro de Lavapiés, obligándole a escupir el colmillo derecho, con tal fuerza eso sí que si no llega a agacharse, el culpable de su amputación se hubiera quedado más tuerto que Falconetti. Lo bueno es que el colmillito fue botando y rebotando hasta llegar a mi mano. Yo estaba en el suelo, con un tío sobre mí, y cuando conseguí quitármelo de encima, tras morderle con fuerza en una oreja, di una vuelta hacia la derecha y me encontré con el segundo objeto de culto. Ni más ni menos que el castellano blanco de O rey Pachín.

Aquello no podía estar pasando. En apenas unos segundos me había hecho con dos objetos por los que valía la pena que a uno le diesen una paliza. Y aún no había terminado de digerir el segundo hallazgo cuando observé que a dos metros de mí, la gorda que había sido compañera de viaje en el taxi y que luego

vi potando en la cuesta del treinta por ciento, tenía cogido por los pelos Manolo Calderas y no lo soltaba ni a la de tres, pese a los tremendos puñetazos que el bigotes le propinaba sin descanso en las costillas. Quizá no me hubiese dirigido en su auxilio si no llego a ver lo que vi. De repente, delante de mis narices, la gorda se quedó con la parte superior del pelo de mi amigo Calderas enredado entre sus manos. Sí, señores, el bigotes llevaba bisoñé. Un punto más a su favor para aumentar la leyenda. Así que, como ustedes comprenderán, sin dudarle un segundo salté sobre la gorda y le arrebaté de improviso tan preciado tesoro. Aunque para mi desgracia, la mujer no estaba dispuesta a perder tan fácilmente aquel objeto de culto, por lo que me arreó un tremendo guantazo que dejó sus gruesos dedos marcados en mi cara durante varias semanas, e incluso hoy en día, pese al tiempo pasado, aún me duele de vez en cuando el moflete izquierdo al cambiar el tiempo.

Tardé casi un minuto en reponerme de la leche, comprobando inquieto al bajar de nuevo a la tierra que la hermana de Bud Spencer se estaba remangando la chaquetilla fashion que llevaba, supongo que para tener mayor maniobrabilidad en la siguiente galleta. Pero esta vez no le di tiempo, y de manera inconsciente, le largué un terrible golpe en todos los morros con el castellano blanco de mi adorado Pachín. La señora cayó de bruces contra el suelo, ocasión que aproveché yo para marcharme con la música a otra parte, y algo dolido por cierto, pues tras el fortísimo impacto, la suela del zapato de mi reciente ídolo había saltado por los aires.

Al que no debió sentar muy bien mi gesto fue a Manolo, quien en un principio pensó que había acudido en su ayuda pero que desgraciadamente muy pronto pudo comprobar lo errado que estaba en su suposición. Una vez que tuve el bisoñé en mis manos, me abrí paso a base de codazos y patadas a través de aquel casi impenetrable bosque de brazos, piernas, cuerpos en increíbles posiciones y juramentos lanzados al aire.

Tras una frenética carrera de obstáculos, llegué hasta la puerta de entrada. Mis fetiches estaban a buen recaudo. El colmillo lo guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta, el bisoñé, en el del pantalón, y el zapato blanco de Pachín lo llevaba bajo la camisa, emulando inconscientemente a Hipólito Rincón cuando se llevó el balón tras acabar el legendario partido España-Malta. No pude evitar mirar un momento hacia atrás, con cierta admiración, para ver por última vez antes de marcharme la imagen de aquellos tres personajes que habían ayudado bastante a que pasase una de las mejores noches de mi vida, y que resistían como jabatos las tremendas embestidas de una histérica tropa que jamás estaría a su nivel. Y nunca olvidaré que aquella última visión me sirvió para descubrir cómo aquellos tipos habían rebasado con creces la gruesa franja que separa al hombre del mito. Que Dios los guarde por muchos años.

EPÍLOGO

Han pasado varios años desde aquella mágica noche de la boda. Si ahora me da por plasmar por escrito los hechos que ocurrieron entonces quizá se deba a que éste es el tiempo que he tardado en asimilar todo lo que allí sucedió. De Pachín, Manolo Calderas y Pascual no he vuelto a saber nada. Mejor. Siempre es mejor tener poca relación con los mitos pues el contacto continuado con los mismos puede llegar a volver a convertirlos en simples mortales, cosa que no estoy dispuesto a consentir. Lo que si guardo como oro en paño son las reliquias que salvé en la pelea. Los tengo en una pequeña vitrina construida por mí, en una pared de mi cuarto en la que cuelgo lo que yo llamo Recuerdos Bizarros. Esta vitrina en concreto se encuentra entre el póster de Maradona de Drogas No, y un jirón de la camisa de uno de los cantantes del dúo Botones -los de Sanchoooooo, Quijote, Quijoteeeeeee, Sancho- que le arranqué hace muchos años cuando fueron al polideportivo de mi colegio a cantar aquella canción que les dio quince minutos de fama. En cuanto a Pedro, el culpable de la gran noche, desgraciadamente ya se ha separado. Su matrimonio tan sólo duró cuatro meses. Qué le vamos a hacer. Aunque me gustaría, Dios lo quiera, que si algún día se le ocurre volver a casarse, encontrar una invitación tan genial como la de sus primeras nupcias entre el correo de la semana. Y desde luego, como coincida otra vez una carta-cadena junto con la invitación, sabré con toda seguridad que esa boda será también mítica.

EL VIEJO OLAF

Cuando a uno le llevan contando desde su más tierna infancia el glorioso pasado de su familia, al llegar a la juventud no puede menos que tenerlo mitificado. Este es mi caso. Mi nombre es Enrique Olafsson. Aunque nacido en España como mi padre, mi abuelo y demás ascendientes son oriundos de Noruega. Concretamente de Fagerstrand. Los veranos, dejo atrás la península para marchar al país de mis raíces. Es entonces cuando el abuelo Mijail me cuenta las historias más increíbles de antiguos familiares. El principal protagonista es sin duda el viejo Olaf, patriarca de nuestro casi milenario clan. Nunca oí hablar tan bien de alguien con adjetivos como inteligente, fuerte, valiente y generoso. Representa perfectamente al prototipo de héroe. A mi abuelo le brillan los ojos cuando cuenta la colonización de Groenlandia, estando Olaf a las órdenes de Erik el Rojo. Según él eran íntimos amigos. Pero he de reconocer que Mijail es fiel a la verdad y sólo cuenta lo que le ha llegado por la tradición oral a través de los siglos, así que será cierto. Además de participar en la colonización de Groenlandia, también hizo sus pinitos como pirata por el sur de Europa, llegando hasta Galicia. En aquellos tiempos en los que en las iglesias de Inglaterra y en algunas del norte de España se rezaba eso de "A furore normanorum libera nos Domine". Siempre lo he imaginado con su hacha de abordaje en las manos y gritando como un poseso, mientras dirigía el ataque contra alguna ciudad costera.

Pero de todo aquello tan sólo queda el recuerdo, un busto de piedra un tanto deteriorado por el paso del tiempo, y su casco, aboyado y con los cuernos medio partidos, seguramente tras el curso de la última batalla. Aquella en la que el viejo Olaf perdió la vida al defender su castillo del ataque de Lyngdal, su más enconado rival. Una noche mientras celebraban una fiesta, Lyngdal atacó por sorpresa y se adueñó de las posesiones de Olaf tras una lucha sangrienta. Los golpes del casco demuestran que mi admirado pariente vendió cara su vida.

Este casco ha pasado de generación en generación desde entonces y se entrega cuando el destinatario cumple veinticinco años. Al ser yo el último descendiente masculino directo que queda de la familia, me lo regalaron por mi cumpleaños hace tres meses, convirtiéndome entonces en el hombre más feliz del mundo, orgulloso de llevar su sangre. Cada vez que lo tocaba me imaginaba a Olaf en pleno combate con el maldito Lyngdal. Por ese motivo se me ocurrió realizar un experimento que había leído en un relato de Conan Doyle. Se trataba, a grandes

rasgos, de una historia en la que un hombre dormía agarrado a un embudo de los que utilizaba la Inquisición para torturar a sus víctimas. Al dormirse, dicho hombre retrocedía en el tiempo hasta el siglo XVI, viendo en sueños la tortura a la que era sometida una mujer acusada de brujería. La llenaban de agua, introducida por la boca a través del embudo, hasta hacerla ahogarse. El autor formulaba la teoría según la cual un objeto puede transmitir las sensaciones y los hechos ocurridos al dueño del mismo o aquel que hubiese tenido relación directa con éste, a sus posteriores poseedores, independientemente del tiempo transcurrido. Era el clásico relato fantástico, típico de la última etapa de Doyle, pero que consiguió picar mi curiosidad. Total, no costaba nada hacer la prueba. La sola idea de poder ver, aunque fuese en sueños, al viejo Olaf repartiendo mamporros, me obligaba a intentar el experimento.

Fue un lunes de noviembre. Me dirigí a mi habitación a las once de la noche. La idea de que iba a realizar una estupidez me rondaba por la cabeza. Rápidamente la saqué de ella y me dije a mí mismo que nadie se enteraría del plan. Así que preparé mi cama y una vez puesto el pijama, me introduje lentamente. Agarré el casco que se encontraba en la mesita de noche y lo coloqué sobre el pecho. Mis manos se aferraron a cada uno de los cuernos. Más bien a lo que quedaba de ellos. La verdad es que tenía una cierta esperanza en el éxito de mi empresa. Si todo salía bien, las hazañas de Olaf coincidirían exactamente con las que me contaba mi abuelo. Tal vez podían incluso ser mayores. Con estos optimistas pensamientos cerré los ojos. Me encontraba bastante cansado tras el largo día de estudio en la facultad de leyes de la capital, por lo que el sueño no tardó en llegar.

No sé cuanto tiempo pasaría pero lo cierto es que me encontré de pronto volando por encima de un fiordo. No es que volase sino que veía todo desde lo alto, como si fuese un espíritu libre. Sin duda me encontraba en los países del norte de Europa y no tardé en identificar el sitio con Noruega. Me hallaba en los lugares en los que de pequeño mi abuelo me llevaba de excursión. Aquellos donde había vivido nuestro amado ancestro. Estaba en el fiordo de Fagerstrand, cerca de la ciudad del mismo nombre en la cual nació Olaf. Pero todo se encontraba mucho más salvaje. Bastante más que como desgraciadamente se encuentra ahora. Estaba anocheciendo, pero aún así se podía contemplar perfectamente la vegetación de la zona, la cual cubría casi en su totalidad a las montañas. El largo fiordo era profundo y estrecho, como la mayoría de los fiordos escandinavos. Al seguir avanzando sobre las aguas del mismo, comencé a notar un leve rumor que según me acercaba se hacía más fuerte. Parecían voces y gritos. Al mirar hacia la derecha, pude descubrir el origen de tal sonido. Se trataba de un castillo. La fortaleza, con muros de gran altura, estaba asentada sobre una colina. Cientos de inmensas rocas la rodeaban, convirtiendo a aquella mole en un bastión inexpugnable. Había multitud de antorchas en las almenas y una nube de humo negro salía de la torre principal. Los centinelas hablaban y bebían alegremente sin prestar atención a lo que pudiese venir de fuera. Todos tenían un aspecto terrible. Rubios o pelirrojos, con grandes barbas y trenzas cayéndoles a ambos lados del cuello. Algunos con cascos de cuernos y otros con cascos lisos, pero adornados con una protección metálica en la nariz. Cueros y pieles cubrían sus cuerpos en la fría noche nórdica, mientras que pesadas espadas de grandes dimensiones adornaban gallardamente la cintura de cada uno de ellos. Los escudos y las lanzas se encontraban apoyadas en las almenas mientras bebían por

unos cuernos, supongo que de vaca o algo parecido, cerveza o vino. Era gracioso comprobar como yo podía estar a su lado sin que ellos me viesen.

Bajé por las escaleras de las almenas y me dirigí a la torre principal. Por el camino pude observar como la gente bebía y se divertía. Todo lo que comentaban lo comprendía perfectamente. Por lo visto era una fiesta para celebrar el cuarto año sin guerras de ningún tipo. Debía tratarse de un pueblo retirado temporalmente del mundo de la piratería, pensé. Al llegar a la primera planta, el griterío fue ensordecedor. En un salón gigantesco, más de cien personas disfrutaban de una orgía de succulentos platos, vinos y mujeres. Aquello era glorioso. Cochinitos recién asados se servían en grandes mesas de madera sobre unas fuentes metálicas. Los rudos vikingos sentados en ellas despachaban el sabroso animal en un decir Odín. La grasa pegada a sus barbas se mezclaba con el vino que corría por ellas en cada trago. Comían sin ningún tipo de miramientos, utilizando el cuchillo como único cubierto. Al fondo de la sala, dos grandes barriles se encontraban a ambos lados de la chimenea. Uno contenía cerveza y el otro vino. En este lugar se mantenían calientes para ser degustados por los comensales. Sólo había que meter la jarra o el cuerno cuando no buceara en el barril algún hombre totalmente ebrio. Mujeres de gruesas carnes y mejillas sonrosadas servían los alimentos entre gritos, besos y abrazos de la enfervorizada tropa. Emulaban a las mitológicas walkirias haciendo más llevadero el reposo de los guerreros. Aunque eso sí, con algunas arrobadas de más.

Una de las mesas, que por los adornos y las sillas debía ser la principal, se hallaba presidida por un hombre borracho perdido. Acababa de vomitar encima del que estaba a su lado, y entre risas y gritos se había caído al suelo. Cuando lo incorporaron en su sitio me quedé sorprendido. Era Olaf. Cómo no iba a reconocerlo. El busto de piedra de casa de mi abuelo le hacía justicia. Exactamente igual que el vikingo que presidía la mesa.

Tendría unos cincuenta años, el pelo rubio y una espesa barba que casi le ocultaba todo el rostro, logrando que sus pequeños ojos azules pasaran prácticamente desapercibidos. Le faltaban dos dientes, algo que al escultor prefirió pasar por alto. Era muy fuerte y llevaba el torso descubierto. Dos muñequeras de cuero le cubrían la mitad del antebrazo. Con una mano sujetaba un gran cuerno repleto de vino, mientras que con la otra sostenía distraídamente una pierna de cordero. Lo que más me sorprendió es que llevaba puesto el casco. El mismo que ahora se encontraba en mi poder. Estaba en perfecto estado. Seguramente, la batalla en la que perdería la vida estaba próxima.

El mítico antecesor mío, más que hablar, balbuceaba. Comentaba con sus hombres lo bien que lo estaba pasando y lo feliz que era. En ese momento, una de las mozas pasó a su lado para servir más viandas. La joven se insinuó al jefe con cálidas miradas a las que Olaf no hizo ni caso, con la correspondiente mofa de sus contertulios. Él seguía bebiendo y bebiendo, estirando el meñique cada vez que se llevaba el cuerno a la boca. Este detalle me hizo gracia, pues no eran las típicas maneras de un fiero guerrero nórdico. Se levantó entonces dando tumbos y comenzó a dar una vuelta por el salón.

En una de las mesas, cuatro vikingos andaban enfrascados en un peligroso juego. Uno de ellos, con la mano abierta y pegada a la mesa, se pasaba a gran velocidad un cuchillo entre los dedos. Cada cierto tiempo tenía que beber varios tragos de vino. Al rato, sus movimientos eran más lentos y menos certeros. Olaf

los contemplaba con curiosidad. Hasta que al final, tanto fue el cántaro a la fuente que se rompió. El dedo corazón fue seccionado de un tajo. Pero no se oyó ningún grito de dolor sino las risas de sus compañeros. El vikingo que se cortó el dedo al final también acabó riéndose mientras vendaba el muñón. Además, cogió el miembro amputado y lo guardó en una bolsita de cuero diciendo a todos que en adelante sería su amuleto, su dedo de la suerte. Los demás compañeros de mesa se reían y comentaban con resignación que no le había dolido porque era de Holmenkollen, algo así como ser de Bilbao. Olaf rió también y prosiguió con su turné.

Junto a una de las ventanas de la gran sala se encontraba un joven imberbe al que llamaban Gundar. No tenía aspecto fiero, sino bastante cuidado en comparación con el resto. Debería tener unos veinte años. Cuando se percató de la presencia de Olaf, dejó la charla que mantenía con otro vikingo y se puso a saludar a éste. Ambos empezaron a charlar alegremente dando la impresión de ser grandes amigos. Al cabo de un rato dejaron la sala junto con otro grupo de vikingos también bastante borrachos.

Yo seguía observando aquella singular fiesta que se presentaba ante mis ojos. Podía oler los asados y escuchar la música y los gritos. Todo era fascinante. Vi alguna pelea que acabó con varios tipos por el suelo y más de un ojo morado. Cualquier comentario fuera de tono podría lograr que el desafortunado que lo hubiese hecho se presentase esa noche en el banquete de Odín sin mesa reservada.

Me dirigí entonces al piso de arriba para curiosear un poco por el castillo. Tras pasar por varios pasillos y estancias en las que encontré a bravos guerreros durmiendo sobre mesas, en el suelo, o en cualquier lugar imaginable, llegué hasta el aposento del señor de la plaza. La puerta estaba medio abierta. Pude escuchar una antigua canción escandinava que salía indudablemente de la garganta de mi viejo pariente. Su voz era inconfundible, quizá un poco ahogada por los gritos que salían también de la habitación. Cuando entré, la sorpresa fue mayúscula. Nunca lo hubiera imaginado. El bueno de Olaf, el gran guerrero noruego, ponía en esos momentos al joven Gundar mirando a Reykiavic. El corazón se me paró de repente y casi estuve a punto de despertarme. Curiosamente, Olaf no se había quitado el casco para la ocasión. Ambos parecían muy entregados en la faena, así que me marché de la estancia.

Vaya con el antepasado, pensé, como para que a uno se le cayese el remo en el drakkar. Esto era algo que la tradición oral nunca había comentado. Un vikingo curtido en cien batallas al que le gustaba más un jovenzuelo que una buena mujer de carnes magras. Bueno, me dije, sobre gustos no hay nada escrito. Al fin y al cabo quizá esta fuese su última alegría antes de morir durante el asalto de su castillo. Aunque desde luego una cosa estaba clara, lo del meñique tieso nunca falla.

Después de un buen rato retorné al lugar del suceso. La puerta se abrió de par en par y Olaf salió de la habitación ya vestido, pero todavía tambaleante por culpa de los duraderos efectos del zumo de Baco. El casco no se lo quitaba ni en broma. Se dirigió entonces hacia afuera, con intención de tomar el aire, supuse. Saludó a los centinelas que quedaban en pie, los cuales eran ya muy pocos. Entonces, se subió a lo alto de la muralla y puso los pies cada uno en una almena. Es increíble que no se cayese en el intento. Yo esperaba que se pusiese a jurar por Thor, por Odín o alguien por el estilo. Sin embargo, ni corto ni perezoso se bajó la parte delantera

del pantalón y comenzó a aligerarse la vejiga. Verdaderamente era una postura bastante bizarra la de aquel vikingo que orinaba desde lo alto de una almena a veinte metros del suelo. La imagen que recuerdo de ese momento es la de un tipo con un casco de grandes cuernos balanceándose hacia delante y hacia atrás, sin que llegase a caerse nunca. Lo que pasa es que al viejo Olaf se le olvidó que la inercia es uno de los peores enemigos del beodo. Y en uno de estos vaivenes cogió excesivo ímpetu, inclinándose demasiado hacia delante. Ante mis ojos, el héroe de mi niñez y, por qué no decirlo, de mi juventud, cayó al vacío. Yo lo seguí, sintiendo la misma velocidad vertiginosa de la caída.

Olaf se estrelló contra el suelo con un golpe tremendo. Cayó de cabeza. Lo que mejor quedó fue el casco, aboyado y con los cuernos medio partidos. Lástima que no fuera de Holmenkollen. En cuanto a mí, justo cuando parecía que me iba a estrellar también, me desperté. Al mirar el reloj que había encima de la mesilla de noche, pude ver que eran las cuatro de la mañana. Estaba empapado en sudor. El corazón me latía con una rapidez alarmante. La habitación se encontraba como si nada hubiera pasado. Bueno, es que nada había pasado, me dije a mí mismo. Tiré entonces el casco que tenía entre las manos lo más lejos que pude. Unos minutos más tarde, ya tranquilizado, el amigo Morfeo me cantó unas hermosas coplillas, las cuales lograron, sin mucho esfuerzo por cierto, que me pusiera a hacer seda prácticamente a la segunda estrofa.

Desde aquello han pasado dos semanas. Cada día me despierto pensando si lo que viví esa noche fue un sueño o de verdad ocurrió en el pasado. Más que nada porque si ocurrió verdaderamente en el pasado, las tradiciones con las que he crecido son un maldito embuste. Seguramente Olaf no participó en la colonización de Groenlandia. En cuanto a las guerras, no creo que tuviese mucho trabajo cuando era el cuarto aniversario de paz. Y si era amigo íntimo de Erik el Rojo, cosa que dudo, su amistad sería algo más que cordial camaradería, me da la impresión. En fin, el experimento podemos decir que ha sido un éxito y un fracaso a la vez. Me ha permitido conocer a un hombre y destruir a un mito. El problema que surge ahora es si se lo cuento a mi abuelo Mijail o no. Por una parte debería poner en su conocimiento una experiencia que he tenido la suerte, o la desgracia, de poder vivir y que es relativa a nuestro antepasado. Lo que pasa es que por otra no creo que a sus ochenta y cuatro años pueda entrarle en la cabeza que su idolatrado antecesor ni se pasaba la vida batallando, ni murió defendiendo su castillo del traidor Lyngdal, sino que era una loca que cascó despeñándose por las almenas del castillo al aligerarse la vejiga totalmente ebrio.

EL HOMBRE QUE NO TENIA MOVIL

Juan era un tipo corriente, de esas personas con las que uno se cruza todos los días sin que nunca consigamos recordar su cara. De estatura más bien pequeña y pelo negro, con unas ya significativas entradas que le hacían parecer más mayor de lo que realmente era. Unas grandes gafas de pasta oscura disimulaban sus pequeños y tímidos ojos tras los cristales de varios aumentos. Siempre vestía trajes de color azul marino o grises, para pasar mejor desapercibido entre la multitud. A sus treinta y ocho años se sentía realizado con el trabajo de cajero en la sucursal de un gran banco de la capital, con las tardes libres para dedicarlas a la familia –su esposa María y la pequeña Jennifer–, y a sus amigos dos días a la semana en las tertulias taurinas de la peña “Los Joselitos”. Vivía en el tercer piso de un bloque de viviendas situado en un popular barrio madrileño y sus vecinos lo tenían por una buena persona, un tanto peculiar, pero buena persona.

Esta peculiaridad radicaba en una serie de hechos y comportamientos fuera de lugar entre la gente normal. Tales podían ser por ejemplo el ir de luna de miel a Escocia en vez de hacerlo al Caribe, como la gente de bien. Éste hecho estuvo a punto de suspender la boda con María al darle tamaño disgusto dos semanas antes del sagrado contrato. Don Álvaro, el padre de María, había prometido pagarles el viaje de boda pero al enterarse del destino retiró inmediatamente la subvención, alegando que él no pagaba una luna de miel a un sitio hortera. María lloró y lloró intentando convencer al pobre Juan, quién por una vez en su vida se mantuvo fiel a sus principios, pagando el viaje con el dinero destinado a la televisión y el vídeo. Ésta fue la causa de una de las primeras peleas del matrimonio, que desgraciadamente con el tiempo se convertirían en algo habitual.

A raíz de no tener televisión, algo impensable en una familia decente, lógicamente tampoco podía ser socio de ningún canal de pago. Doña Laura, la clásica vecina del quinto, no comprendía cómo se podía vivir sin canales en los que proyectaban películas de guerra, comedias de los años cuarenta, documentales sobre la gallina etíope o la mosca australiana, televentas, y mucho

menos no tener antena parabólica para sintonizar programas en inglés, alemán, ruso, chino o tagalo, cuando curiosamente esta bendita mujer hablaba el castellano en su nivel más básico. Su marido miraba a Juan con la expresión del que contempla a un desgraciado, con lástima. ¿Cómo podía haber un hombre al que no le gustase el fútbol?, pensaba cada vez que se acordaba de su vecino. Pero no era totalmente cierta aquella afirmación, pues a Juan le gustaba el fútbol, aunque prefería jugarlo a verlo por la televisión. Ésta era una de las ventajas de no poseer el idolatrado objeto. De pequeño seguía la liga con interés, los domingos en el Rastro cambiaba los cromos de los jugadores con niños y mayores y cuando los miércoles retransmitían un partido por la tele, no se lo perdía nunca. Era en aquellos lejanos tiempos en los que jugaban españoles en la liga nacional, ahora, sin embargo, las tornas habían cambiado y lo exótico era ver a un jugador español entrar en la alineación de un equipo de primera, dándose el caso de un año en el que llegaron a jugar tres en un partido oficial.

Otra de las excentricidades por las que sufría una crítica feroz a sus espaldas por parte de su familia, amigos e incluso su propia mujer, era aquella de no llevar nunca riñonera, ni cuando iba al campo, ni en verano cuando hacían turismo en alguna ciudad, o lo peor de todo, ni cuando iban a la playa. Su suegro le regañaba constantemente recordándole que siempre debía copiar de los que sabían más, de él, de su clase, de cómo había llevado durante años con gracia y señorío la indispensable maricona, sencilla pero elegante. La riñonera era lo que tocaba ahora y tenía que adaptarse a los tiempos. Al final, Juan acabó claudicando ante las insistentes peticiones familiares.

Todos estos hechos poco a poco iban enfriando la relación de Juan y María. Ella lo quería e intentaba llevar a su marido por el buen camino, hacer de él un hombre normal, pero la presión social podía más que aquellas buenas intenciones y cada día tenía menos puntos en común con Juan. Había logrado algunas victorias, eso sí, como la de convencerlo para que se calzara el chándal cuando compraban en unos grandes almacenes; que le pagara la suscripción a la revista Diez Minutos y Cosmopolitan; ponerle a la niña Jennifer; dejar que llevase a ésta a un casting de un programa de televisión par ver si la niña se hacía famosa... Pero cada victoria de María daba lugar a un nuevo paso atrás en la relación con Juan. Cuando la cosa estaba más tensa, llegó la gota que colmaba el vaso. El teléfono móvil.

Al principio María le insinuaba a su marido, coqueta y con buenas artes, la compra de uno de esos preciados aparatos. Intentaba convencerlo de las ventajas de este tipo de teléfonos. Lo que en principio eran cariñosas peticiones, con el tiempo se convirtieron en violentas reivindicaciones. Pero Juan no estaba dispuesto a ceder en este tema. Nunca le gustaron los odiosos teléfonos, pero sobre todo había otra causa de fuerza mayor que le impedía hacerse con un móvil. Su padre, en el lecho de muerte, le hizo prometer que nunca poseería un teléfono móvil. Una fría noche de invierno, tres años antes, el viejo trabajador de Telefónica había hecho prometer a su hijo mayor que nunca mientras viviera adquiriera uno de esos demoníacos inventos, pasase lo que pasase. Tras cuarenta y dos años de instalador de teléfonos con cable llegaban ahora unos malditos intrusos para acabar con su labor de toda la vida. El inalámbrico había sido el síntoma, el móvil la enfermedad. El día de su jubilación maldijo ante las puertas del edificio de Telefónica a todos los que con su esfuerzo habían contribuido al desarrollo de la comunicación por ondas. Y claro, Juan no podía incumplir la

promesa hecha a su padre cinco minutos antes de que se viese cara a cara con Graham Bell y le pusiera al día de cómo estaba el patio. Por primera vez en mucho tiempo plantó cara a su mujer, algo que no sucedía desde el altercado de la luna de miel.

La situación entonces se volvió insostenible, con grandes broncas en casa que dieron lugar a ser el tema preferido de los vecinos durante las tediosas sobremesas. Éstos, lógicamente, estaban de parte de María y su hija. La pequeña Jennifer, con catorce años recién cumplidos, se enfrentaba continuamente a su padre por no comprarle el dichoso móvil. Si, su propia hija estaba contra él. La niña que según su madre tenía un tipito de modelo que la haría llegar a las pasarelas de medio mundo, como la Chifer esa. Pero Juan no lo creía así y cada vez que veía a Jennifer salir camino de la discoteca con los pantalones negros ajustados hasta la rodilla y abiertos en campana hacia abajo, los zapatos de triple suela que le obligaban a hacer equilibrios para no caerse, con esas camisetas ajustadas que empezaban a marcar unos incipientes pechos y su pendiente en la nariz, más que un proyecto de modelo le parecía más bien un gran proyecto de guarra ,aunque claro, esto era algo que nunca decía para no dañar a su pequeña.

Un día al dar un paseo con su mujer comprobó sorprendido como todo el mundo llevaba y hablaba por un móvil. Lo que al principio le pareció curioso, al cabo de unos minutos le resultó aterrador. Ejecutivos enchaquetados hablando desde sus impecables coches; un albañil barrigón, con el Marca en el bolsillo trasero del mono y una cerveza en la mano izquierda, discutía con un amigo sobre el partido del atleti del pasado domingo; señoras mayores comentando los ingredientes del estofado de buey mientras cruzaban el paso de cebra; niñas de quince años conversando a gritos acerca de lo bueno que estaba el novio de Yolanda o que Marimar ya no era virgen; el viejo mendigo de la esquina, el de siempre, el de toda la vida, consultándole a un compañero cómo estaba el negocio en la puerta de Los Jerónimos; asistentas con el carrito de la compra lleno hasta los topes explicando a las amigas por qué Carlos Eduardo mató a Walter, el mayor de los Mendoza, ante la atónita mirada de Esperanza Aurelia; hasta don Matías, el cura de la parroquia, platicaba alegremente sobre la última película de Van Damme...

Juan no salía de su asombro. Observó también que la gente hablaba a gritos, dándole la sensación que esta elevación del tono de voz se debía a un acto intencionado de los usuarios para demostrar a los demás que tenían teléfono móvil. Mientras estas lucubraciones ocupaban su mente, una niña se fijó en él. Tendría alrededor de seis años e iba agarrada de la mano de su padre, que lógicamente hablaba por teléfono en ese momento. Espontáneamente, como actúan los niños, gritó ¡Papá, ese señor no habla por teléfono! ¡A lo mejor no tiene móvil!

Un silencio sepulcral se adueñó entonces de la atestada calle. Todos los transeúntes abandonaron simultáneamente sus conversaciones y dirigieron las miradas a Juan y a su mujer, que en ese instante se había echado unos metros hacia atrás. Cientos de miradas inquisitoriales en espera de una justificación ante tamaño pecado, y no podía ser una justificación cualquiera. Para María resultaron unos segundos interminables, creyéndose ella sola el blanco de todas las miradas. Entonces, sin avergonzarse en absoluto, negó por tres veces ante el público congregado conocer a Juan. Lo gritó bien alto, para que no hubiese dudas, y se excusó por no llevar móvil en ese momento diciendo que había salido a comprarse uno nuevo pues el suyo estaba estropeado desde el día anterior. Su

esposo la miró triste y sorprendido pero no dijo nada. Todo lo que un día sintió por ella se acababa de esfumar en ese preciso instante. María permaneció un momento quieta, sin atreverse a mirar a Juan a la cara, marchándose rápidamente de aquel odioso lugar. Tras unos segundos en estado de shock, el recién repudiado reaccionó ante la sucesión de acontecimientos que acababan de ocurrirle, contestando con rabia a la expectante multitud.

- ¡Sí, es cierto, no tengo teléfono móvil! ¡Nunca lo he tenido y espero no tenerlo jamás!

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría para todo el mundo. La gente comenzó a comentar en alto que parecía increíble que en estos tiempos todavía quedasen individuos como éste, sin móvil. Lo que al principio sólo era un leve murmullo, al rato se fue convirtiendo en un griterío ensordecedor. El padre de la niña que había levantado la liebre, la subió en sus brazos y se alejó de allí echando misticos. Un grupo de ancianos que estaba cercano a Juan se apartó de su lado apresuradamente, mientras que dos mujeres con pinta de beatas, las cuales estaban siguiendo el patético suceso desde el principio, se santiguaron cinco veces cuando pasó a su lado el infame hombrecillo. A partir de este día la vida de Juan se convirtió en un infierno.

Creía estar viviendo en una terrorífica pesadilla, pero aquello era real, muy real. Parecía unapestado. La gente hacía un pasillo humano por donde él pasaba, nadie quería tocarlo. Inmediatamente se ponían a hablar por teléfono y contar su caso a las amistades, dando el mayor número de gritos posible. Juan se sintió entonces como un judío en la época de los progromos. Todo el mundo señalándole y marginándolo. ¡Ése, es ése, el que no tiene móvil!, comentaba la gente cuando lo veía. Todos los habitantes de la ciudad lo sabrían pronto, habían descubierto a uno de esos bastardos. Mientras ellos, honrados ciudadanos, hablarían más alto y ante el mayor número de personas posible para que vieran que ellos sí eran normales, que tenían móvil. Como en aquellos lejanos tiempos en los que empezó a hacerse la matanza en la puerta de las casas para que los demás viesen que ellos eran cristianos viejos y comían cerdo. Esto era igual y Juan lo sabía. Pronto irían a por él, le harían la vida imposible, le echarían del trabajo, sólo faltaba que le pasasen la mancha negra, como al viejo Long John Silver.

Pero por mucho que le hiciesen sufrir no cedería ante la sociedad. Había hecho una promesa a un moribundo, que encima era su padre, y por nada del mundo caería en sus manos un teléfono móvil. Aceptó con resignación cómo aquellos que había considerado amigos tornaban de la noche a la mañana en sus más acérrimos detractores. Sentía un millón de ojos clavándose en su espalda cada vez que se daba la vuelta. Su mujer abandonó el hogar familiar, enviándole a las pocas semanas una serie de documentos entre los que se encontraba la solicitud de separación. Sorprendentemente, junto a estos documentos había un impreso oficial con el requerimiento del juez de primera instancia para que se presentase dos días más tarde para solucionar el problema de la separación por vía urgente. Así que, aturdimiento y desanimado, se dirigió a los juzgados para luchar por la custodia de la niña.

No tuvo ni una sola oportunidad. La nueva ley aprobada por mayoría absoluta en el congreso prohibía, en el apartado primero de su artículo setenta y tres, conceder la custodia de los hijos menores de edad al progenitor que no fuese titular de un teléfono móvil. Este apartado primero era debido a la alarma

social creada en torno al tema, por lo que se había colocado la titularidad de uno de estos teléfonos por encima de otras causas de separación como el maltrato de la familia, abandono injustificado de la misma, infidelidad, etc. Además de no conceder la custodia prohibía cualquier régimen de visitas, encontrándose Juan en una situación de impotencia absoluta. Y allí, junto a la puerta de los juzgados, se acercó para dar un último adiós a su hija Jennifer, la cual se adelantó para besarlo rápidamente y evitar así que nadie pudiera verlos juntos. Este hecho hizo que se derrumbase moralmente. Podía aguantar el desprecio de sus compañeros de trabajo, de sus antiguos amigos, de su mujer. Podía resistir la humillación de subir por las escaleras al no dejarle los vecinos coger el ascensor. Incluso aguantaba estoicamente el ser apedreado por hordas de chiquillos de seis o siete años cada vez que salía por las tardes a pasear al parque. Pero lo que no pudo soportar fue dejar de ver a su pequeña Jennifer. Sin ella su vida se hizo más odiosa de lo que ya era. Los días se convirtieron en oscuros e interminables, y aquel cuerpo pequeño y delgado cada vez respondía menos a las órdenes de su dueño.

Una mañana de febrero, Juan paseaba distraídamente por una solitaria calle. Era temprano, alrededor de las ocho, y el frío ayudaba a que la gente permaneciese calentita en sus camas en aquel primer domingo del mes. Estaba acostumbrado a la soledad y prefería pasear cuando las calles se hallaban vacías y no le podía rehuir la gente o tirarle piedras los niños. Andando andando llegó hasta el viaducto, mítico lugar de los suicidas madrileños. La verdad es que no sólo madrileños, sino también de otras provincias cercanas a la capital e incluso algunas lejanas, ya que todo el mundo conocía a alguien que tenía un tío, un amigo, o un vecino que había marchado a la capital a dar el gran salto. Era tradición en el mundillo de los suicidas -los aspirantes o los que habían sobrevivido a algún intento-, y tirarse desde un viaducto en Córdoba, Tarragona o Parla no tenía prestigio.

Empezó a observar el lugar con gran interés. Quizá allí estuviese la solución a sus problemas. Si, ¿por qué no? El maldito mundo de los timbres de teléfono, de conversaciones absurdas, de marginación absoluta, podía acabar de una vez por todas. Miró al cielo y se encomendó a los dioses, pronto estaría con ellos. Ya estaba decidido. Se quitó las gafas de pasta oscura para poder sentir el aire de la mañana en la boca, en la nariz, en los ojos. Entonces se puso a correr como un poseo sacando fuerzas de su pequeño y débil cuerpo. Estaba sólo a unos pocos metros de la libertad y comenzaba a sentirse feliz como un niño. Cogió impulso para el salto y cuando sus pies se disponían a dejar el suelo...

¡Bloommm! El golpe fue terrible. Juan quedó tendido sobre la acera con la boca y la nariz ensangrentadas. Había perdido el conocimiento, pero no por haber dado el gran salto sino por haberse estrellado contra una mampara de metacrilato puesta por el ayuntamiento para evitar los constantes intentos de los intrépidos suicidas. Al quitarse las gafas para aspirar con ganas el aire de la libertad, ni siquiera pudo intuirlo y se dio de bruces contra la invisible pantalla. No era justo, se privaba a los pobres ciudadanos de poder realizar a sus anchas un acto supremo de libertad. Habían impedido que un buen hombre como Juan pudiese desprenderse de todas las ataduras de este mundo y proyectarse al universo. Pero el mundo no conocía a Juan. Cuando despertó en la cama de un frío hospital con toda la cara magullada, tardó un buen rato en comprender lo que había sucedido. La cama de al lado estaba ocupada por otro enfermo que charlaba con su familia

por un asqueroso teléfono móvil. Esto ya era demasiado. No se respetaba ni la tranquilidad de un convaleciente. Recorrió con la vista toda la habitación, descubriendo una ventana abierta a través de la cual se podía ver un edificio más pequeño de cuatro plantas. Se encontraba a una buena altura para volar. Y entonces, levantándose de un brinco, corrió hacia la ventana mientras gritaba como un loco ¡Muerte a los teléfonos móviles! ¡Viva la telefonía por cable! Y saltó...

Esta vez si fue un salto certero. Pudo comprobar en sus propias carnes lo cierto que era ese dicho según el cual cuando se tiene la muerte delante le pasa a uno la vida entera, como en una película, en apenas varios segundos. De pronto se encontró de pequeño, en los jardines que había frente a su casa, jugando a las canicas con sus amigos; con doce años, dando su primer beso a Luisita la coja; estudiando los exámenes de COU, siempre el día de antes; los viajes veraniegos con sus amigos por las antiguas posesiones españolas de la Costa Del Sol, ahora ya convertidas en colonias inglesas y danesas, al igual que las Baleares y Canarias son alemanas; viendo añejas películas del oeste que ponían entre los anuncios; aquellos tranquilos paseos por el parque con María, entonces su novia, donde las personas hablaban entre ellas y no por teléfono; vio el día de su boda y recordó el conflictivo viaje posterior; contempló de nuevo el nacimiento de la niña, donde le obligaron a estar presente; recordó también las continuas broncas con María sobre la compra del móvil o la cara azulada de la pequeña Jennifer al beberse medio bote de Mistol como protesta por no comprarle en su quinceavo cumpleaños un móvil igual que el de su amiga Vanessa; revivió la escena en la que su mujer lo negaba tres veces; todos aquellos sucesos posteriores y la pérdida de Jennifer; también recordó... ¡ Plassss!

Así acabó Juan. Estampado contra el suelo como en una de esas escenas de los dibujos animados. Un gran charco de sangre se extendía por la fría calzada. La gente empezó a rodear lo que quedaba de Juan, aunque él ya no estaba allí, era libre. Su alma se elevó por encima de las cabezas de los presentes, sintiéndose de una vez por todas fuera de aquel horrible mundo. Una paz cálida, deliciosa, lo envolvía de forma placentera y misteriosa. Abajo, la gente comentaba que el que se había tirado por la ventana del hospital era el desgraciado que no tenía móvil. Ni una lágrima de condolencia se vio en los ojos de los testigos del suceso de la mañana. Al fin y al cabo se había hecho justicia, un ser así era perjudicial para la sociedad.

Al día siguiente su cuerpo fue enterrado en el cementerio de la Almudena sin que asistiera nadie al acto. Ni siquiera su mujer, ni siquiera su hija. Juan contempló desde la parcela de cielo que le había correspondido como espíritu libre la introducción de sus restos en el nicho de turno. Lo observaba sin emoción, sin importarle nada, casi con alegría por ser libre de una vez. Y cuando desde las alturas comenzaba a alejarse del lugar de su última morada en la tierra, algo increíble sucedió. Primero sonó muy bajito, casi imperceptible, pero el segundo y tercer tono confirmaron las temidas sospechas de Juan. Allí, junto a su tumba, un teléfono móvil sonaba endiabladamente a todo volumen. Habían enterrado al huésped del nicho vecino con su teléfono móvil. Por muy increíble que pareciese no dejaba de ser cierto. Como los antiguos egipcios, enterrado con sus objetos más queridos igual que el viejo Tutankhamón, con la única diferencia del nombre, Manolo Pérez. Entonces, una angustiada duda recorrió con fuerza el

etéreo ser del pobre Juan. ¿Tendrían alma los teléfonos móviles?, ¿Habría móviles en el cielo?

DENTRO DE UNOS AÑOS

Apenas quedan unos minutos para que den las ocho. Panchitos, frutos secos, patatas y demás viandas pueblan la mesa que se encuentra frente al televisor. Por la puerta del salón aparece Juan Carlos, quien haciendo gala de sus deberes como anfitrión ofrece a sus dos invitados un amplio surtido de bebidas. Pedro se sirve alegremente un Chivas, pues sabe que es de tontos escatimar cuando el que paga es otro. Ricardo en cambio, más recatado que su amigo, escancia una cerveza en la jarra que amablemente le ha traído Juan Carlos. Este último, mientras busca el canal donde transmiten el partido, abre otra cerveza y comienza a bebérsela sin necesidad de vaso.

Un plano general del estadio nos muestra a un Bernabéu lleno hasta la bandera. La ocasión sin duda lo requiere. En breves minutos se enfrentaran dos de los semifinalistas de la copa de Europa del dos mil diez, Real Madrid e Inter de Milán. Una hora más tarde se jugará en Amsterdam la otra semifinal, el Ajax contra el Borussia Dortmund.

Los jugadores salen al campo y comienzan a realizar los necesarios ejercicios de calentamiento. En la pantalla aparecen las alineaciones de ambos equipos. Un grito unánime de satisfacción suena en el salón cuando descubren que el nombre de Raúl se encuentra en el once inicial. Sus presagios fatalistas han sido errados por esta vez, ya que Michel, con muy buen criterio, ha preferido la veteranía del mítico número siete frente a la inexperiencia en este tipo de eventos de sus jóvenes delanteros yugoslavos. Quizá también para acallar un poco las críticas sobre las últimas derrotas en liga, donde hace meses que no saca a un jugador español. La prensa especializada ha atacado con saña a los mediocres fichajes de la temporada, donde hay un predominio absoluto de jugadores foráneos, siendo especialmente duros con sus tres centrales rusos Misha, Sasha y Pisha, a pesar de que este último sea de ascendencia andaluza.

El árbitro indica el inicio del partido y la señal parece servir también como orden para que los tres forofos madridistas ataquen sin cuartel las fuentes de aperitivos. A pesar de estar acercándose ya peligrosamente a la barrera de los cuarenta, su filosofía de vida no dista mucho a la que tenían con veinte

años. Siguen reuniéndose casi a diario -a las diez en Virginia-, junto con otros tres amigotes más, también amos de casa. Los fines de semana tienen partida de mus en la casa que toque y los domingos al fútbol, cuando no haya toros... Se sienten felices y no cambiarían su vida por nada del mundo. No entienden a aquellos hombres que se echan a la calle para reivindicar más puestos de trabajo masculinos. Saben de sobra que la manifestación convocada para ese mismo miércoles por el PFL -Partido Femenino de Liberación- con el lema "POR LA INCORPORACION DEL HOMBRE AL TRABAJO", no tendrá ningún éxito. Sin embargo están convencidos de que hará más ruido la contramanifestación espontánea que siempre se forma en estos casos -y en éste concretamente, por hombres a los que no les guste el fútbol- con lemas en los que la vulgaridad alterna con el más fino sentido del humor; "NOS QUITASTEIS EL TRABAJO AHORA IDOS AL CARAJÓ", "LA MUJER EN LA OFICINA Y EL HOMBRE EN LA COCINA", "VIVA, VIVA, VIVA, LA MUJER EJECUTIVA".

Juan Carlos, el dueño de la casa, se dedica a sus labores. Por la mañana, tras llevar al niño al colegio, limpia la casa y prepara la comida. A las doce compra el periódico y está entretenido hasta la una y media, cuando tiene que recoger a su hijo Carlos. Tras la comida y la siesta, queda con los amigos en un selecto y antiguo club llamado Círculo Conservador, una especie de gueto donde las mujeres aún no han conseguido hacerse con las riendas. Allí hablan de historia, política, fútbol, toros, etc. Tras la partida de dominó de todas las tardes, marcha hacia su casa para preparar la cena. A las nueve y media llega María, su mujer. Charlan sobre las cosas que les han sucedido durante el día, y sobre las diez, María suele irse a la cama porque está rendida tras el duro trabajo en el despacho. Es abogada, una de las miles de Madrid, y además es íntima amiga de la mujer de Ricardo, también letrada. Ambas se suelen quejar, como la mayoría de las mujeres, de que los hombres sólo se dedican al hogar mientras ellas no paran de trabajar para llevar un sueldo a casa, y encima, cuando terminan la jornada laboral, están tan cansadas que no tienen fuerzas para salir a la calle con sus maridos. Sin embargo éstos no se quedan en el hogar familiar acompañando en la cama a sus mujeres, sino que se van de juerga casi todas las noches con sus amigos.

En cambio Juan Carlos ve la situación desde otro punto de vista. Siempre se dice a sí mismo que si llega a saber que lo que las mujeres deseaban era trabajar tanto, la carrera de derecho, el año en Estados Unidos y el máster MBA lo hubiera hecho Rita. Las noches en vela estudiando el odioso administrativo, el dineral que se le iba en fotocopias de los apuntes de sus compañeras, las broncas de su padre cuando suspendía alguna... Y todo para optar a un maldito puesto de trabajo, el cual se lo daban siempre a una mujer mucho mejor preparada que él. Gracias a Dios, con el tiempo las cosas empezaron a cambiar para mejor. Los hombres decidieron quedarse en sus casas cuidando y educando a los hijos, limpiando, haciendo la comida, llevando las cuentas... Así lleva siete años. Se siente realizado con su vida, tiene tiempo de leer y pintar -sus dos aficiones favoritas-, de salir con sus amigos, de ir a los toros y al fútbol, de despertarse a las nueve...

-¡Gooool!

El Madrid acaba de marcar el primer tanto del partido. El griterío no sólo se produce en el salón, sino que por todas las ventanas del barrio asoman banderas blancas y hombres en avanzado estado etílico escupiendo por sus bocas todo

tipo de improperios contra las alegres gentes del país de la pizza y los espaguetis. Si el bueno de Marco escuchase lo que han dicho de su pobre madre..., y del mono... Los tres amigos se felicitan entre ellos, como si también hubieran sido partícipes del gol de Marceliño. Tras las efusivas celebraciones, Pedro se encarga de volver a la cocina para traer más cerveza para sus amigos y más hielo para su próximo whisky.

Pedro es un tipo peculiar. Trabaja de animador de oficina en una empresa de telecomunicaciones. Es una ocupación relativamente moderna en España, tan sólo lleva cuatro años, pero en Estados Unidos, cómo no, funciona desde hace mucho tiempo bajo el nombre de office showman. Es una profesión especialmente pensada para aquellos hombres simpáticos y chistosos que necesitan aportar dinero en casa cuando con el de su mujer no llega para hacer frente a los gastos familiares. Durante los descansos de las empleadas y de las jefas, aparece con un micrófono en sus manos contando todo tipo de estupideces e imitando a la presidenta del gobierno y demás políticas del momento. Especialmente exitosa es la parodia que hace de la vicepresidenta del gobierno, a la que llama cariñosamente Aznarina, debido a que gasta el mismo estilo de bigote que el que hizo famoso una década antes al líder del partido popular. La terapia sienta magníficamente a las trabajadoras, pues se ha comprobado que después del divertido descanso sus rendimientos son mayores, cosa que lógicamente es lo único que preocupa a las empresarias. Tras sus breves actuaciones matutinas, vuelve a casa y se dedica a hacer la comida para su mujer y sus dos hijos, además de arreglar todos electrodomésticos que estén rotos, pues para algo es un manitas en las cosas del hogar. Laura, su mujer, trabaja de administrativa en una empresa de seguros. Nunca le gustó estudiar, a pesar de los constantes consejos de su madre sobre la necesidad de tener una carrera para que el día de mañana tuviese un buen trabajo y así mantener a su familia. Sus consejos cayeron en saco roto, por lo que Pedro tuvo que buscarse un trabajo acorde con sus posibilidades para ayudar a pagar el piso que se habían comprado. Las tardes si las tiene libres, y las aprovecha con sus amigos del colegio en el Círculo Conservador. Se siente un poco acomplejado con respecto a Ricardo y Juan Carlos, debiéndose la causa de su complejo al mayor prestigio que tienen los trabajos sus mujeres. Nunca lo ha comentado con estos, pero no hace falta, pues ellos se dan perfecta cuenta y evitan tocar ciertos temas cuando hablan con Pedro.

Hoy está de buen humor pues su hijo Rafalín, de trece años, antes de salir de casa para ir al cine con los de su clase, le dijo que las películas de sus tiempos eran mucho mejores que las de ahora. En la videoteca personal de su padre ha disfrutado de títulos emblemáticos como "Rocky IV", "Desaparecido en combate II", "Despedida de soltero", "Porky's", además de algunas películas españolas ya bastante antiguas que su progenitor consideraba clásicas, como "Yo hice a Roque III", "Los Bingueros" o "Al este del oeste", con su mítica banda sonora "The sky whith sun que te torras..." Sin embargo, la mayoría de las niñas de su clase querían ver la película que estaba arrasando las taquillas de los cines de medio mundo, "Peluqueitor", por lo que tenían que tragarse la historia de una ex-marine de los Estados Unidos -lo dejó tras perder en una misión a todas sus mujeres- que ahora regenta una peluquería, y que de buenas a primeras se ve envuelta en una trama internacional que pretende acabar con la vida de la actual gobernadora del estado de Tejas, Lupita García. Pedro se despidió orgulloso de su hijo, a la vez que le recomendó que durante la

proyección gritase de vez en cuando con sus amigos ¡Rambo! ¡Rambo!, para hacer rabiar a las pazguatas de sus compañeras.

¡Aahhh! El Inter acaba de marcar. Agostini escapó en un rápido contraataque por la banda derecha, centró a su compañero Moller quien, parándola con el pecho, pasó magistralmente a Del Rabo para que este fusilara sin piedad al nigeriano Minga. El silencio en que momentáneamente se encuentra envuelto el barrio tan sólo es roto por los lejanos cánticos que salen de la pizzería de la esquina, con los que Pietro parece vengar las afrentas hechas minutos antes a la pobre madre de Marco. Cuando Pedro vuelve con las bebidas apenas han transcurrido cinco minutos desde el gol del Madrid, encontrándose a Juan Carlos y Ricardo enfrascados en una discusión deportiva.

-¡Me cago en la puta! ¿Cómo se puede dejar sin cubrir a Del Rabo?-grita Ricardo fuera de sí.

-¿Pero que dices, Ricardo? No ves que le ha roto la cintura al pobre Misha.

-¡Pues a ese tío habría que mandarlo a Siberia por malo!-Ricardo sigue en sus trece.

-Anda, a ese y a Minga, que se ha tirado por el lado que no era-Juan Carlos se anima con lo de los castigos.

-Si es que Michel ha fichado a unos tíos que no los quieren ni los niños que juegan en el callejón de aquí atrás.

-En eso tienes razón, Richi. Con estos no metes un gol ni jugando a las chapas.

-Además, el pobre Raúl está ya bastante quemado. Mira la panza que le está saliendo, parece Gordillo en sus buenos tiempos.

-Ya quisieran todos estos parecerse a los de esa quinta, Ricardito. Acuérdate de los jugadores que tenía al Madrid a principios de los ochenta: Miguel Ángel, Agustín, Stielike, Gallego, Camacho, Juanito, Santillana..., después llegaron Buyo, Chendo, Gordillo, Michel, Butragueño, Martín Vázquez, Sanchís... Vamos, la misma calidad que los de ahora.

-Mira Juan Carlos, yo a estos tíos por cada oportunidad que fallasen los tenía un mes picando piedra. ¡Pero si yo juego mejor que ellos!

-Venga, venga, no te tires flores que yo sé como juegas.

-¿Qué pasa? Mi estilo yo lo clasificaría a medio camino entre Michael Laudrup y Sánchez Jara.

-¡Buuuuuu! Si acaso tirando más a Sánchez Jara.

-Pues anda que tú, que en el colegio siempre te rompías un brazo, te daban puntos en la rodilla o te torcías el tobillo.

-Joder, porque me hacían unas entradas brutales...

-Si, no sé quien, si siempre estabas de chupaposte.

-Pues el hijoputa de Gutiérrez, que era el portero y siempre llevaba botas de tacos a clase. Cuando tocaban la sirena y entrábamos a clase, tenía ya más cicatrices que la barriga de Ángel Cristo.

-¿Te acuerdas del gol que falló Pedro en C.O.U, en la final contra los de B, cuando sé quedó solo y sin el portero y la tiró por encima del larguero?

-¡Coño, cómo me voy a olvidar! Si tuvimos que sacarlo a rastras del linchamiento al que le estaban sometiendo los de la clase. Lo de Cardeñosa comparado con esto fue una mariconada.

-Me acuerdo del bestia de Paco pidiendo su cabeza. Si no lo sacamos lo matan.

-Ya te digo. Con su pellejo se hubieran hecho unas botas nuevas-sentencia Juan Carlos.

En ese momento se percatan de la presencia de Pedro.

-Hombre Pedro, ya era hora-Ricardo intenta disimular sin conseguirlo.

-Os he oído. Por mucho que digáis, si fallé el gol fue porque el balón estaba desinflado y al golpearlo cambió la trayectoria. Si no de qué iba yo a fallar.

-Claro, claro-responden al unísono sus viejos compañeros de C.O.U A.

Cuando parece que van a empezar a discutir los méritos futbolísticos de Pedro, Raúl roba el balón a un delantero italiano y, desde el centro del campo, llega hasta el área contraria driblando por el camino a todo jugador que se le interpone en su carrera hacia la portería. Ante los ojos de millones de espectadores, el veterano número siete marca un gol antológico, tan sólo comparable a uno de la misma factura marcado por Maradona muchos años antes. El barrio vuelve a tronar de alegría, repitiéndose de nuevo los cánticos madridistas e insultos a la madre del joven protagonista de una serie de dibujos animados de hace casi treinta años, la cual parece haber calado hondo en la memoria colectiva de los aficionados merengues. Por esta vez, parece que al mono lo dejan en paz.

Los tres amigos se felicitan de nuevo mientras agitan enérgicamente sus bufandas por la ventana. En ese momento suena el teléfono de Ricardo, quien tiene que meterse en la cocina para poder enterarse de la conversación que mantiene con su editora. Ricardo es el erudito de la pandilla, y compagina perfectamente sus labores de casa con las de escritor de novelas eróticas, un género de fuerte implantación popular entre los amos de casa de los hogares españoles. En los últimos seis años se han vendido setecientos mil ejemplares de sus ardientes novelas. No en vano la crítica lo ha reconocido como el escritor que mejor describe las fantasías que se encuentran en la mente de los practicantes del noble arte de Onán, o sea, de todo quisque. Sin embargo, escribe bajo seudónimo para no abandonar la tranquila vida que lleva, y hasta sus propios amigos ignoran que el narrador de famosas fantasías como la del repartidor de periódicos que se beneficia a la quiosquera superdotada mientras lee un ejemplar atrasado del Don Micky, es la misma persona con la que juegan al dominó por las tardes. No tiene hijos de momento, pues Rocío, su mujer, dice que no tiene tiempo de tener niños, que el trabajo es lo primero. Y claro, cuando llega a las diez a casa, al igual que su amiga María, tan sólo tiene fuerzas para cenar un poco y acostarse pronto ya que lleva levantada desde las siete menos cuarto de la mañana. Ella predice que en breve los hombres podrán tener hijos, pues ya han conseguido en Estados Unidos que un cordero tuviese descendencia al inyectarle todo tipo de hormonas femeninas, permitiendo a la criatura salir por la barriga de su padre. Rocío está convencida de que cuando se realice en hombres, el resultado provocará una verdadera revolución. Nunca más entonces tendrá que preocuparse de los problemas de procreación y será Ricardo el que tenga que pasar el mal rato. Quizá nunca haya pensado en lo que opinará de todo esto su marido, pero la verdad es que apenas tiene tiempo de preguntárselo.

Ricardo mantiene una discusión muy fuerte con su editora que dura ya casi cuarenta minutos, aumentándose el enfado del escritor por la imposibilidad de seguir viendo el partido. Tras una dura negociación sobre el porcentaje en las ventas de sus libros, Ricardo apaga el teléfono y se reúne en el salón con sus

amigos. Al partido tan sólo le quedan diez minutos para finalizar, manteniéndose todavía el dos a uno a favor de Real Madrid. Cuando le piden explicaciones por su tardanza, Ricardo les dice que le ha llamado un cliente de su mujer que tenía un problema muy grave y él le había servido de confesor, jodiéndole la mitad del partido.

El telefonillo suena en ese instante varias veces. Alguien pregunta por Pedro. Un minuto más tarde aparece por la puerta la madre de Clara, una de las compañeras de Rafalín, trayendo en sus brazos al hijo de éste. Tiene la cara magullada y algunos arañazos en los brazos.

¡Dios mío, Rafalín! ¿Qué te ha pasado?

-No te preocupes Pedro, que aunque parece muy aparatoso luego no es para tanto-comenta la madre de Clara intentando tranquilizarlo.

-Han sido las de mi clase, papá.

-¿Queeé? ¿Y por qué te han hecho esto esas brujas?

-Oye Pedro, sin insultar-interviene la madre de Clara.

-¿Sin insultar? ¿Pero no ves cómo han dejado al niño? Si parece que viene de reconquistar el Peñón...

-Ay papi, la de hostias que me han dado.

-¡Niño, esa boca! A ver, ¿por qué ha sido?

-Pues porque Antonio y yo nos pusimos en medio de la película a gritar vivas a Rambo y a ese otro que te gusta a ti tanto, el de las barbas...

-¿Chuck Norris?

-Sí, ese. Total, que la gente del cine, casi todo mujeres, saltó sobre nosotros y se puso a darnos arañazos y patadas, y si no es por la acomodadora que le dimos pena, nos hubieran sacado los ojos con las uñas.

-Y tu amigo Antonio... ¿Cómo está?

-Psssee. Una gorda se tiró encima de él y al pobre se le puso la cara azul. Cuando la madre de Clara nos rescató, había perdido una zapatilla y parte de la camisa que llevaba.

-¡Por Dios, que bestias! Ya ni los niños pueden salir a la calle.

-Bueno Pedro, tengo un poco de prisa. No te preocupes que ha sido una cosa de críos. Dale recuerdos a Laura de mi parte.

-¡Una cosa de críos! ¡Me cago en la leche! La Peluqueitor esa es un pedazo de pan comparado con estas zorras. Rafalín, tú ya no vuelves a salir con las de tu clase. A partir de mañana nos vamos a hartar de películas de Stallone y Chuck Norris como yo me llamo Pedro.

-No sé papá, como están las cosas mejor sería ver algunas películas de esas de Marisol o Rocío Dúrcal que mamá guarda de la abuela.

-¡De mariconadas ninguna! ¡Con nosotros no podrán!

-Quizá contigo no, pero lo que es yo...

Juan Carlos y Ricardo consiguen tranquilizar a Pedro mientras se sientan de nuevo en el sofá. El árbitro ha añadido dos minutos más al tiempo reglamentario, alargando por unos momentos la angustia de los seguidores merengues. Aunque el resultado es favorable, los últimos contraataques italianos han conseguido sembrar el desconcierto entre las filas madridistas. Y cuando tan sólo quedan treinta segundos para que el árbitro pite el final, Del Rabo roba un balón en el área, quiebra a Pisha y dispara un tremendo zurdazo contra la portería defendida por Minga. El esférico se estrella contra el poste derecho, llegando de rebote a las botas de Sasha, que sin perder un segundo centra al medio del terreno de juego donde Marceliño golpea con la cabeza

para cedérsela a un Raúl medio asfixiado, quien resoplando y cortando el viento, cual jaca jerezana, lograr llegar al límite del área rival desde la cual propina un fenomenal punterazo con trayectoria totalmente distinta al lugar donde había apuntado el ídolo madridista. El efecto no buscado despista al portero Rupperti, que se tira al lado contrario.

¡Gooool!

Como las veces anteriores, el griterío que sale por las ventanas es ensordecedor. Los tres amigos vuelven a saltar de alegría, incluso Pedro parece haber olvidado el percance ocurrido a su hijo minutos antes. Cuando el árbitro pita el final del partido, cientos de vecinos se asoman a los balcones para comenzar a cantar himnos madridistas y felicitar a los demás hinchas que comienzan a poblar las calles. De los insultos a la madre de Marco y a su mono-esta vez no se libra-, mejor no hablar...

Pedro coge a Rafalín de la mano y, tras despedirse de Juan Carlos, se baja a la calle con Ricardo para celebrar el triunfo en la Cibeles. El niño parece no estar muy ilusionado con la idea, pero sigue sin chistar a su padre asumiendo que no está el día para protestas. Coinciden en la puerta con María, que entra en esos momentos, y de cuya boca salen multitud de insultos dirigidos a toda esa cantidad de hombres que ha colapsado el centro, con el consiguiente atasco, para celebrar el triunfo del Madrid. Tras el beso a su esposo y las preguntas de rigor sobre el partido, se quita los zapatos y, mientras Juan Carlos le trae las zapatillas, cambia de canal, sintonizando uno en el que dan las noticias del día. Sin lugar a dudas la noticia estrella es la multitudinaria manifestación femenina a favor de la integración del hombre al trabajo, la cual ha sido apoyada por numerosos colectivos masculinos. En las imágenes se puede ver el gran seguimiento de la manifestación, aunque curiosamente siempre aparece enfocado el mismo grupo de personas, sin que la cámara ofrezca nunca planos generales. Del partido tan sólo dan cuenta del resultado, sin dar imágenes del estadio ni de la Cibeles, pasando rápidamente a otras noticias importantes del día como la llegada a la presidencia de Japón de Yukita Sakko, o la presentación del último libro de Leticia Sabater. Juan Carlos observa el televisor un tanto sorprendido, comentando a su mujer mientras cena que a pesar de estar ya en el año dos mil diez, los medios de comunicación siguen siendo tan independientes como hace veinte o treinta años, es decir, contando las noticias como ellos dicen que han ocurrido.

En el reloj las agujas marcan las once de la noche. Un bostezo casi ritual indica las inequívocas intenciones de María. Los párpados caen lentamente sobre sus ojos como pesadísimas persianas de plomo. Tras despedirse de Juan Carlos y decirle que no llegue muy tarde, orienta sus pasos hacia el dormitorio. Juan Carlos hace entonces una rápida limpieza del salón, consiguiendo a los pocos minutos acabar con cualquier rastro de suciedad. Se pone a continuación su cazadora de ante, un gorro y la bufanda del Madrid y, cerrando con cuidado para no despertar a María, se dirige hacia la Cibeles para celebrar el triunfo de su equipo. Por el camino se cruza con un grupo de diez o doce hombres que a duras penas arrastra una pequeña pancarta que reza “TENEMOS DERECHO A ACCEDER A CUALQUIER TRABAJO”, y que corre como alma que lleva el diablo al ser perseguido por un numeroso grupo de borrachos que parece no estar muy de acuerdo con sus reivindicaciones.

Tres horas más tarde, Juan Carlos entra en casa, no sin antes mantener una dura pugna de varios minutos con la maldita cerradura que parece resistirse.

Cae rendido en la cama, igual que su mujer hace un buen rato. Y segundos antes de que Morfeo -si es que no se atufa con el alcohol que lleva encima el amigo- se lo lleve entre sus brazos, al bueno de Juan Carlos se le pasa por la cabeza una duda razonable: ¿Cómo coño puede haber gente que quiera cambiar la situación en la que se encuentran?